

EL GRAN ENIGMA

DIOS Y EL UNIVERSO

LEÓN DENIS



Sociedad Española de
Divulgadores Espiritas

El Gran Enigma. Traducción del francés por Patricio Esteva Grau
Título del original francés:
LA GRANDE ENIGME (DIEU ET L'UNIVERS) París, 1911

"En el dominio del pensamiento, ¿qué acción habrá de desarrollar el Espiritismo?"

"Primero: El Espiritismo debe contribuir en mucho a transformar a la ciencia, porque pese a sus conquistas, ésta se encuentra detenida, como en un atolladero, y ya no puede seguir avanzando si no emprende el estudio del Mundo Invisible, como tampoco le es posible explicar nada sin hacer un llamamiento a las causas ocultas, si no pone, al lado y por encima del cambiante mundo de la materia, el mundo imperecedero del espíritu.

"Segundo: Así como el Espiritismo ayudará a la transformación de la ciencia, por fuerza ha de producir de igual manera un cambio en las religiones, obligándolas a que salgan de su inmovilidad y letargo para transfundirse con sangre nueva. El Moderno Espiritualismo las forzará a evolucionar, a marchar paralelamente con el Espíritu humano, a elevarse hacia una más alta comprensión del eterno e infinito Ser y de su obra.

"Lo mismo ha de ocurrir con la enseñanza.

"Tercero: No de otro modo que como el Espiritismo transformará la enseñanza, así también puede influir grandemente en la economía social y la vida pública, debido a que su concepción de la existencia y del destino favorece el desarrollo de toda obra colectiva y solidaria".

LÉON DENIS

Expresiones extractadas de un discurso pronunciado en el Congreso Espiritualista Internacional de 1900, París, Francia, del que fue presidente efectivo y contó con la presencia, entre otros, de Victorien Sardou, Alfred Russel Wallace y Alexandre Aksakof.

AL LECTOR

¡En las horas pesadas de la vida, en los días de tristeza y abatimiento, abre este libro! ¡Eco de las voces de lo Alto, te dará ánimo, te inspirará la paciencia, la sumisión a las leyes eternas!

¿Dónde y cómo pensé yo en escribirlo? Fue en una tarde de invierno, una tarde de paseo por la azulada costa de Provenza.

El sol desaparecía debajo del horizonte del tranquilo mar. Sus rayos de oro, deslizándose sobre la ola adormecida, encendían con tintas ardientes las puntas de las rocas y de los promontorios, mientras que una pálida media luna ascendía al despejado cielo. Gran silencio se extendía envolviendo a todas las cosas. Sólo una campana lejana tocaba lentamente el ángelus. Pensativo, escuchaba los ruidos sofocados, los rumores apenas perceptibles de las ciudades de invierno, en fiesta, y las voces que cantaban en mi alma.

Meditaba en la inconsciencia de los humanos que se embriagan en los placeres para olvidar mejor el objeto de su vida, sus imperiosos deberes, sus pesadas responsabilidades. El mar onduloso, el espacio que poco a poco se constelaba de estrellas, los penetrantes aromas de los mirtos y de los pinos, las armonías lejanas en la calma del anochecer, todo contribuía a derramar en mí y a mi alrededor un encanto sutil, intenso y profundo.

Y la voz me dijo: Publica un libro que te inspiraremos, un pequeño libro que resuma todo lo que el alma humana debe conocer para orientarse en su vida; publica un libro que demuestre a todo el mundo que la vida no es una cosa vana de la cual puede usarse con ligereza, sino una lucha para la conquista del cielo, una obra elevada y grave, de edificación, de perfeccionamiento; una obra regida por leyes augustas y equitativas, por encima de las cuales se cierne la eterna Justicia templada por el Amor.

La Justicia. Si existe en este mundo una necesidad imperiosa para todos los que sufren, cuya alma está desgarrada por el dolor, ¿acaso no consiste ésta en la necesidad de creer, de saber que la justicia no es una palabra vacía, que existen compensaciones en algún sitio para todos los dolores, una sanción a todos los deberes, un consuelo para todos los males?

Ahora bien, esta justicia absoluta, soberana, cualesquiera sean nuestras opiniones políticas y conocimientos sociológicos, es preciso reconocerlo, no es de nuestro mundo. Las instituciones humanas no son aún instrumento de ella.

Y aun cuando llegásemos a corregir, a mejorar estas instituciones, y con ello a atenuar muchos males, a disminuir la suma de las desigualdades y miserias humanas, hay otras causas de aflicción, enfermedades crueles e innatas contra las cuales nos creemos siempre impotentes: la pérdida de la salud, de la vista, de la razón, la separación de los seres que amamos y todo el inmenso cortejo

de sufrimientos morales, más vivos a medida que el hombre es más sensible y la civilización más refinada.

Aun gozando de todas las mejoras sociales, no obtendríamos nunca que el bien y el mal encontrasen en este globo su completa sanción. ¡Si existe una justicia absoluta, integral, sólo puede ser en el Más Allá! Pero, ¿quién nos probará que este Más Allá no es un mito, una ilusión, una quimera? Las religiones, las filosofías, han pasado; han desplegado sobre el alma humana el rico manto de sus concepciones y de sus esperanzas. Sin embargo, la duda ha subsistido en el fondo del alma. Una crítica minuciosa y sabia ha pasado por el tamiz a todas las teorías de antaño, y de aquel conjunto majestuoso, sólo han quedado ruinas.

Mas, han comenzado a producirse fenómenos psíquicos en todos los puntos del globo. Variados, continuos, incontables, han aportado la prueba de la existencia de un Mundo Espiritual, invisible, regido por principios rigurosos, tan inmutables, como los de la materia; mundo en cuyas profundidades está oculto el secreto de nuestros orígenes y de nuestros destinos¹. Ha nacido una nueva ciencia, basada en las experiencias, en las informaciones y testimonios de sabios eminentes. Así se ha establecido una comunicación con este Mundo Invisible que nos rodea y se esparce por toda la humanidad, como una ola pura y regeneradora, una poderosa revelación.

Nunca, quizá, en el curso de su historia, ha sentido Francia más profundamente la oportunidad de una nueva orientación moral. Las religiones han perdido mucho de su prestigio, y los frutos envenenados del materialismo aparecen por todas partes. Al lado del egoísmo y de la sensualidad de unos, se desarrolla la brutalidad y la codicia de otros. Los actos de violencia, los asesinatos y los suicidios se multiplican. Las huelgas revisten un carácter cada vez más trágico. Es la lucha de clases, el desencadenamiento de los apetitos y furores. La voz popular sube y ruge; el odio de los pequeños a los que poseen y gozan, amenaza con pasar del dominio de las teorías al de los hechos. Las prácticas bárbaras, destructoras de toda civilización, penetran en las costumbres de los obreros. Se saquean las fábricas, se rompen las máquinas, se destruyen los implementos industriales. Este estado de cosas, si se agravase, nos llevaría directamente a la guerra civil y al salvajismo.

Tales son los resultados de una falsa educación nacional. Desde hace siglos, ni la escuela ni la Iglesia enseñan al pueblo lo que le es necesario conocer: el porqué de la existencia, la ley del destino con el verdadero sentido de los deberes y responsabilidades que a él van unidos. Allí, en todas partes, tanto arriba como abajo, el desorden en las inteligencias y en las conciencias, la confusión de todas las cosas, la desmoralización, la anarquía. Estamos abocados a una quiebra social.

¹ Véanse: *En lo Invisible - Espiritismo y Mediumnidad* y *Cristianismo y Espiritismo - Pruebas experimentales de la supervivencia*, ambas obras de León Denis.

¿Será preciso descender hasta el fondo del abismo de las miserias públicas para ver el error cometido y comprender que es menester buscar, por encima de todo, el rayo de luz que alumbre la gran marcha humana en su ruta sinuosa a través de los precipicios y de las rocas desprendidas?

Noviembre de 1910.

Primera Parte

DIOS Y EL UNIVERSO

1. El gran enigma

¿Existe un objetivo, existe una ley que rige al Universo?

¿O bien este Universo es sólo un abismo en el cual el pensamiento se pierde, falto de un punto de apoyo, y en el que se revuelve como la hoja muerta bajo el soplo del viento?

¿Existe una fuerza, una esperanza, una certidumbre que pueda elevarnos por encima de nosotros mismos hacia un fin superior, hacia un principio, un ser en el cual se identifiquen el bien, la verdad y la sabiduría; o bien no hay en nosotros y a nuestro alrededor más que dudas, incertidumbres y tinieblas?

El hombre, el pensador, sondea con la vista la vasta extensión. Interroga a las profundidades del cielo. Busca en él la solución de los dos grandes problemas: el problema del mundo, el problema de la vida. Estudia este majestuoso Universo, dentro del cual se siente como sumergido. Sigue con los ojos la carrera de los gigantes del espacio, soles de la noche, espantosos focos, cuya luz recorre las inmensas soledades. Interroga a estos astros, estos mundos incontables, mas ellos pasan mudos siguiendo su ruta hacia un fin que nadie conoce. Un silencio aplastante se cierne sobre el abismo, envuelve al hombre, hace aún más solemne a este Universo.²

Sin embargo, dos cosas se nos aparecen a primera vista en el Universo: la materia y el movimiento; la sustancia y la fuerza.

Los mundos están formados de materia, y esta materia, inerte en sí, se mueve. ¿Quién, pues, la hace mover? ¿Qué fuerza es ésta que la anima? Primer problema. Pero el hombre aparta su mirada del infinito y fija en sí mismo su atención. Esta materia y esta fuerza universales las encuentra también en sí mismo, y con ellas un tercer elemento, con cuya ayuda ha conocido, visto y medido a las otras: la inteligencia.

Sin embargo, la inteligencia humana no tiene en sí misma su propia causa. Si el hombre fuese su propia causa podría mantener y conservar el poder de vida que tiene en sí; mientras que este poder, sujeto a variaciones, a desfallecimientos, escapa a su voluntad.

Si la inteligencia está en el hombre, ésta debe encontrarse también dentro de

² Este silencio es relativo y resulta únicamente de la imperfección de nuestros sentidos.

este Universo del cual él forma parte integrante. Lo que existe en la parte, se debe encontrar en el todo. La materia es solamente el vestido, la forma sensible y cambiante revestida para la vida; un cadáver ni piensa ni se mueve. La fuerza es un simple agente destinado a conservar las funciones vitales. Así pues, es la inteligencia la que gobierna a los mundos y rige al Universo.

Esta inteligencia se manifiesta por medio de leyes, leyes sabias y profundas, ordenadoras y conservadoras del Universo.

Todas las investigaciones, todos los trabajos de la ciencia contemporánea concurren a demostrar la acción de las leyes naturales, las cuales están unidas, abarcadas por una ley suprema para constituir la armonía universal. Por esta ley se revela una Inteligencia soberana, como la razón misma de las cosas; razón consciente, unidad universal en la que convergen, unen y funden todas las relaciones, en la que todos los seres van en procura de la fuerza, la luz y la vida; Ser absoluto y perfecto, profundamente inmutable y fuente eterna de toda ciencia, de toda verdad, de toda sabiduría, de todo amor.

Sin embargo, hay que prever algunas observaciones. Se nos puede decir, por ejemplo: las teorías sobre la materia, la fuerza y la inteligencia, tal como la formulaban no hace mucho tiempo las escuelas científicas y filosóficas, han pasado ya. Nuevas concepciones las reemplazan. La física actual nos demuestra que la materia se desasocia con el análisis, se resuelve en centros de fuerzas y que las fuerzas se reabsorben en el éter universal.

Sí, ciertamente, los sistemas envejecen y pasan, las fórmulas se desgastan, pero la idea eterna reaparece bajo formas siempre nuevas y más ricas. El materialismo y el espiritualismo son aspectos transitorios del conocimiento. Ni la materia ni el espíritu son lo que creían las escuelas de antaño, y quizá la materia, el pensamiento y la vida estén unidos entre sí por estrechos lazos que empezamos a entrever.

No obstante, ciertos hechos subsisten y otros problemas se presentan. La materia y la fuerza se funden en el éter; pero, ¿qué es el éter? Es la materia primera -dicen-, el substrato definitivo de todos los movimientos. El éter mismo es atravesado por innumerables movimientos, radiaciones luminosas y calóricas, corrientes de electricidad y magnetismo. Por tanto, es preciso que estos movimientos sean regulados de alguna manera.

La fuerza engendra el movimiento; pero la fuerza no es la ley. Ciega y sin guía, no podría producir el orden y la armonía en el Universo. Y, sin embargo, éstos son bien manifiestos. Al final de la escala de las fuerzas, aparece la energía mental, la voluntad, la inteligencia que constituye las formas y fija las leyes³.

³ Gustave Le Bon, a pesar de sus reticencias, se ve obligado a reconocerlo en su obra *L'évolution de la matière*, p. 275: "Todas estas operaciones tan precisas, tan admirablemente adaptadas a un fin, son dirigidas por fuerzas que actúan exactamente como si poseyesen una clarividencia muy superior a la razón. Lo que ellas ejecutan a cada instante está muy por sobre todo lo que la ciencia más avanzada

La inercia -se nos dirá- sólo es relativa, ya que la materia es energía condensada. En realidad, todas las partículas constitutivas de un cuerpo se mueven. Sin embargo, energía almacenada dentro de estos cuerpos no puede entrar en potencia de acción si la materia componente no está desasociada. No es éste el caso de los planetas, cuyos elementos representan a la materia en su último grado de concreción. Sus movimientos no pueden explicarse por una fuerza interna, sino solamente por la intervención de una energía exterior.

"La inercia -dice Gustave Le Bon⁴-, es la resistencia de causa desconocida que oponen los cuerpos al movimiento o cambio de movimiento. Es susceptible de medida, y esta medida es lo que se define con el término de masa. La masa es, pues, la medida de la inercia de la materia, su coeficiente de resistencia al movimiento"

Desde Pitágoras hasta Claude Bernard, todos los pensadores han afirmado que la materia está desprovista de espontaneidad. Toda tentativa de prestar a la sustancia inerte una espontaneidad capaz de organizar y explicar la fuerza, ha sido frustrada.

Es preciso, pues, volver sobre la necesidad de un primer motor trascendental para explicar el sistema del mundo. La mecánica celeste no se explica por sí sola, y la existencia de un motor inicial se impone. La nebulosa primitiva, madre del Sol y de los planetas, estaba animada de un movimiento giratorio. Mas, ¿quién le imprimió ese movimiento? Nosotros contestamos sin titubear: ¡Dios!⁵.

¿Es solamente la ciencia contemporánea la que nos revela a Dios, al Ser universal? El hombre interroga a la historia de la Tierra. Evoca el recuerdo de las multitudes muertas, de las generaciones que reposan bajo el polvo de los siglos. Interroga a la fe crédula de los simples y a la fe razonada de los sabios y en todas partes, por encima de las opiniones contradictorias y de las disputas de escuelas, por encima de las rivalidades de castas, de intereses y de pasiones, encuentra los anhelos, las aspiraciones del pensamiento humano hacia la gran Causa que vela, augusta y silenciosa, bajo el misterioso manto de las cosas.

En todos los tiempos y lugares el lamento humano sube, asciende hacia ese Espíritu divino, hacia esa alma del mundo a quien se honra bajo distintos nombres: Providencia, Gran Arquitecto, Ser Supremo, Padre Celestial, etcétera, encontrando en cada uno de ellos el centro, la ley, la razón universal en la cual el mundo se reconoce, se posee, vuelve a hallar su conciencia y su

puede realizar".

⁴ *Revue scientifique et morale du Spiritisme*, 17 de octubre de 1903.

⁵ Véase la nota complementaria 1 al final de la obra.

Y es de esta manera como, por encima de este incesante flujo y reflujo de elementos pasajeros y cambiantes, por encima de esta variedad, de esta diversidad infinita de los seres y de las cosas, que constituyen el dominio de la Naturaleza y de la vida, el pensamiento encuentra en el Universo este principio fijo inmutable; esta Unidad consciente en la que se unen la esencia y la sustancia, fuente primera de todas las conciencias y de todas las formas, dado que conciencia y forma, esencia y sustancia no pueden existir la una sin la otra. Se unen entre sí para constituir esta Unidad viviente, este Ser absoluto y necesario al que llamamos Dios, fuente de todos los seres.

Mas el lenguaje humano es impotente para expresar la idea del Ser infinito. Cuando nos servimos de nombres y de términos, limitamos lo que es sin límites. Todas las definiciones son insuficientes y en cierta medida inducen a error. Sin embargo, el pensamiento, para expresarse, necesita de términos. El menos alejado de la realidad es aquel con el cual los sacerdotes de Egipto designaban a Dios: "Yo soy", es decir, yo soy el Ser por excelencia, absoluto, eterno, de quien emanan todos los seres.

Un malentendido secular divide, en estas condiciones, a las escuelas filosóficas. El materialismo sólo ve en el Universo la sustancia y la fuerza. Parece ignorar los estados quintaesenciados, las transformaciones infinitas de la materia. El espiritualismo sólo ve el principio espiritual; considera como inmaterial todo lo que no cae bajo nuestros sentidos. Los dos se equivocan. El malentendido que los separa sólo cesará cuando los materialistas vean en su principio y los espiritualistas en su Dios la fuente de los tres elementos: sustancia, fuerza e inteligencia, cuya unión constituye la vida universal.

Para esto basta comprender dos cosas: si se admite que la sustancia está fuera de Dios, Dios no sería infinito, y ya que la conciencia existe en el mundo actual, es preciso que también se encuentre en lo que ha sido el principio de este mundo.

Pero la ciencia, después de haberse retardado durante medio siglo en los desiertos del materialismo y del positivismo, después de haber reconocido su esterilidad, la ciencia actual ha modificado su orientación. En todos los dominios: física, química, biología, psicología, la ciencia se encamina hoy con paso decidido hacia esa gran unidad que se entrevé en el fondo de todas las cosas. En todas partes reconoce la unidad de sustancia, la unidad de fuerzas y la unidad de leyes. Detrás de toda sustancia en movimiento se encuentra la fuerza, y la fuerza no es más que la proyección del pensamiento, de la voluntad en la sustancia. La eterna creación, el eterno renovamiento de los seres y de las cosas no es más que la proyección constante del pensamiento divino en el Universo.

Poco a poco se levanta el velo; el hombre empieza a entrever la grandiosa evolución de la vida en la superficie de los mundos. Ve la correlación de las fuerzas y la adaptación de las formas y de los órganos en todos los medios.

Sabe que la vida se desarrolla, transforma y afina a medida que va recorriendo su espiral inmensa.

Comprende que todo esta regulado con tendencia a un fin, que es el perfeccionamiento continuo del Ser y el mayor aumento en él de lo bueno y de lo bello.

Hasta desde aquí abajo, el hombre puede seguir esta ley majestuosa del progreso a través de todo el lento trabajo de la Naturaleza. Desde las formas más inferiores del ser, desde la célula, en formación, flotando en el seno de las aguas, hasta el hombre consciente en el cual se afirma la unidad de la vida y, por encima de él, de grado en grado, hasta el infinito. Y esta ascensión sólo se comprende, sólo se explica con la existencia de un principio universal, de una energía incesante, eterna, que penetra toda la Naturaleza; él es quien regula y estimula esta evolución colosal de los seres y de los mundos hacia lo mejor, hacia el bien.

Dios, tal como lo concebimos nosotros, no es el dios del panteísmo oriental que se confunde con el Universo; como tampoco el dios antropomórfico, monarca del cielo, exterior al mundo, del cual nos hablan las religiones de Occidente. Dios se revela en el Universo, que es su representación, pero no se confunde con él. De la misma manera que en nosotros la unidad consciente, el alma, el yo, persiste en medio de las modificaciones incesantes de la materia orgánica, así es como en medio de las transformaciones del Universo y de la incesante renovación de sus partes subsiste el Ser inmutable, que es el alma, la conciencia, el yo que la anima y le comunica el movimiento y la vida.

Y este gran Ser absoluto y eterno -que conoce nuestras necesidades y oye nuestros llamamientos y nuestras preces y que es sensible a nuestros dolores-, es como el inmenso hogar en donde todos los seres, por la comunicación del pensamiento y del sentimiento, van a buscar las fuerzas, los socorros, las inspiraciones necesarias para guiarse en las vías del destino, para sostenerse en sus luchas, consolarse en sus miserias, levantarse en sus desfallecimientos y caídas.

No busques a Dios en los templos de piedra o de mármol, ¡oh hombre que quieres conocerle! Búscalo en el templo eterno de la Naturaleza; en el espectáculo de los mundos, recorriendo el infinito; en los esplendores de la vida que estalla en su superficie; en la contemplación de los horizontes variados: llanos, valles, montes y mares que te ofrece tu morada terrestre. En todas partes, bajo el esplendor del día o bajo el constelado manto de la noche, al borde de los océanos tumultuosos o en la soledad de los bosques, si sabes recogerte, oirás las voces de la Naturaleza y las sutiles enseñanzas que ésta murmura al oído de quienes frecuentan sus retiros y estudian sus misterios.

La Tierra boga silenciosa por la vasta extensión. Esta masa de diez mil leguas de circunferencia, se desliza sobre las olas del éter como un pájaro por el espacio, como un mosquito por la luz. Nada denuncia su marcha

imponente. Ningún chirrido de ruedas, ningún murmullo de olas en sus flancos. Silenciosa, pasa, rueda entre sus hermanas del cielo. Toda la potente máquina del Universo se agita; los millones de soles y de mundos que la componen, mundos en comparación de los cuales el nuestro no es más que un niño, se desplazan, entrecruzan y prosiguen sus revoluciones con velocidades espantosas, sin que ningún sonido ni choque entorpezca la acción de este gigantesco aparato. El Universo sigue tranquilo; es el equilibrio absoluto, es la majestad de un poder misterioso; de una inteligencia que no se demuestra, que se esconde en el seno de las cosas, pero cuya presencia se revela al pensamiento y al corazón, atrayendo al investigador como el abismo.

Si la Tierra se moviese con ruido, si el mecanismo del mundo funcionase con estrépito, los hombres, asustados, se postrarían y creerían. ¡Pero no! La obra formidable se cumple sin estruendosidad. Mundos y soles flotan en el infinito, tan ligeros como plumas impulsadas por la brisa. ¡Adelante, siempre adelante! La ronda de las esferas se desarrolla, guiada por una potencia invisible.

La voluntad que rige al Universo se oculta a todos los hombres. Las cosas están dispuestas de manera que nadie está obligado a creer en ellas. Si el orden y la armonía del Cosmos no bastan para convencer al hombre, libre él es; nadie obliga al escéptico a creer en Dios.

Lo mismo sucede con las cosas de orden moral. Nuestras existencias se desarrollan y los acontecimientos se suceden sin relación aparente; pero la inmanente justicia se cierne desde lo Alto sobre nosotros y rige nuestros destinos según un principio ineludible, por el cual todo se encadena en una serie de causas y efectos. Su conjunto constituye una armonía que el Espíritu, exento de prejuicios e iluminado por un rayo de sabiduría, descubre y admira.

¿Qué sabemos nosotros del Universo? Nuestra vista sólo percibe una reducida extensión de las cosas. Sólo la afectan los cuerpos materiales similares a los nuestros. La materia sutil y difusa escapa a nuestros sentidos⁶. Sólo conocemos lo más grosero de lo que existe a nuestro alrededor. Todos los mundos fluídicos, todos los círculos en los que se agita la vida superior, la vida radiante, escapan a la mirada humana. Sólo distinguimos los mundos opacos y pesados que se mueven en el cielo. El espacio que los separa nos parece vacío. En todas partes parecen abrirse hondos abismos. ¡Error! El Universo está lleno. Entre estas moradas materiales, en el intervalo de estos mundos planetarios, cárceles o destierros que flotan en el espacio, se extienden otros dominios de la vida, vida espiritual, vida gloriosa que nuestros sentidos no pueden percibir, pues, bajo sus radiaciones, se quebrarían como el cristal al choque con una piedra.

La sabia Naturaleza ha limitado nuestras percepciones y sensaciones. Sólo de grado en grado nos conduce por el camino del saber; lentamente, etapa tras

⁶ Actualmente no conocemos ni podemos conocer en su esencia ni al espíritu ni a la materia.

etapa, vida tras vida, nos lleva al conocimiento del Universo, ya visible o bien oculto. El Ser sube uno a uno los peldaños de la gigantesca escalera que conduce a Dios, y cada uno de estos peldaños representa para él una larga serie de siglos.

Si los mundos celestes se nos apareciesen de pronto sin velos, en toda su gloria, quedaríamos deslumbrados, ciegos. Pero no, nuestros sentidos exteriores han sido medidos y limitados. Aumentan en claridad y fineza a medida que el Ser se eleva en la escala de las existencias y de los perfeccionamientos. Lo mismo sucede con el conocimiento, en la posesión de las leyes morales; el Universo se descubre a nuestra vista a medida que la capacidad en comprender sus leyes se desarrolla y amplifica en nosotros. ¡Lenta es la incubación de las almas bajo la luz divina!

¡Hacia Ti, oh Potencia suprema, sea cual fuere el nombre que te den y por imperfectamente que seas comprendida! ¡Hacia Ti, fuente eterna de la vida, de la bondad, de la belleza y la armonía, suben nuestras aspiraciones, nuestra confianza y nuestro amor!

¿Dónde estás? ¿En qué cielos profundos y misteriosos te ocultas? ¡Cuántas almas han creído que bastaba abandonar la Tierra para encontrarte! Pero Tú sigues invisible en el mundo espiritual como en el terrestre; invisible para aquellos que aún no han alcanzado la pureza suficiente para reflejar tus divinos rayos.

Y, sin embargo, todo revela y manifiesta tu presencia. Todo lo que en la Naturaleza y en la humanidad canta y celebra el amor, la belleza y la perfección; todo lo que vibra y respira, es un mensaje de Dios. Las fuerzas prodigiosas que animan al Universo proclaman la realidad de la inteligencia divina; igualmente, la majestad de Dios se manifiesta en la historia a través de las acciones de las almas grandes que, como olas gigantes, traen a las orillas terrestres todas las potencias de las obras de sabiduría y amor.

Dios está en cada uno de nosotros, en el templo viviente de la conciencia. Allí es el lugar sagrado, el santuario donde se oculta la divina chispa.

¡Oh, hombres! Aprended a sondeos vosotros mismos, a registrar los rincones más íntimos de vuestro Ser, interrogaos en el silencio y en la soledad. Así aprenderéis a conoceros, a conocer el poder que está oculto en vosotros. Él es el que eleva y hace resplandecer en el fondo de nuestras conciencias las santas imágenes del bien, de la verdad y de la justicia; honrando a estas imágenes divinas y rindiéndoles el culto de cada día, lograréis que se purifique y alumbre esta conciencia aún oscura. Poco a poco la luz invade nuestro Ser, como la aurora sucede a la noche. Como gradualmente, de una manera insensible, las sombras se desvanecen con la luz del día, así el alma se ilumina con las radiaciones de este fuego que hay en ella y que hace nacer en nuestro pensamiento y corazón formas siempre nuevas, siempre inagotables de verdad y de belleza. Este fuego es también una penetrante armonía, una voz que canta

en el alma del poeta, del escritor, del profeta; una voz que les inspira y les dicta las obras grandes y perdurables por medio de las cuales trabajan para el progreso del hombre. Pero estas voces sólo las oyen aquellos que habiendo vencido a la materia se han hecho dignos de esta comunión sublime por medio de sus esfuerzos seculares, aquellos cuyo sentido íntimo se ha abierto a las impresiones profundas y conocen el soplo potente que enciende los fuegos del genio, el soplo que pasa sobre las frentes pensativas y hace estremecer a las envolturas humanas.

2. Unidad sustancial del Universo

Al Universo lo constituye un solo elemento, aunque triple en apariencia. Espíritu, fuerza y materia, no parecen ser más que los modos, los tres estados de una sustancia inmutable en su principio, mas variable hasta lo infinito en sus manifestaciones.

El Universo vive y respira animado por dos potentes corrientes: absorción y dispersión. Por esta expansión, por este soplo inmenso, Dios, el Ser de los seres, el Alma del Universo, crea. Por su amor atrae hacia Él. Las vibraciones de su pensamiento y de su voluntad, fuentes primeras de todas las fuerzas cósmicas, mueven al Universo y engendran la vida.

La materia -digamos- no es más que un modo, una forma pasajera de la sustancia universal que escapa al análisis y desaparece bajo el objetivo del microscopio para disolverse en radiaciones sutiles que no tienen existencia propia. Las filosofías que la toman por base descansan sobre una apariencia, sobre una especie de ilusión⁷.

La unidad del Universo, largamente negada o no comprendida, empieza a ser entrevista por la ciencia. Hace unos veinte años que William Crookes, en el curso de sus estudios sobre las materializaciones de Espíritus, descubrió el cuarto estado de la materia: el estado radiante. Este descubrimiento, por sus consecuencias, revolucionó todas las viejas y clásicas teorías. Estas establecían una distinción entre la materia y la fuerza; ahora sabemos que las dos llegan a confundirse. Bajo la acción del calor, la materia más grosera se transforma en fluidos y estos fluidos se reducen, a su vez, en un elemento más sutil que escapa a nuestros sentidos. Toda materia puede reducirse a fuerza, y toda fuerza se condensa en materia, recorriendo así un círculo incesante⁸.

Las experiencias de Crookes han sido seguidas y confirmadas por una legión de investigadores. El más célebre, Roentgen, ha llamado rayos X a las

⁷ "La materia -ha dicho William Crookes- no es más que un modo de movimiento" (Proc. Royal Soc., No. 205, p. 472).

⁸ "Toda materia -dijo igualmente Crookes- volverá a pasar por el estado etéreo de donde procede" (discurso pronunciado en el Congreso de Química, de Berlín, en 1903).

radiaciones emanadas de las ampollas de cristal; estos rayos tienen la propiedad de traspasar la mayor parte de los cuerpos opacos, y permiten percibir y fotografiar lo invisible.

Poco después Becquerel demostraba las propiedades de ciertos metales de emitir radiaciones oscuras que penetran la materia más densa, como los rayos Roentgen, e impresionan las placas fotográficas a través de láminas metálicas.

El radio, descubierto por los esposos Curie, produce calor y luz de un modo continuo sin agotarse de manera sensible. Los cuerpos sometidos a su acción, se vuelven a su vez radiantes. Aunque la cantidad de energía radiada por este metal es considerable, la pérdida de sustancia material correspondiente es casi nula. Crookes ha calculado que un gramo de radio necesitaría unos cien años para desasociarse⁹.

Es más. Los ingeniosos descubrimientos de G. Le Bon¹⁰ han probado que las radiaciones son una propiedad general de todos los cuerpos. La materia puede desasociarse indefinidamente, pues no es más que energía concretada. Con esto, la teoría del átomo indivisible, que desde hace dos mil años servía de base a la física y a la química, se derrumba y, con ella, las clásicas distinciones entre lo ponderable y lo imponderable¹¹. La soberanía de la materia -considerada absoluta y eterna- se desvanece.

Por tanto, es preciso reconocer: el Universo no es como aparecía a nuestros débiles sentidos; el mundo físico no constituye más que una ínfima parte del mismo. Detrás del círculo de nuestras percepciones hay una infinidad de fuerzas y de formas sutiles cuya existencia ha ignorado la ciencia hasta ahora. El dominio del mundo invisible es mucho más vasto y más rico que el del mundo visible.

La ciencia ha estado equivocada durante varios siglos en el análisis de los elementos que constituyen el Universo, y ahora debe destruir lo que tan penosamente ha edificado. El dogma científico de la unidad irreductible e indestructible del átomo, al derrumbarse, arrastra consigo a todas las teorías materialistas. La existencia de los fluidos -afirmada por los espíritas desde hace cincuenta años y que les valió tantas burlas por parte de los sabios oficiales- ha sido confirmada de una manera rigurosa por medio de la experimentación.

Los seres vivos también emiten radiaciones de diferentes naturalezas. Los efluvios humanos, variando de forma y de intensidad bajo la acción de la

⁹ Véase un artículo de Gustave Le Bon en la *Revue scientifique et morale du Spiritisme*, del 24 de octubre de 1903, p. 518.

¹⁰ *Ibidem*, del 17, 24 y 31 de octubre de 1903.

¹¹ Desde hace muchos siglos se afirma y defiende la teoría de la indivisibilidad e indestructibilidad del átomo, sin saber nada de él. Berthelot la califica -en su *Sintéthese chimique*, 1876, p. 164- de "novela ingeniosa y sutil". Con ello se demuestra -dice Le Bon- que ciertos dogmas científicos no tienen más consistencia que las divinidades de las pasadas edades.

voluntad, impresionan las placas con su misteriosa luz. La existencia de estos influjos, sean nerviosos, sean psíquicos, conocidos desde largo tiempo por los magnetizadores y los espíritas, pero negados por la ciencia, es constatada en el presente de una manera irrecusable por los fisiologistas. Con ello se ha encontrado el principio de la telepatía. Las voliciones del pensamiento, las proyecciones de la voluntad se transmiten a través del espacio como las vibraciones del sonido y las ondulaciones de la luz, y van a impresionar otros organismos en simpatía con el del manifestante. Las almas que tengan afinidad de pensamiento y de sentimiento, pueden intercambiar sus efluvios a cualquier distancia, de la misma manera que los astros intercambian, a través de los abismos del espacio, sus rayos titilantes. En esto descubrimos, además, el secreto de las ardientes simpatías y de las invencibles repulsiones que los hombres sienten entre sí, al verse por primera vez.

La mayor parte de los problemas psicológicos: sugestión, comunicación a distancia, acciones y reacciones ocultas, visión a través de los obstáculos, encuentran en ello su explicación. Nos hallamos aún en la aurora del verdadero conocimiento. Mas el campo de las investigaciones está abierto, y la ciencia marchará de conquista en conquista, por una vía rica en sorpresas. El mundo invisible se revela como base del Universo, como fuente eterna de las energías físicas y vitales que animan al Cosmos.

De esta manera cae el principal argumento de los que negaban la posibilidad de la existencia de los Espíritus. Los que tal hacían no podían concebir la vida invisible, falta de un substrato, de una sustancia que escapase a nuestros sentidos. Sin embargo, encontramos a un tiempo en el mundo de los imponderables, los elementos constitutivos de la vida de estos seres y las fuerzas que le son necesarias para manifestar su existencia.

Los fenómenos espíritas de todos los órdenes se explican por el hecho de que puede gastarse una cantidad considerable y constante de energía sin pérdida aparente de materia. Los aportes, la desagregación y la reconstitución espontánea de objetos en cámaras cerradas; los casos de levitación, el paso de los Espíritus a través de los cuerpos sólidos, sus apariciones y materializaciones que causaron tanto asombro y tantas burlas también; todo es fácil de comprender cuando se conoce el juego de las fuerzas y de los elementos que entran en acción en estos fenómenos.

La desasociación de la materia, de que nos habla Le Bon -y que el hombre es impotente de producir por sí solo- como el conocimiento de las leyes y las reglas que la rigen era facultad y patrimonio de los Espíritus desde hace largo tiempo.

La aplicación de los rayos X a la fotografía, ¿no explica también el fenómeno de doble vista de los médiums y el de la fotografía espírita? En efecto: si las placas pueden ser influidas por rayos oscuros, por radiaciones de la materia imponderable que penetran en los cuerpos opacos, con mucha más razón los fluidos quintaesenciados de que se compone la envoltura de los

Espíritus pueden, en ciertas condiciones, impresionar la retina de los videntes, aparato más delicado y complejo que la placa de cristal.

Es así como el Espiritismo se fortalece cada día más con el apoyo de argumentos extraídos de los descubrimientos de la ciencia, descubrimientos que acabarán por hacer vacilar a los escépticos más empedernidos.

La gran diferencia secular que dividía a las escuelas filosóficas se reduce, pues, a una cuestión de nombres. En las experiencias cuya iniciativa ha tomado William Crookes, la materia se funde, el átomo se desvanece; en su lugar aparece la energía. La sustancia es un Proteo que reviste mil formas inesperadas. Los gases que se consideraban permanentes se liquidan; el aire se descompone en elementos mucho más numerosos de lo que enseñaba la ciencia de ayer; la radiactividad, es decir, la condición de los cuerpos de desagregarse emitiendo efluvios análogos a los rayos catódicos, se revela como un hecho universal. Toda una revolución se realiza en los dominios de la física y de la química. En todas partes, a nuestro alrededor, vemos abrirse fuentes de energía, inmensos depósitos de fuerzas muy superiores en poder a todo lo que se conocía hasta hoy¹². La ciencia se encamina poco a poco hacia la gran síntesis unitaria, que es la ley fundamental de la Naturaleza. Sus más recientes descubrimientos tienen un alcance incalculable en el sentido de que ellos demuestran experimentalmente el gran principio constitutivo del Universo: unidad de fuerzas, unidad de leyes. El encadenamiento prodigioso de las fuerzas y de los seres se precisa y se completa. Se constata que existe una continuidad absoluta, no solamente entre todos los estados de la materia, sino aun entre éstos y los diferentes estados de la fuerza¹³.

La energía parece ser la sustancia única universal. En el estado compacto, reviste las apariencias que llamamos materia sólida, líquida o gaseosa; bajo un modo más sutil, la energía es agente de los fenómenos de luz, calor, electricidad, magnetismo, afinidad química. Estudiando la acción de la voluntad sobre los efluvios y las radiaciones, podríamos entrever, quizá, el punto en donde la fuerza se manifiesta como inteligencia, donde el pensamiento se transforma en vida.

Todo se relaciona y encadena en el Universo. Todo está regido por las leyes del número, de la medida, de la armonía. Las manifestaciones más elevadas de

¹² Véase la nota complementaria 2 al final de la obra.

¹³ "Los productos de la desasociación de los átomos -dice G. Le Bon-, constituyen una sustancia intermediaria, por sus propiedades, entre los cuerpos ponderables y el éter imponderable, es decir, entre dos mundos profundamente separados hasta aquí" (*Revue scientifique et morale du Spiritisme*, 17 de octubre de 1903).

"Las observaciones precedentes -dice además este eminente químico-, parecen probar que los diversos cuerpos simples derivan de una materia única. Esta materia primitiva parece ser producida por una condensación del éter" (*Ibidem*, del 24 de octubre de 1903).

la energía confinan con las de la inteligencia. La fuerza vuélvese atracción; la atracción vuélvese amor. Todo se resume en un poder único y primordial, motor eterno y universal, al cual se le han dado diversos nombres, pero que no es más que la voluntad y el pensamiento divinos. Sus vibraciones animan al infinito. Todos los seres y los mundos son bañados en el océano de las radiaciones que emanan del inagotable foco.

Consciente de su ignorancia y de su debilidad, el hombre queda confuso ante esta unidad admirable que lo abarca todo y que lleva en ella la vida de las humanidades. Mas al mismo tiempo, el estudio del Universo le abre fuentes profundas de gozos y de emociones. A pesar de nuestra flaqueza intelectual, lo poco que entrevemos de las leyes universales nos hechiza, pues en el poder ordenador de las leyes y de los mundos presentimos a Dios, y con ello adquirimos la certidumbre de que lo Bueno, lo Bello y la Armonía perfecta reinan por encima de todo.

3. Solidaridad. Comuni3n universal

Dios es el esp3ritu de sabidur3a, de amor y de vida; el poder infinito que gobierna al mundo. El hombre es finito, pero tiene la intuici3n de lo infinito. El principio espiritual que lleva en s3, le incita a escrutar los problemas que traspasan los l3mites actuales de su entendimiento. Su Esp3ritu, prisionero de la carne, se libera a veces y eleva hacia los dominios superiores del pensamiento, de donde le llegan las altas inspiraciones, seguidas de reca3das en la materia. De ah3 tantas investigaciones, tantos tanteos y errores de los cuales resulta que, si los poderes invisibles no viniesen a hacer la luz en este caos, ser3a imposible distinguir la verdad en medio de este amontonamiento de sistemas y de supersticiones acumuladas a trav3s de las edades.

Cada alma es un resplandor de la gran Alma universal, una chispa emanada del eterno foco. Pero nosotros nos ignoramos a nosotros mismos, y esta ignorancia es la causa de nuestra debilidad y de todos nuestros males.

Nosotros estamos unidos a Dios por la relaci3n estrecha que une la causa al efecto, y somos tan necesarios a su existencia como 3l lo es a la nuestra. Dios, Esp3ritu universal, se manifiesta en la Naturaleza, y el hombre es, en la Tierra, la m3s alta expresi3n de Dios, que es la fuente del bien. Pero este bien s3lo lo poseernos en estado de germen y nuestro cometido debe ser desarrollarlo. Nuestras vidas sucesivas, nuestra ascensi3n por la espiral infinita de las existencias, no tienen otro fin.

Todo est3 escrito en el fondo del alma con caracteres misteriosos: el pasado de donde provenimos y que debemos aprender a sondar; el porvenir hacia el cual evolucionamos, porvenir que nos edificaremos nosotros mismos como un monumento maravilloso, hecho de pensamientos elevados, de acciones nobles, de abnegaci3n y sacrificios.

La obra que debemos realizar cada uno de nosotros se sintetiza en tres palabras: saber, creer, querer; es decir, saber que tenemos en nosotros recursos inagotables; creer en la eficacia de nuestra acción sobre los mundos de la materia y del espíritu; querer el bien, dirigiendo nuestros pensamientos hacia lo que es bello y grande, conformando nuestras acciones a las leyes eternas del trabajo, de la justicia y del amor.

Hijas de Dios, todas las almas son hermanas; todos los hijos de la raza humana están unidos por estrechos lazos de fraternidad y solidaridad. Por esto es que el progreso de uno de nosotros se refleja en todos, de la misma manera que el atraso de uno afecta a todo el conjunto.

De la paternidad de Dios deriva la fraternidad humana; todas las relaciones que nos unen se enlazan a este hecho. Dios, padre de las almas, debe ser considerado como el Ser consciente por excelencia, y no como una abstracción. Pero aquellos que tienen la conciencia recta y están iluminados por un rayo de lo Alto, reconocen a Dios y le sirven en la humanidad, que es su hija y su obra.

Cuando el hombre ha llegado al conocimiento de su verdadera naturaleza y de su unidad con Dios, cuando esta noción ha penetrado en su raciocinio y en su corazón, se ha elevado hasta la verdad suprema; entonces domina desde arriba las vicisitudes terrestres; entonces logra posesionarse de la fuerza que *transporta las montañas*, resulta vencedor de las pasiones, no teme a las decepciones y a la muerte; produce lo que el vulgo llama prodigios. Por su voluntad y por su fe somete y gobierna la sustancia; rompe las fatalidades de la materia; vuélvese casi un dios para los demás hombres. Varios de ellos, a su paso por este mundo, han llegado a estas elevadas miras, pero solamente Cristo se penetró tanto de ellas, que se atrevió a decir a la faz de todos: "Yo y el Padre uno somos. [...] el Padre está en mí, y yo en el Padre"¹⁴.

Estas palabras no se aplicaban solamente a El; son verdaderas para la humanidad toda. Cristo sabía que todo hombre debe llegar a la comprensión de su naturaleza íntima, y con este sentido decía a sus discípulos: "Yo dije, dioses sois"¹⁵. Hubiera podido añadir: ¡dioses en el porvenir!

La ignorancia de nuestra propia naturaleza y de las fuerzas divinas que duermen en nosotros, la idea insuficiente que nos hacemos de nuestro papel y de las leyes del destino, es lo que nos sujeta a las influencias inferiores, a lo que llamamos el mal. En realidad, esto no es más que una falta de desarrollo. El estado de ignorancia no es un mal en sí mismo; es solamente una de las formas, una de las condiciones necesarias de la ley de evolución. Nuestra inteligencia no está sazónada; nuestra razón infantil, tropieza con los accidentes del camino; de ahí el error, los abatimientos, las pruebas, el dolor. Pero todas estas cosas son un bien si se las considera como otros tantos

¹⁴ *San Juan*, 10:30 y 38.

¹⁵ *Ibidem*, 10:34.

medios de educación y elevación. El alma debe superarlos para llegar a la conciencia de las verdades superiores; a la posesión de la parte de gloria y de luz que hará de ella una elegida del cielo, una expresión perfecta del poder y del amor infinitos. Cada Ser posee los rudimentos de una inteligencia que llegará al genio, y tiene la inmensidad del tiempo para desarrollarla. Cada vida terrena es una escuela: la escuela primaria de la eternidad.

En la lenta ascensión del Ser hacia Dios, lo que buscamos ante todo es el bienestar, la felicidad. Sin embargo, en su estado de ignorancia el hombre no sabría alcanzar estos bienes, pues casi siempre los busca donde ellos no están: en la región de los espejismos y de las quimeras, y esto por medio de procederes cuya falsedad no comprenden sino después de muchas decepciones y sufrimientos. Estos sufrimientos son los que nos purifican; nuestros dolores son austeras lecciones que nos enseñan que la verdadera felicidad no está en las cosas de la materia, pasajeras y cambiantes, sino en la perfección moral. Nuestros errores y nuestras faltas repetidas, las fatales consecuencias que ellos arrastran consigo, acaban por darnos la experiencia, y ésta nos conduce a la sabiduría, es decir, al conocimiento innato, a la intuición de la verdad. Llegado a este terreno sólido, el hombre sentirá el lazo que le une a Dios y avanzará con paso más seguro, etapa tras etapa, hacia la gran luz que no se extingue jamás.

Todos los seres están unidos los unos a los otros e influyen recíprocamente. El Universo entero está sometido a la ley de solidaridad.

Los mundos perdidos en las profundidades del éter, los astros que a millares de millares de leguas entrecruzan sus rayos de plata, se conocen, se llaman y se responden. Una fuerza que nosotros llamamos atracción los une a través de los abismos del espacio.

Igualmente en la escala de la vida, todas las almas están unidas por múltiples relaciones. La solidaridad que las liga está fundada en la identidad de su naturaleza, en la igualdad de sus sufrimientos a través del tiempo, en la semejanza de sus destinos y de sus fines.

Como los astros del cielo, todas estas almas se atraen. La materia ejerce sobre el espíritu sus poderes misteriosos. Como Prometeo en su roca, ella la encadena a los mundos oscuros. El alma humana siente el influjo de todas las atracciones de la vida inferior, al mismo tiempo que percibe los llamamientos de lo Alto.

En esta laboriosa y penosa evolución que arrastra a los seres hacia la luz, hay un hecho consolador sobre el cual es bueno insistir: que en todos los grados de su ascensión el alma es atraída, ayudada y socorrida por las Entidades superiores. Todos los Espíritus en marcha son ayudados por sus hermanos más avanzados, y deben, a su vez, ayudar a aquellos que están por debajo de ellos.

Cada individualidad constituye un eslabón de la inmensa cadena de los

seres. La solidaridad que les une puede, quizá, restringir un poco la libertad de cada uno, pero si bien esta libertad es limitada en extensión, no lo es en intensidad. Por pequeña que sea la acción del eslabón, uno solo de sus impulsos puede agitar toda la cadena.

Es una cosa maravillosa esta fecundación constante del mundo inferior por el superior. De ahí vienen todas las intuiciones geniales, las inspiraciones profundas, las revelaciones grandiosas. En todos los tiempos, el pensamiento elevado se ha proyectado sobre el cerebro humano. Dios, en su equidad, no ha rehusado su auxilio ni su luz a ninguna raza, a ningún pueblo. A todos les ha enviado guías, misioneros, profetas. La verdad es una y eterna; ella penetra en la humanidad por radiaciones sucesivas, a medida que nuestro entendimiento se vuelve más apto para asimilarla.

Cada nueva revelación es una continuación de la anterior. Este es el carácter del Espiritualismo Moderno, que aporta una enseñanza, un conocimiento más completo del papel del ser humano, una revelación de los poderes ocultos en él y también de sus relaciones íntimas con el pensamiento superior y divino.

El hombre, Espíritu encarnado, había olvidado su verdadera visión. Sepultado en la materia, perdía de vista los grandes horizontes de su destino; desdeñaba los medios de desarrollar sus recursos latentes, de llegar a la felicidad volviéndose mejor. La Nueva Revelación viene a recordarle todas estas cosas, a sacudir a las almas adormecidas, estimular su marcha, provocar su elevación. Ella alumbrá los repliegues más oscuros de nuestro Ser, nos aclara nuestros orígenes y fines, explicándonos el pasado por el presente y nos abre un porvenir que depende de nuestros actos el que sea grande o miserable. El alma sólo puede progresar realmente en la vida colectiva: trabajando por el provecho de todos. Una de las consecuencias de esta solidaridad que nos une, es que la vista de los sufrimientos de unos altera y perturba la serenidad de los otros.

Esa es la causa de la preocupación constante de los Espíritus elevados: llevar a las regiones oscuras, a las almas retardadas en las vías de la pasión y del error, las radiaciones de sus pensamientos y los esfuerzos de su amor. Ninguna alma puede perderse; si todas han sufrido, todas serán salvadas. En medio de sus pruebas dolorosas, la piedad y la afección de sus hermanas las enlazan y conducen hacia Dios.

¿Cómo comprender, en efecto, que los Espíritus radiantes puedan olvidar a aquellos a quienes han amado, a los que compartieron con ellos sus alegrías y sus tristezas y que aún penan en los senderos terrestres? La queja de los que sufren, de los que el destino aún encadena a los mundos atrasados, llega hasta ellos y suscita su compasión generosa. Cuando uno de esos llamamientos traspasa el Espacio, ellos abandonan sus moradas etéreas para vaciar los tesoros de su caridad en los surcos de los mundos materiales. Al igual que las vibraciones de la luz, los esfuerzos de su amor se propagan en la vasta extensión, aportando el consuelo a los corazones afligidos, derramando sobre

las llagas de los humanos el bálsamo de la esperanza.

A veces también, durante el sueño, las almas terrestres, atraídas por sus hermanas mayores, se lanzan con fuerza hacia las alturas del Espacio para impregnarse de los fluidos vivificantes de la patria eterna. Allí, los Espíritus amigos las rodean, las exhortan, las animan, calman sus angustias. Después, extinguiendo poco a poco la luz que las rodea, a fin de que el sentimiento desgarrador de la separación no las abata, las acompañan hasta las fronteras de los mundos inferiores. Su despertar es entonces melancólico, pero dulce; y aunque no se acuerdan de su pasajera estancia en las elevadas regiones, se encuentran reconfortadas y reemprenden más alegremente la carga de sus existencias terrestres.

En las almas evolucionadas el sentimiento de la solidaridad llega a ser tan intenso, que se trueca en una comunión perpetua con todos los seres y con Dios.

El alma pura comulga con la Naturaleza entera; se embriaga con los esplendores de esta obra infinita. Todo, los astros del cielo, las flores de la pradera, el murmullo del agua en los arroyuelos, la variedad de los paisajes terrestres, los horizontes esfumados del mar, la serenidad de los espacios, todo le habla un armonioso lenguaje. En todas estas cosas visibles el alma atenta descubre una manifestación del pensamiento invisible que anima al Cosmos. Éste reviste para ella un aspecto seductor; es el teatro de la vida y de la comunión universal, comunión de los seres entre sí y de éstos con Dios, su Padre.

La distancia no existe para las almas que simpatizan. Así como los mundos cambian sus radiaciones a través de las profundidades estrelladas, de la misma manera las almas que se aman se comunican entre sí por medio del pensamiento. El Universo está animado por una vida poderosa; vibra como un arpa bajo la acción divina. Las radiaciones del pensamiento lo cruzan en todas direcciones, transmitiendo los mensajes de Espíritu a Espíritu a través de la vasta extensión. Dios, a este Universo -al que ha poblado de inteligencias a fin de que le conozcan, le amen y cumplan su ley-, lo llena con su presencia, lo alumbra con su luz y reanima con su amor.

La oración es la más alta expresión de esta comunión de las almas. Considerada bajo este aspecto, pierde toda analogía con las fórmulas vulgares, los recitados monótonos en uso, para ser un anhelo del corazón, un acto de la voluntad por medio del cual el Espíritu se libera de la esclavitud de la materia, de las ataduras terrestres, para penetrar las leyes, los misterios del poder infinito y someterse a él en todas las cosas. ¡Pedid y se os dará! Tomada en este sentido, la oración es el acto más importante de la vida; es la aspiración ardiente del ser humano que siente su pequeñez y su miseria y busca poner, aunque sea por un instante, las vibraciones de su pensamiento en armonía con la sinfonía eterna. Esta es la obra de la meditación que en el silencio y el

recogimiento eleva el alma hasta las alturas celestes, en donde aumenta sus fuerzas y se impregna de las radiaciones de la luz y de amor divinos. Mas, ¡cuán pocos saben orar! Las religiones nos han hecho olvidar de la oración, convirtiéndola en un ejercicio ocioso, ridículo a veces.

Bajo la influencia del Nuevo Espiritualismo, la oración volverá a ser más noble y digna; será cultivada con más respeto hacia el poder supremo, más fe, más confianza y sinceridad; en un completo desprendimiento de las cosas materiales. Todas nuestras ansiedades e incertidumbres cesarán cuando hayamos comprendido que la vida es una comunión universal, y que Dios y todos sus hijos viven solidariamente esta vida. Entonces la oración será el lenguaje de todos, la irradiación del alma que con sus anhelos hace oscilar el dinamismo espiritual y divino. Sus beneficios se extenderán sobre los seres, y particularmente sobre los que sufren, sobre los ignorados de la Tierra y del Espacio. Irá hacia aquellos en los cuales nadie piensa, y que gimen en la sombra, la tristeza y el olvido, de cara a un pasado acusador; despertará en ellos nuevas aspiraciones; fortificará su corazón y su pensamiento, pues la acción de la oración no tiene límites, como tampoco los tienen las fuerzas y los poderes que puede poner en obra para el bien de los demás.

La oración, es verdad, no puede cambiar nada de las leyes inmutables; no puede, en manera alguna, modificar nuestros destinos. Su misión es procurarnos consuelos y luz que nos hagan más fácil el cumplimiento de nuestra tarea terrestre. La oración ferviente abre de par en par las puertas del alma, y por estas aberturas penetran y nos vivifican las radiaciones del foco eterno.

Trabajar con un sentimiento elevado, persiguiendo un fin útil y generoso también es orar. El trabajo es la oración activa de tantos millones de hombres que luchan y penan en la Tierra para bien de la humanidad.

La vida del hombre de bien es una oración continua, una comunión perpetua con sus semejantes y con Dios. No tiene necesidad de palabras ni de formas exteriores para expresar su fe; ésta se expresa en todos sus actos y en todos sus pensamientos. El hombre de bien respira, se agita sin esfuerzo en una atmósfera pura y fluídica, lleno de ternura para con los desgraciados, de bien querer hacia toda la humanidad. Esta comunión constante llega a serle una necesidad, una segunda Naturaleza. Por ella, todo los Espíritus elevados se sostienen en las alturas sublimes de la inspiración y del genio.

Los que viven una vida egoísta y material, cuya comprensión no está abierta a las influencias elevadas, no pueden saber qué inefables impresiones proporciona esta comunión del alma con lo divino.

Todos los que se fijan en que la especie humana va resbalando por las pendientes de una decadencia moral y buscan los medios de evitar su caída, deben esforzarse en realizar esta unión estrecha de nuestras voluntades con la voluntad suprema. No hay ascensión posible, no se llega al bien si, de cuando en cuando, el hombre no se vuelve hacia su Creador y Padre para exponerle

sus flaquezas, sus incertidumbres y sus miserias; para pedirle los auxilios espirituales indispensables a su elevación. Y cuanto más frecuente, sincera y profunda es esta comunión íntima con Dios, más se purifica y enmienda el alma. Bajo la mirada de Dios, el alma examina, analiza sus intenciones, sus sentimientos, sus deseos; pasa en revista todos sus actos, y con esa intuición que le viene de lo Alto, juzga lo que es bueno o malo, lo que debe cultivar o destruir. Entonces comprende que todo lo que viene del yo debe ser postergado para dar lugar a la abnegación, al altruismo; que en el sacrificio de sí mismo encuentra el Ser el medio más poderoso de elevación, pues cuanto más da, más se engrandece. De este sacrificio hace entonces la ley de su vida, ley que graba en lo más profundo de su corazón en caracteres de luz, a fin de que todas sus acciones queden marcadas con su sello.

.....

¡De pie sobre la tierra, mi sostén, mi nodriza, mi madre, elevo mi mirada hacia el infinito, me siento envuelto en la inmensa comunión de la vida; los efluvios del Alma universal me penetran y hacen vibrar mi pensamiento y mi corazón; fuerzas poderosas me sostienen, avivan en mí la existencia! ¡Por todas partes donde se extiende mi vista, en cualquier sitio donde mi inteligencia se fije veo, discierno, contemplo la gran armonía que rige a los seres, y que por vías diversas les guía hacia un fin único y sublime! ¡Por doquiera veo radiar la bondad, el amor, la justicia!

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Padre mío!, fuente de toda sabiduría y de todo amor, Espíritu supremo cuyo nombre es luz, ¡yo te ofrezco mis alabanzas y mis aspiraciones! Que ellas suban hasta Ti como el perfume de las flores, como los embriagadores aromas de los bosques suben al cielo. Ayúdame a avanzar en la vía sagrada del conocimiento hacia una más alta comprensión de tus leyes, a fin de que en mí se desarrolle más simpatía, más amor para la gran familia humana. Yo sé que por medio de mi perfeccionamiento moral, que por medio de la realización, de la aplicación de la caridad y de la bondad a mi alrededor y en provecho de todos me acercaré a Ti y mereceré conocerte mejor, comunicarme más íntimamente contigo en la gran armonía de los seres y de las cosas. Ayúdame a despojarme de la vida material, a comprender, a sentir lo que es la vida superior, la vida infinita. Disipa la oscuridad que me envuelve; deposita en mi alma una chispa del fuego divino que reanima y abrasa a los Espíritus de las esferas celestes. ¡Que tu dulce luz, y con ella los sentimientos de concordia y de paz, se derrame sobre todos los seres!

4. Las armonías del Espacio

Una de las impresiones que nos causa el observar el cielo por la noche, es la

de un majestuoso silencio; pero este silencio sólo es aparente: es el resultado de la impotencia de nuestros órganos. Para otros seres más evolucionados, dotados de sentidos abiertos a los ruidos sutiles del infinito, todos los mundos vibran, cantan, palpitan, y sus vibraciones, acopladas, conforman un inmenso concierto.

Esta ley de las grandes armonías celestes, podemos observarlas, también, en nuestra propia familia solar.

Se sabe que el orden de sucesión de los planetas en el espacio está ordenado por una ley de progresión, llamada ley de Bode. Las distancias son dobles, de planeta en planeta, a partir del Sol; cada grupo de satélites obedece a la misma ley. Y este modo de progresión, tiene un principio y un sentido. Este principio tiene relación, a la vez, con las leyes del número y de la medida, con la matemática y la armonía¹⁶.

Las distancias planetarias están reguladas según el orden normal de la progresión armónica; ellas expresan el orden de las vibraciones de estos planetas, y las armonías planetarias, calculadas según estas reglas, son de un ajuste perfecto. Podríase comparar al sistema solar con un arpa inmenso, cuya cuerdas fuesen los planetas. "Sería posible -dice Azbel-, reduciendo a las cuerdas sonoras la progresión de las distancias planetarias, construir un instrumento completo y absolutamente acorde"¹⁷.

En el fondo, y en ello está lo maravilloso, la ley que rige a las relaciones del sonido, de la luz y del calor, es la misma que rige para el movimiento, la formación y el equilibrio de las esferas, al mismo tiempo que regula sus distancias. Esta ley es también la que rige a la matemática, a las formas y a las ideas. ¡Es la ley de armonía por excelencia; es el pensamiento; es la acción divina que entrevemos!

El lenguaje humano es muy pobre; es insuficiente para expresar los misterios adorables de la armonía eterna; sólo la escritura musical puede proporcionar su síntesis, comunicar su impresión estética. La música, lengua divina, expresa el ritmo de los nombres, de las líneas, de las formas, de los movimientos. Por ella se animan y vibran las profundidades; ella llena con sus ondas el edificio colosal del Universo, templo augusto en donde resuena el himno de la vida infinita.

Pitágoras y Platón creían ya percibir la *música de las esferas*. Luego, lo que no era más que una intuición, tórnase hoy un hecho, y mañana será una verdad absoluta, demostrada.

Nada existe, hasta en las excepciones a la regla universal de la armonía, y en las aparentes desviaciones de los planetas, que no se explique y no sea causa de admiración. Ellas constituyen una especie de *diálogos de vibraciones lo más aproximados posibles al unísono* y presentan un encanto estético más en

¹⁶ Azbel: *Harmonie des mondes*.

¹⁷ *Idem*, ibídem, p. 29.

este prodigio de belleza llamado Universo¹⁸.

Un ejemplo de los más sorprendentes, es el de los pequeños planetas, llamados telescópicos, que evolucionan entre Marte y Júpiter en número de más de quinientos veinte, ocupando un espacio de octavo entero, dividido en otros tantos grados; de ahí la probabilidad de que este conjunto de pequeños mundos no constituyan, como se ha creído, un Universo de residuos, sino más bien el laboratorio de varios mundos en formación, mundos cuya génesis futura nos dirá el estudio del cielo.

Las grandes relaciones armónicas que regulan la situación respectiva de los planetas de nuestro sistema solar, son en número de cuatro, y todas ellas encuentran su aplicación.

En primer lugar, del Sol a Mercurio: Aquí también las fuerzas armónicas tienen su trabajo; empiezan a formarse nuevos planetas.

De Mercurio a Marte: Es esta la región de los pequeños planetas, donde se mueve la Tierra, que tiene el papel de dominante local, con tendencia a alejarse del Sol para acercarse a las armonías planetarias superiores. Marte, componente también de este grupo y cuyos continentes, mares gigantescos, canales y todo el aparato de una civilización anterior a la nuestra, se distingue con el telescopio. Aunque es más pequeño, está mejor equilibrado que nuestra morada.

Los quinientos planetas telescópicos constituyen, luego, un intervalo de transición; ellos forman como un collar de celestes perlas; unen al grupo de los planetas inferiores con la cadena imponente de los grandes planetas, de Júpiter a Neptuno y más allá. Esta cadena constituye la cuarta relación armónica, con notas decrecientes como el volumen de las esferas gigantescas que la componen. En este grupo, Júpiter actúa de dominante; los dos modos, mayor y menor, se confinan en él.

Como en la inversión armónica del sonido -dice Azbel¹⁹- el viejo grupo de Neptuno a Júpiter afirma, por una progresión constante, la formación de sus volúmenes. El caos de corpúsculos telescópicos que le sigue, ha detenido bruscamente esta progresión. Júpiter ha quedado allí como un segundo Sol, en el umbral de los dos sistemas. De los papeles de octava y segunda dominante, ha pasado al de tónica secundaria y relativa para expresar el Carácter del papel especial evidentemente menor y relativo en comparación con el del Sol, que iba a desempeñar, mientras que otras jóvenes formaciones que aparecían a su lado alejábanlo poco a poco, y con él, a los mundos que en adelante tendría bajo su tutela, del astro del cual es el hijo más robusto.

Robusto es, en efecto, y muy imponente en su carrera, este colosal Júpiter, que me gusta contemplar en la calma de las noches de verano; que es más de mil doscientas veces más grande que nuestro globo y que va escoltado por sus

¹⁸ Véase la nota complementaria 3 al final de la obra.

¹⁹ Azbel: *Harmonie des mondes*, p. 13.

cinco satélites, uno de los cuales, Ganímedes, tiene el volumen de un planeta. De pie sobre el plan de su órbita, de manera de gozar de una perfecta igualdad de temperatura en todas las latitudes, con días y noches siempre uniformes en su duración, está, además, compuesto de elementos de una densidad cuatro veces menor que los de nuestra maciza morada, lo cual permite entrever para los seres que habitan o habitarán Júpiter, facilidades de desplazamiento, posibilidades de vida aérea que deben hacer de aquel astro una mansión de predilección. ¡Qué magnífico teatro de la vida! ¡Qué escena de encanto y de ensueño es este astro gigante!

Más extraño, más maravilloso es aún Saturno, cuyo aspecto impresiona tanto contemplándolo con el telescopio. Saturno, igual a ochocientos globos terrestres amontonados, con su inmensa diadema en forma de anillos y sus ocho satélites, uno de los cuales, Titán, iguala en dimensiones al mismo Marte.

Saturno, con el rico cortejo que lo acompaña en su lenta revolución a través del espacio, constituye por sí solo un verdadero Universo, imagen reducida del sistema solar. Es Saturno un mundo de trabajo y de pensamiento, de ciencia y de arte, en donde las manifestaciones de la inteligencia y de la vida se desenvuelven bajo formas de una variedad y de una riqueza inimaginables. Su estética es sabia y complicada; el sentido de lo bello es en él mucho más sutil y profundo a causa de los movimientos alternados, los eclipses de los satélites y de los anillos, todos los juegos de sombra, de luz y de colores en donde los matices se funden en graduaciones desconocidas a la vista de los terrenales, y también por los acordes armónicos, tan conmovedores en sus conclusiones analógicas con los del sistema solar entero.

Vienen enseguida, en las fronteras del imperio del Sol, Urano y Neptuno, planetas misteriosos y magníficos cuyo volumen es igual al de un centenar de globos como el nuestro. La nota armónica de Neptuno sería: *la culminante de acorde general, la cima de la relación mayor de todo el sistema*. Después vienen otros planetas lejanos, centinelas perdidos de nuestro grupo celeste, invisibles aún, pero presentidos y hasta calculados según las influencias que ejercen en los confines de nuestro sistema, larga cadena que nos une a otras familias de mundos.

Más lejos se desarrolla el inmenso océano estelar, golfo de luz y de armonía cuyas ondas melodiosas envuelven por todas partes y mecen a nuestro sistema solar, a este sistema tan vasto para nosotros, mas tan limitado en relación con la inmensidad del infinito. Ésa es la región de lo desconocido, del misterio, que atrae sin cesar nuestro pensamiento y que éste es impotente para medir y definir con sus millones de soles de todos los tamaños, de todas las potencias, con sus astros dobles, múltiples, coloreados; grandiosos focos que iluminan las profundidades lanzando a raudales su luz, su calor y su energía, y que a velocidades formidables llevan por la inmensidad, con sus cortejos de mundos

-tierras del cielo invisibles pero sospechadas-, a las familias humanas que los habitan, a sus pueblos y sus ciudades y a las civilizaciones grandiosas de las cuales son teatro.

¡Por todas partes las maravillas suceden a las maravillas; grupos de soles animados de coloraciones extrañas; archipiélagos de astros, cometas desmelenados errando en la noche de su afelio; focos moribundos que se reaniman de pronto y llamean en el fondo del abismo; pálidas nebulosas de formas fantásticas; fantasmas luminosos cuyas radiaciones -nos dice Herschel- tardan millones de años en llegar hasta nosotros; formidable génesis de sistemas, cunas y tumbas de la vida universal, voz del pasado, promesas del porvenir, esplendores del infinito!

Y todos estos mundos conjugan sus vibraciones en una melodía potente. ¡El alma, despojada de los lazos terrenales y llegada a estas alturas, oye la voz profunda de los cielos eternos!

En su conjunto las relaciones armónicas que regulan las distancias planetarias representan, exactamente -como lo ha establecido Azbel²⁰- la extensión de nuestro teclado sonoro. Las relaciones de octava, o potencias armónicas, son idénticas a las de las distancias y a la ley de los movimientos. Nuestro sistema solar representa una especie de edificio de ocho pisos, es decir, ocho octavas, con una escala formada de trescientos veinte grados u ondas armónicas, en la cual los planetas están colocados en *las mesetas indicadas por la armonía de una relación perfecta y múltiple*.

Las disonancias sólo son aparentes o pasajeras. La armonía se encuentra en el fondo de todas las cosas. Las reglas de nuestra armonía musical parecen ser solamente una consecuencia, una aplicación muy imperfecta de la ley de armonía soberana que gobierna la marcha de los mundos. Podemos creer, pues, lógicamente, que la melodía de las esferas sería inteligente para nuestro Espíritu si los sentidos que poseemos pudieran percibir las ondas sonoras que existen en el espacio²¹.

La regla general, por ser absoluta, no es, sin embargo, estrecha ni rígida. En ciertos casos, el de Neptuno, por ejemplo, la armonía relativa parece apartarse del principio, pero nunca lo bastante para salir del todo. El estudio de los movimientos planetarios nos proporciona esta evidente demostración.

En este orden de estudios, más que en cualquier otro, vemos manifestarse en su imponente grandeza la ley de lo bello y de lo perfecto que rige en el Universo. Apenas nuestra atención se fija en las inmensidades siderales,

²⁰ Azbel: *Harmonie des mondes*, p. 10.

²¹ "Emile Chizat -dice Azbel en *La Musique dans l'espace*- constata que el sonido de los órganos, llamados *voces celestes*, no es otra cosa que la aplicación musical intuitiva del importante papel *de las ideas de estrella*. Es probable que en el futuro se hagan otras manifestaciones sinfónicas a este respecto que podrán reservar para el público impresiones inesperadas. Ojalá ellas puedan ayudar a reencauzar a nuestra música 'terrestre' que se extravía, dándole unas cuantas nociones un poco más elevadas y reales para el sacerdocio de armonía que ella debe cumplir entre nosotros".

cuando inmediatamente la sensación de estética vuélvese más intensa. Esta sensación se engrandecerá más aún a medida que se precisen las reglas de la armonía universal, al tiempo que se levante para nosotros el velo que nos impide ver los esplendores celestes.

Por doquiera encontramos esta concordancia que encanta y conmueve. En este dominio no hay ninguna discordancia, ninguna de esas decepciones tan frecuentes en el seno de la humanidad. En todas partes se despliega este poder de belleza que lleva al infinito sus combinaciones, abrazando en una sola unidad a todas las leyes en todos los sentidos: aritmética, geometría y estética²².

El Universo es un poema sublime del cual apenas empezamos a deletrear el primer canto. Sólo percibimos de él algunos murmullos lejanos y débiles, y ya estas primeras letras del maravilloso alfabeto musical nos llenan de entusiasmo. ¿Qué será, pues, cuando por ser más dignos de interpretar el divino lenguaje percibamos y comprendamos las grandes armonías del espacio, el acorde infinito en la infinita variedad, el cántico cantado por esos millones de astros que, a pesar de la diversidad prodigiosa de sus volúmenes y de sus movimientos, concuerdan sus vibraciones en una sinfonía eterna?

Pero, se preguntará, esta música celeste, esta voz de los cielos profundos, ¿qué dice?

Este lenguaje rítmico es el Verbo por excelencia, por medio del cual todos los mundos y todos los Seres superiores se comunican entre sí llamándose a través de las distancias y por medio del cual nos comunicaremos un día, nosotros también, con las demás familias humanas que pueblan el Espacio estrellado.

Por el principio mismo de las vibraciones que sirven para traducir el pensamiento, la telegrafía universal, vehículo de las ideas en todas las regiones del Universo, las almas elevadas proceden entre ellas a perpetuos cambios, efusiones de ciencia, de sabiduría y de amor, comunicándose unas a otras sus obras comunes, sus fines a alcanzar, sus progresos a realizar.

El himno que los mundos entonan a Dios es, a veces, como un canto de alegría, de adoración, así como en otras circunstancias es una expresión de lamento, de oración; es la gran voz de las esferas, la suprema armonía de los seres y de las cosas, el grito de amor que asciende eternamente hacia la Inteligencia ordenadora del Universo.

¿Cuándo, pues, sabremos alejar nuestros pensamientos de las trivialidades cotidianas y elevarlo hacia esas cumbres? ¿Cuándo sabremos penetrar esos misterios del cielo y comprender que cada descubrimiento realizado, cada conquista conseguida en esta vía de luz y de belleza contribuye a ennoblecer

²² En los cálculos armónicos -dice Azbel en *Harmonie des mondes*, p. 30- "el sentido de *cantidad* del Número se encuentra siempre ilustrado y completado por el sentido de la Nota, es decir, por el sentido de la *cualidad* armónica que tiene el Número".

nuestro Espíritu, a engrandecer nuestra vida moral, procurándonos goces superiores a todos los de la materia?

¿Cuándo comprenderemos que es aquí, en este espléndido Universo en donde se desarrolla nuestra propia existencia y que estudiarla es estudiar el medio mismo en donde somos llamados a revivir, a evolucionar sin cesar, penetrándonos más y más de las armonías que lo llenan, que por doquiera la vida se dilata con florecimientos de almas; que el Espacio está poblado de sociedades innumerables con las cuales está relacionado el ser humano por las leyes de la Naturaleza y de su porvenir?

¡Ah, cuán dignos de lástima son aquellos que apartan sus miradas de estos espectáculos y su Espíritu de estos problemas!, pues no existe estudio más cautivante, más conmovedor, no hay revelación más sublime de ciencia y de arte, más bella lección.

No; el secreto de nuestra dicha, de nuestro poder, de nuestro porvenir no está en las cosas pasajeras de este mundo; él está en las enseñanzas de lo Alto y del Más Allá. Y los educadores de la humanidad son extraordinariamente inconscientes y extraordinariamente culpables si no piensan en elevar a las almas hacia las cumbres en donde resplandece la verdadera luz.

Si la duda y la incertidumbre nos asedia, si la vida nos parece pesada, si andamos a tientas en la noche en busca de un fin, si el pesimismo y la tristeza nos invaden, no acusemos a nadie más que a nosotros mismos, ya que el gran libro de lo infinito está abierto ante nuestros ojos, con sus páginas magníficas cuyas palabras son grupos de astros y cada letra un sol; es el gran libro en el que debemos aprender a leer la sublime enseñanza. La verdad está en él escrita con letras de oro y fuego; él nos llama, solicita nuestra mirada; él es la verdad, la realidad más bella de todas las leyendas y de todas las ficciones.

Ella es la que nos dice acerca de la vida imperecedera del alma, de sus vidas renacientes en la espiral de los mundos, de las etapas innumerables en la ruta radiosa, de la persecución del eterno bien en la infinita duración, de la escalada de los cielos por la conquista de la plena conciencia, de la dicha de siempre vivir para siempre amar, siempre progresar, siempre adquirir nuevos poderes, más elevadas virtudes, percepciones más vastas. Y, por encima de todo, la visión, la comprensión, la posesión de la eterna belleza, la felicidad de penetrar sus leyes, de asociarnos más estrechamente con la obra divina y con la evolución de las humanidades.

De estos magníficos estudios la idea de Dios se manifiesta más majestuosa, más serena. La ciencia de las armonías celestes es como el pedestal grandioso sobre el cual se levanta la augusta figura, belleza soberana cuyo resplandor, demasiado brillante para nuestros débiles ojos, queda aún velado, filtrado tenuemente a través de la oscuridad que nos envuelve.

Idea de Dios, centro inefable donde convergen y se funden, en una síntesis sin límites, todas las ciencias, todas las artes, todas las verdades superiores; eres la primera y la última de las cosas presentes o pasadas, cercanas o lejanas;

tú eres la misma ley, la causa única de todas las cosas, la unión absoluta, fundamental, de lo Bueno y de lo Bello que reclama el pensamiento, que exige la conciencia y en la cual el alma humana encuentra su razón de ser y la fuente inagotable de sus fuerzas, de sus pensamientos, de sus inspiraciones.

5. Necesidad de la idea de Dios

En las líneas precedentes hemos demostrado la necesidad de la idea de Dios. Ésta se afirma y se impone fuera y por encima de todos los sistemas, de todas las filosofías, de todas las creencias. Por eso nos entregamos a este estudio libres de todo prejuicio religioso, con absoluta independencia de nuestro cerebro y de nuestra conciencia. Dios es más grande que todas las teorías y que todos los sistemas. Por esto no le perjudican ni llegan hasta Él los errores ni las faltas que los hombres han cometido en su nombre. Dios está por encima de todo.

No hay nombre para Él, y si le llamamos Dios es por falta de una palabra más excelsa - como dijo Víctor Hugo.

La existencia de Dios es el más grave de todos los problemas suspendidos sobre nuestras cabezas y cuya solución está ligada estrecha, imperiosamente, al problema del ser humano y de su destino, al problema de la vida individual y de la vida social.

El conocimiento de la verdad sobre Dios, sobre el mundo y la vida es lo más esencial, lo más necesario, pues este conocimiento es el que nos sostiene, inspira y dirige, aun a pesar nuestro. Y esta verdad no es inaccesible, como vamos a verlo. Es simple y clara; está al alcance de todos. Basta buscarla, libres de prejuicios, con ayuda de la conciencia y de la razón.

No repasaremos aquí las teorías, los sistemas innumerables que las religiones y las escuelas filosóficas han edificado a través de los siglos. Poco nos importan hoy las disputas, las cóleras, las agitaciones vanas del pasado.

Para dilucidar este punto disponemos hoy de medios más eficaces que los del pensamiento humano. Tenemos la experiencia de los que han abandonado ya la Tierra, la apreciación de las almas que, habiendo franqueado la tumba, nos hacen oír desde el seno del Mundo Invisible sus avisos, sus llamamientos y sus exhortaciones.

Es verdad que no todos los Espíritus son igualmente aptos para tratar estas cuestiones. Con los Espíritus de ultratumba sucede lo mismo que con los hombres: no están todos desarrollados en la misma medida, no han llegado todos a un mismo grado de evolución. Es por eso que suceden las contradicciones, las diferencias de apreciación. Pero detrás de la multitud de las almas oscuras, ignorantes, atrasadas, hay Espíritus eminentes, descendidos de las altas esferas para alumbrar y guiar a la humanidad.

Mas, ¿qué dicen esos Espíritus sobre la cuestión de Dios?

La existencia del Poder supremo es afirmada por todos los Espíritus elevados. Aquellos de entre nosotros que han estudiado el Espiritismo filosófico, saben que todos los grandes Espíritus, todos aquellos cuyas enseñanzas han reconfortado a nuestras almas, endulzado nuestras miserias y sostenido nuestros desfallecimientos afirman unánimemente, proclamando y reconociendo a la suprema Inteligencia que gobierna a los seres y los mundos. Dicen que esta Inteligencia se revela más esplendorosa y sublime a medida que se ascienden los peldaños de la vida espiritual.

Lo mismo sucede con los escritores y los filósofos espíritas, desde Allan Kardec hasta nuestros días. Todos afirman la existencia de una causa eterna en el Universo.

"Si todo efecto tiene una causa -ha dicho Kardec-, todo efecto inteligente tiene una causa inteligente". He aquí el principio sobre el cual descansa el Espiritismo todo. Este principio, si lo aplicamos a las manifestaciones de ultratumba, demuestra la existencia de los Espíritus. Aplicado al estudio del mundo y de las leyes universales, demuestra la existencia de una causa inteligente en el Universo. Por eso la existencia de Dios constituye uno de los puntos esenciales de la enseñanza espírita. Y yo añado, que es inseparable del resto de esta enseñanza porque en esta última todo se une, coordina y encadena. ¡Que no se nos hable de dogmas! El Espiritismo no los acepta. Él no impone nada; enseña. Toda enseñanza tiene sus principios. La idea de Dios, es uno de los principios fundamentales del Espiritismo.

Se nos pregunta a veces: ¿Por qué nos ocupamos de esta cuestión de Dios si su existencia no puede probarse? Y otras veces: La existencia o no existencia de Dios, no tiene influencia alguna en la vida de las masas, en la vida de la humanidad. Ocupémonos de algo más práctico; no perdamos el tiempo en disertaciones vanas, en discusiones metafísicas.

Pues bien, aunque disguste a los que usan este lenguaje repetiré que el problema de Dios es el problema supremo, el problema vital por excelencia; les contestaré que el hombre no puede desinteresarse de este problema, porque el hombre es un ser. El hombre vive, a él le importa saber cuál es la fuente, cuál es la causa, cuál es la ley que rige su vida. La opinión que se forma de la causa y de la ley del Universo, esta opinión -repito-, quiéralo o no él, que lo sepa o deje de saber, se refleja en sus actos, en toda su vida pública y privada.

Sea cual fuere la ignorancia del hombre referente a las leyes superiores, en realidad es según la idea que se forma de estas leyes, por vaga y confusa que sea, como obra y trabaja. De esta opinión sobre Dios, sobre el mundo y la vida -tener presente que estos tres puntos son inseparables- de esta opinión, decimos, se amamantan, viviendo y muriendo las sociedades humanas. Ella es quien divide a la humanidad en dos campos. Por doquiera se ven familias en desacuerdo, en desunión intelectual, dado que hay dos interpretaciones fundamentales de Dios: la que el cura ha enseñado a la mujer y la que el maestro ha enseñado al hombre cuando no le ha sugerido la idea de la nada.

Pero estas disputas, estas contradicciones se explican, tienen su razón de ser. Es necesario recordar que no todas las inteligencias han llegado al mismo grado de evolución; que no todas pueden ver y comprender de la misma manera y en el mismo sentido. Por eso hay tantas opiniones, tantas creencias diversas. La posibilidad que tenemos de comprender, de juzgar, de discernir, se desarrolla lentamente en nosotros, en el transcurso de los siglos, de las existencias. Nuestros conocimientos, nuestra comprensión de las cosas, se completa y aclara a medida que nos vamos elevando en la escala inmensa de los renacimientos. Es cosa sabida: el que está al pie de una montaña no puede ver lo que contempla el que se halla en la cumbre. Pero prosiguiendo su ascensión, el uno ha de llegar a ver las mismas cosas que el otro. Igualmente sucede al Espíritu en su ascensión gradual. El Universo se le revela poco a poco; a medida que su capacidad para comprender sus leyes se desarrolla y engrandece.

De ahí provienen todas las interpretaciones, las escuelas filosóficas y religiosas que responden a los diversos grados de adelanto de los Espíritus que a ellas se afilian y a menudo en ellas se estacionan.

6. Las leyes universales

Repitémoslo: todos los trabajos científicos realizados desde hace medio siglo nos demuestran la existencia y la acción de las leyes naturales. Estas leyes están unidas entre sí por medio de una ley superior que las abarca a todas, las regulariza y las conduce a la unidad, al orden y a la armonía. Por estas leyes sabias y profundas, ordenadoras y organizadoras del Universo, se revela la Inteligencia suprema.

Algunos sabios objetan, es verdad, que las leyes universales son ciegas. Pero, ¿cómo podrían unas leyes ciegas dirigir la marcha de los mundos en el espacio, regular todos los fenómenos, todas las manifestaciones de la vida con una precisión tan admirable? Si las leyes son ciegas -diremos nosotros- deben, evidentemente, obrar al azar, y el azar es la falta de dirección, la ausencia de toda inteligencia obradora. Es inconciliable con la noción de orden y de armonía.

La idea de ley nos parece, pues, inseparable de la idea de inteligencia. La ley es la manifestación de una inteligencia, porque ella es la obra de un pensamiento. Sólo éste ha podido disponer, agenciar todas las cosas en el Universo. Y el pensamiento no puede producirse sin la existencia de un ser que sea su generador.

No hay ley posible fuera y sin el concurso de la inteligencia, de la voluntad que la dirige; si no fuese así la ley sería ciega, como dicen los materialistas, y entonces obraría al azar, a la deriva. Sería como si un hombre quisiese seguir un camino sin ayuda de la vista: caería al dar los primeros pasos. Por esto

podemos decir que una ley ciega, ya no sería una ley.

Acabamos de ver que las investigaciones de la ciencia demuestran la existencia de leyes universales. Todos los días la ciencia avanza, a veces sin ella saberlo, es cierto, pero de todas maneras avanza hacia esa gran unidad que entrevemos en el fondo de todas las cosas.

Hasta los positivistas y los materialistas se ven arrastrados por este aluvión de ideas. Sin apercibirse de ello se encaminan hacia la gran concepción grandiosa que reúne a todas las fuerzas, a todas las leyes del Universo. Entre Auguste Comte, Littré, el doctor Robinet y toda la escuela positivista, puede probarse, se encuentran grandes contradicciones. Rehúsan la idea de lo absoluto, de una causa generatriz y proclaman, y hasta prueban, que "la materia no es más que la manifestación sensible de un principio universal". Según ellos, "todas las ciencias se superponen y concluyen por reunirse en una generalidad suprema que pone el sello a su unidad". Burnouf dice que "la ciencia está a punto de llegar a una teoría, cuya fórmula general constituiría la unidad de la sustancia, la invariabilidad de la vida y su unión indisoluble con el pensamiento".

Ahora bien: ¿qué es, pues, esta trilogía de la sustancia, la vida y el pensamiento, esta "generalidad suprema, esta ley universal, este principio único" que preside a todos los fenómenos de la Naturaleza, a todas las metamorfosis, a todos los actos de la vida, a todas las inspiraciones del espíritu? ¿Qué es, pues, este centro en el cual se resume y confunde todo lo que es, todo lo que vive, todo lo que piensa? ¿Qué es esto, Dios mío, sino lo absoluto!

Es verdad que se obstinan en rehusarle la inteligencia y la conciencia a este absoluto, a esta causa suprema; pero con ello faltará el poder explicar cómo una causa ininteligente, ciega, inconsciente ha podido producir todas las magnificencias del Cosmos, todos los esplendores de la inteligencia, de la luz y de la vida, sin saber lo que hacía. ¿Cómo, sin conciencia ni voluntad, sin reflexión ni juicio ha podido producir seres que reflexionan, quieren y juzgan y están dotados de conciencia y de razón?

Todo viene de Dios y se remonta a Él. Un fluido más sutil que el éter emana del pensamiento creador. Este fluido, demasiado quintaesenciado para ser apreciado por nuestra comprensión, se ha vuelto el éter a fuerza de combinaciones sucesivas. Del éter han salido todas las formas graduadas de la materia y de la vida. Llegadas al último punto de la pendiente, la sustancia y la vida se remontan en el ciclo inmenso de la evolución.

Ya lo hemos visto, el orden y la majestad del Universo no se revelan solamente en el mundo de los astros, en la marcha de los mundos; se manifiestan también de una manera imponente en la evolución y desarrollo de la vida en la superficie de estos mundos. Actualmente puede probarse que la vida se desarrolla, se transforma y se afina siguiendo un plan preconcebido; la vida se perfecciona a medida que recorre su inmensa ruta. Empiézase a

comprender que todo está regulado persiguiendo un fin, y este fin es el progreso del Ser; es la consumación en él, de la acrecentación y realización de formas siempre más perfectas de belleza, sabiduría y moralidad.

A nuestro alrededor puede observarse esta ley majestuosa del progreso a través de todo el lento trabajo de la Naturaleza; desde las formas más inferiores, desde los infinitamente pequeños infusorios flotando en las aguas y elevándose de grado en grado en la escala de las especies, hasta el hombre. El instinto llega a ser sensibilidad, inteligencia, conciencia, razón. Ya sabemos también que esta ascensión no se detiene aquí. Gracias a las enseñanzas del Más Allá, sabemos que prosigue a través de los mundos invisibles, bajo formas cada vez más sutiles; que continúa de potencia en potencia, de gloria en gloria, hasta el infinito, hasta Dios. ¡Y esta ascensión grandiosa de la vida, sólo se explica por la existencia de una voluntad, de una causa inteligente, de una energía incesante que penetra y envuelve a toda la Naturaleza: ella es quien regula y estimula a esta evolución colosal de la vida hacia lo Bueno, lo Bello, lo Perfecto!

Igual sucede en el dominio moral. Nuestras existencias se suceden y desarrollan a través de los siglos. Los hechos ocurren sin que veamos el lazo que los une entre sí. Pero la justicia inmanente se cierne por encima de todas las cosas; fija nuestra suerte según una ley, según un principio infalible. Pensamientos, palabras, acciones, todo se encadena, todo se relaciona por una serie de causas y de efectos, que es como la trama de nuestros destinos²³.

Insistimos sobre este punto: gracias a la revelación de los Espíritus, la ley de justicia se nos ha mostrado con su carácter imponente, con sus vastas consecuencias y el encadenamiento prodigioso de las cosas a las que domina y rige.

Cuando se estudia el problema de la vida futura, cuando se examina la situación del Espíritu después de la muerte -y éste es el objeto principal de las investigaciones psíquicas- se verifica un hecho de grandes consecuencias morales: se constata la existencia de un estado de cosas que está regulado por una ley de equilibrio y de armonía.

Tan pronto como el alma franquea la muerte, despertando en el Mundo de los Espíritus, se desarrolla ante su vista el cuadro de sus vidas pasadas. En él, como en un espejo, se reflejan fielmente todos los actos por ella realizados para acusarla o glorificarla. No hay distracción, no hay escape posible. El Espíritu se ve obligado a contemplarse a sí mismo, primeramente para reconocerse o para sufrir, y más tarde para prepararse para otra vida de progreso o de reparación. Así vienen el remordimiento, la vergüenza y el sufrimiento.

Las enseñanzas de ultratumba nos dicen que nada se pierde, ni el bien ni el mal; que todo se escribe, se repasa y se borra por medio de otras existencias

²³ Ver, de León Denis: *El Problema del Ser y del Destino*.

terrestres difíciles y dolorosas.

También aprendemos igualmente que no se pierde ningún esfuerzo ni ningún sufrimiento. El deber no es una palabra vana, y el bien es lo único que reina por encima de todo. Cada uno de nosotros construye día a día, hora a hora, a veces sin saberlo, su propio porvenir. El destino que sufrimos en la vida actual ha sido preparado por nuestras acciones anteriores; de igual manera edificamos en el presente las condiciones de nuestra existencia futura. Por esto el bueno sufre con resignación lo que hay de inevitable en la vida actual, y en ello ve un estimulante poderoso para obrar bien y prepararse un destino mejor.

Los que saben todo esto, ¿no se sentirán sobrecogidos de temor al pensar lo que le espera a la sociedad actual, cuyos pensamientos, tendencias y actos están a menudo inspirados por el egoísmo o por las malas pasiones; a la sociedad actual que acumula por encima de ella negras nubes fluídicas que presagian la tempestad?

¿Cómo no asustarse en presencia de tantos desfallecimientos morales, de tantas corrupciones; al notar la indiferencia que algunas conciencias tienen respecto al sentimiento del bien; al encontrar, en fin, en el fondo de tantas almas, el decaimiento, la desmoralización, el desaliento, el tedio por la vida?

Y si sentimos esto, ¿cómo titubear en afirmar a la faz del mundo, en hacer conocer a todos esta ley de justicia que las enseñanzas del Más Allá nos demuestran, tan evidente e imponentemente, esta ley que actúa por sí misma, sin tribunal y sin juicio, pero a la cual, sin embargo, no escapa ninguno de nuestros actos; ley que nos revela una inteligencia directora del mundo moral, ley viviente, razón consciente del Universo, fuente de toda vida, de toda luz, de toda perfección?

He aquí lo que es Dios. Cuando esta idea de Dios haya penetrado en la enseñanza, y de ésta en los Espíritus y en las conciencias, entonces se comprenderá que el espíritu de justicia no es más que el instrumento admirable por el cual la Causa suprema lo conduce todo al orden y a la armonía y se comprenderá que la idea de Dios es indispensable para las sociedades modernas que se hunden y perecen moralmente, porque no comprendiendo a Dios, no pueden regenerarse. Entonces todas las mentes, todas las conciencias se volverán hacia ese foco moral, hacia esa fuente de eterna justicia que es Dios, y se verá cambiar la faz del mundo.

La justicia no es solamente de origen social, como la revolución del 89 ha pretendido demostrar. La justicia viene de más alto: es de origen divino. Si los hombres son iguales ante la ley humana es porque son iguales ante la ley eterna.

Como es también porque todos hemos salido de una misma fuente de inteligencia y de conciencia que todos somos hermanos, solidarios unos de otros y unidos en nuestros destinos inmortales, pues la solidaridad y la fraternidad de los seres sólo son posibles si se sienten unidos a un mismo

centro común.

Somos hijos de un mismo Padre, porque el alma humana es una emanación del alma divina, una chispa del pensamiento eterno.

Todo nos habla de Dios, lo visible y lo invisible. La inteligencia lo discierne, la razón y la conciencia lo proclaman.

Mas el hombre no es solamente razón y conciencia; es también amor. Lo que caracteriza al ser humano, por encima de todo, es el sentimiento, es el corazón. El sentimiento es un privilegio del alma; por él sigue lo que es bueno, bello y grande, todo lo que merece su confianza y puede ser su sostén en la duda, su consuelo en la desgracia. Pues bien, todos estos modos de sentir y de concebir nos revelan igualmente a Dios, ya que la bondad, la belleza y la verdad sólo se encuentran en el ser humano en estado parcial, limitado, incompleto. La bondad, la belleza y la verdad sólo pueden existir con la condición de encontrar su principio, su plenitud, su fuente, en un ser que las posea en estado superior, en estado infinito.

La idea de Dios se nos impone por todas las facultades de nuestro Espíritu, al mismo tiempo que habla a nuestros ojos por todos los esplendores del Universo. La Inteligencia suprema se revela como la Causa eterna, en donde todos los seres van a buscar la fuerza, la luz y la vida. Allí está el Espíritu divino, el Espíritu potente a quien se honra bajo tantos nombres diferentes, pero que, bajo todos ellos, es siempre el centro, la ley viviente, la razón por la cual los seres y los mundos se sienten vivir, por la cual se conocen, renuevan y elevan.

Dios nos habla con todas las voces del infinito. Nos habla, no por medio de una biblia escrita hace muchos siglos, sino a través de una biblia que se escribe cada día, con esos caracteres majestuosos que se llaman los océanos, los mares, las montañas, los astros del cielo; por todas las armonías dulces y graves que suben del seno de la Tierra o descienden de los espacios etéreos. Nos habla, además, en el santuario de nuestro Ser, en las horas de silencio y meditación. Cuando los ruidos discordantes de la vida material callan, entonces la voz interior, la gran voz, despierta y se hace oír. Esta voz sale de las profundidades de la conciencia y nos habla de deber, de progreso, de ascensión. Hay en nosotros como un rincón íntimo, como una fuente profunda de donde pueden salir olas de vida, de amor, de virtud y de luz. Allí se manifiesta este reflejo, este germen divino oculto en toda alma humana.

Por eso el alma es el más bello testimonio que se eleva en favor de la existencia de Dios: es un rayo del alma divina. El alma contiene en estado de embrión todas las potencias, y su papel, su destino, consiste en desarrollarlas en el curso de sus innumerables existencias, en sus transmigraciones a través de los tiempos y de los mundos.

El ser humano, dotado de razón, es responsable y susceptible de conocerse, teniendo el deber de gobernarse a sí mismo. Juan el Evangelista dijo: "Aquella

luz verdadera (la razón humana), que alumbra a todo hombre, venía a este mundo" (*Juan*, 1:9). La razón humana -hemos dicho nosotros- es una chispa de la Razón divina. Remontándose hacia su fuente, comunicándose con la Razón absoluta, eterna, es como descubre la verdad, como comprende la ley y el orden universales. Por eso digo yo: ¡Oh, hombres!, ¡hijos de la luz!, ¡oh, hermanos míos!, ¡acordémonos de nuestro origen; recordémonos del fin durante el viaje de la vida! ¡Desliguémonos de las cosas que pasan; unámonos con las cosas que perduran!

No hay dos principios en el mundo: el bien y el mal. El mal no es más que un efecto de contraste, lo que la noche es al día. El mal no tiene existencia propia; es el estado de inferioridad y de ignorancia del Ser en vía de evolución. Los primeros peldaños de la escala inmensa representan lo que se llama el mal; mas a medida que el Ser se eleva, realiza el bien en sí, y a su alrededor. Es así como el mal se atenúa y después se desvanece. El mal -se ha dicho- no es más que la ausencia del bien. Si parece dominar aún en nuestro planeta, es porque éste es uno de los primeros eslabones de la cadena, una mansión de almas elementales que se inician en el rudo camino del conocimiento, o bien almas culpables en vía de reparación. En los mundos más avanzados, el bien se esparce, y, de grado en grado, acaba reinando por sí solo.

El bien es indefinible por sí mismo. Definirlo sería aminorarlo. Es preciso considerarlo, no en su naturaleza, sino en sus manifestaciones.

Por encima de las esencias, de las formas y de las ideas, planea el principio del bien y de lo bello, último término al que somos capaces de llegar por el pensamiento, sin abarcarlo por eso. Entra en nuestra debilidad el no poder comprender la realidad última de las cosas; pero la sensibilidad, la inteligencia y el conocimiento son para nosotros otros tantos puntos de apoyo que permiten al alma desligarse de su estado de inferioridad y de incertidumbre, convencerse de que todo en el Universo, las fuerzas y los seres, están regidos por el Bien y lo Bello. El orden y la majestad del mundo, orden físico y orden moral, justicia, libertad, moralidad, todo reposa sobre leyes eternas, y no hay leyes eternas sin un principio superior, sin una razón primera, causa de toda ley. Por eso el ser humano no puede, ni la sociedad tampoco, engrandecerse y progresar sin la idea de Dios, es decir, sin justicia, sin libertad, sin respeto de sí mismo y sin amor, pues Dios, por representar la perfección, es la última palabra, la suprema garantía de todo lo que constituye la belleza, la grandeza de la vida, de todo lo que constituye el poder y la armonía en el Universo.

7. La idea de Dios y las experiencias psíquicas

Hasta aquí, en nuestro estudio referente a Dios, nos hemos mantenido en el terreno de los principios. En este dominio, la idea de Dios se nos muestra

como la clave de la bóveda espiritualista. Veamos ahora si no tiene igual importancia en el dominio de los hechos, en el orden experimental²⁴.

A primera vista parece extraño que se diga que la idea de Dios cumpla un papel útil en el estudio experimental, en la observación de los hechos espíritas.

Hagamos notar, primeramente, que hay una tendencia, por parte de ciertos grupos, a dar al Espiritismo un carácter principalmente experimental, a consagrarse exclusivamente al estudio de los fenómenos, a descuidar lo que tiene un carácter filosófico; una tendencia a rechazar todo cuanto pueda recordar las doctrinas del pasado para acantonarse en el terreno científico. En

estos medios, se tiende a apartar la creencia y la afirmación de Dios como superfluas, o cuando menos como siendo de demostración imposible. Así piensan atraer a los hombres de ciencia, a los positivistas, a los librepensadores, a todos aquellos que sienten una especie de aversión al sentimiento religioso, a todo lo que tiene una apariencia mística o doctrinal.

Otros, por otra parte, querrían hacer del Espiritismo una enseñanza filosófica y moral basada sobre los hechos, una enseñanza susceptible de reemplazar a las doctrinas viejas, a los sistemas anticuados y dar satisfacción a las numerosas almas que buscan, por sobre todo, consuelo para sus dolores, una filosofía simple y popular que les disipe las tristezas de la vida.

De un lado y de otro hay muchos para satisfacer; es decir, muchos más de un lado que de otro, pues el número de los que luchan y sufren sobrepujan -y en mucho- al de los hombres de estudio.

Para sostener a estas dos tesis se ven, de una parte y de otra, a hombres sinceros y convencidos a los cuales, por sus cualidades, nos complacemos en rendir homenaje. ¿Por cuál deberíamos optar? ¿En qué sentido conviene orientar al Espiritismo para asegurar su evolución? El resultado de nuestras investigaciones y observaciones nos lleva a reconocer que la grandeza del Espiritismo, la influencia que él adquiere sobre las masas proviene principalmente de su doctrina; los hechos no son más que los cimientos sobre los cuales se apoya el edificio. Es verdad que los cimientos desempeñan un papel esencial en todo el edificio, pero no es en ellos, es decir, en las construcciones subterráneas en donde el pensamiento y las conciencias pueden encontrar un abrigo.

A nuestro modo de ver, la misión real del Espiritismo no es solamente la de iluminar las inteligencias por medio de un conocimiento más preciso y completo de las leyes físicas del mundo; su misión consiste, principalmente, en desarrollar la vida moral en los hombres, la vida moral que el materialismo y el sensualismo han aminorado bastante. Realzar los caracteres y fortificar las conciencias: ésta es la tarea capital del Espiritismo. Bajo este punto de vista puede ser un remedio eficaz para los males que asedian a la sociedad contemporánea, un remedio para este acrecentamiento inusitado del egoísmo

²⁴ Véase las notas complementarias 4, 5 y 6 al final de la obra.

y de las pasiones que nos empujan hacia el abismo.

Creemos que debemos expresar aquí nuestra entera convicción: no será haciendo del Espiritismo solamente una ciencia positiva, experimental; no será eliminando lo que de elevado hay en él, lo que lleva al pensamiento por encima de los horizontes estrechos, es decir, la idea de Dios, el uso de la oración, como se facilitará su tarea; al contrario, con ellas se le hará estéril, sin acción sobre el progreso de las masas.

¡Cierto! No hay nadie que admire más que nosotros las conquistas de la ciencia; siempre nos ha gustado hacer justicia a los esfuerzos de los sabios que hacen retroceder cada día más los límites de lo desconocido. Mas la ciencia no lo es todo. No hay duda de que ha contribuido a alumbrar a la humanidad; pero siempre se ha mostrado impotente para hacerla más feliz y mejor.

La grandeza del Espíritu humano no consiste solamente en el conocimiento; también está en el ideal elevado. No fue la ciencia, sino el sentimiento, la fe y el entusiasmo que produjeron los casos Juana de Arco, el 89 y todas las grandes epopeyas de la historia.

Los enviados de lo Alto, los grandes predestinados, los videntes y los profetas no han escogido como móvil a la ciencia; han escogido a la creencia. No han impresionado a los cerebros; han tocado a los corazones. Todos han venido para dirigir a las naciones hacia Dios.

¿Qué se ha hecho de la ciencia del pasado? Las olas del olvido la han sumergido, como sumergirán a la ciencia de nuestros días. ¿Qué serán los métodos, las teorías actuales dentro de veinte siglos? En cambio, los nombres de los grandes misioneros han sobrevivido a través del tiempo. Lo que sobrevive a todo, dentro de los desastres de las civilizaciones, es lo que eleva al alma humana por encima de ella misma hacia un fin sublime, hacia Dios.

Hay, además, otra cosa. Aunque nos acantonemos en el terreno del estudio experimental, hay una consideración capital en la cual debemos inspirarnos. Es la siguiente: la naturaleza de las relaciones que existen entre los hombres y el Mundo de los Espíritus: es el estudio de las condiciones a llenar para extraer de estas relaciones los mejores resultados.

Al abordarse estos fenómenos, se siente uno intrigado por la constitución de este mundo invisible que nos rodea, por el carácter de esas multitudes de Espíritus que nos envuelven y buscan sin cesar ponerse en relación con los hombres. Alrededor de nuestro planeta atrasado opera una vida poderosa e invisible en la que dominan los Espíritus ligeros y burlones, entre los cuales se mezclan otros de índole perversa y maléfica. Hay allí buen número de apasionados, viciosos y criminales. Han abandonado la Tierra con el alma llena de odio, el pensamiento alterado por sentimientos de venganza; esperan en las sombras el momento propicio para satisfacer sus odios y sus rencores a costa de los experimentadores imprudentes e imprevisores que, sin precaución ni cuidado, abren de par en par las vías que comunican a nuestro mundo con el de los Espíritus.

De este medio nos vienen las mixtificaciones sin número, los engaños audaces, las maniobras que conocen bien los espíritas experimentados, maniobras pérfidas que, en ciertos casos, conducen a los médiums a la obsesión, a la posesión y a la pérdida de sus más bellas facultades. Esto sucede hasta tal punto que algunos críticos, al hacer la enumeración de las víctimas de estos hechos, al citar los abusos que provienen de una práctica inconsiderada y frívola del Espiritismo se han preguntado si no hay en él una fuente de peligros, de miserias, una nueva causa de decadencia para la humanidad²⁵.

Felizmente, al lado del mal existe el remedio. Para librarnos de las influencias malas, hay un recurso supremo. Poseemos un medio poderoso para apartar a los Espíritus del abismo y hacer del Espiritismo un elemento de regeneración, un sostén, un reconfortante. Este recurso, este preservativo es la oración, es el pensamiento dirigido a Dios. El pensamiento fijo en Dios es como una luz que disipa las sombras y aleja a los Espíritus de las tinieblas; es un arma que aparta a los Espíritus malévolos y nos preserva de sus engaños. La oración, cuando es ardiente, improvisada y no un recitado monótono, tiene un poder dinámico y magnético considerable²⁶; atrae a los Espíritus elevados y nos asegura su protección. Gracias a ellos, podemos entonces comunicar con aquellos a quienes hemos amado en la Tierra, aquellos que han sido carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre y que, desde el seno de los Espacios, tienden sus brazos hacia nosotros.

Esto lo hemos constatado muchas veces en nuestra ya larga carrera de experimentadores. Cuando en una reunión espírita todos los pensamientos y voluntades se unen en un anhelo poderoso, en una convicción profunda; cuando suben hacia Dios por medio de la oración, el auxilio nunca falta. Todas estas voluntades reunidas constituyen un haz de fuerzas, un arma segura contra el mal. Al llamamiento que se eleva hacia el cielo, hay siempre algún Espíritu adelantado que responde. Este Espíritu protector, por una invitación de lo Alto, viene a dirigir nuestros trabajos, a apartar a los Espíritus inferiores; deja solamente intervenir a aquellos cuyas manifestaciones son útiles para ellos mismos o para los encarnados.

Hay aquí un principio infalible: con el pensamiento purificado y la elevación hacia Dios, el Espiritismo experimental puede ser una luz, una fuerza moral, una fuente de consuelos. Sin ello, es la incertidumbre, la puerta abierta a todas las trampas de lo Invisible. Es una entrada ofrecida a todas las influencias, a todos los soplos del abismo, a esos soplos de odio, a esas tempestades del mal que pasan sobre la humanidad como tromba y la cubren

²⁵ Ver, de J. Maxwell: *Les Phénomènes Psychiques*, pp. 232 a 255; León Denis: *En lo Invisible*, capítulo 22, y también *Compte rendu du Congrès Spirite de Bruxelles*, 1910, pp. 112 y 124.

²⁶ De esto hemos obtenido la prueba objetiva por medio de las placas fotográficas. En el estado de plegaria y mediante el contacto de los dedos hemos llegado a impresionar las placas con radiaciones mucho más activas y efluvios más intensos que en el estado normal.

de desorden y de ruinas.

Sí; es bueno, es necesario abrir vías para comunicar con el Mundo de los Espíritus; pero, ante todo, es preciso evitar que estas vías no sirvan a nuestros enemigos para invadirnos. Acordémonos de que en el Mundo Invisible hay también elementos impuros. Abrirles una entrada sería desparramar sobre la Tierra males innumerables; sería entregar a los Espíritus perversos una multitud de almas débiles y desarmadas. Para entrar en relación con las potencias superiores, con los Espíritus preclaros, se necesita la voluntad y la fe, el desinterés absoluto y la elevación de pensamiento. Sin estas condiciones, el experimentador sería juguete de los Espíritus ligeros. "Dios los cría y ellos se juntan" - dice el proverbio. En efecto, la ley de afinidad rige al mundo de las almas como al de los cuerpos.

Hay necesidad, pues, -tanto bajo el punto de vista teórico como práctico y teniendo en cuenta el progreso del Espiritismo de desarrollar el sentido moral, de entregarse a las creencias sólidamente establecidas, a los principios superiores; necesidad de no abusar de las evocaciones, de no entrar en comunicación con los Espíritus sino respetando las condiciones de recogimiento y de paz moral.

El Espiritismo ha sido dado al hombre como un medio para ayudarse, mejorarse y adquirir las cualidades indispensables para su evolución. Si se destruyese en las almas o solamente se descuidase la idea de Dios y las aspiraciones elevadas, el Espiritismo podría llegar a ser una cosa peligrosa. Por eso no titubeamos en decir que entregarse a las prácticas espíritas sin purificar sus pensamientos, sin fortificarlos con la fe y la oración, sería ejecutar una obra funesta cuya responsabilidad podría recaer pesadamente sobre sus autores.

Llegamos ahora a un punto particularmente delicado de la cuestión. Se reprueba a veces a los espíritas el no vivir siempre en armonía con sus principios; se les hace la observación de que en ellos el sensualismo, los apetitos materiales y el amor al lucro predominan en sus vidas. Se nos reconviene, principalmente, las divisiones intestinas, las rivalidades de grupos y de personas, las que son un gran obstáculo para la organización de las fuerzas espíritas y para su marcha hacia adelante.

No nos conviene insistir sobre este propósito; no queremos pronunciar aquí ningún juicio desfavorable para nadie. Que se nos permita solamente hacer notar que no sería reduciendo al Espiritismo al solo aspecto de simple ciencia de observación como se llegaría a disimular o atenuar estas anormalidades. Al contrario, esto no haría más que agravarlas. El Espiritismo exclusivamente experimental ya no tendría ni la autoridad ni el poder moral necesarios para unir a las almas. Algunos creen ver en la desaparición de la idea de Dios una medida provechosa para el Espiritismo. Nosotros diremos -contrariamente- que es la insuficiencia actual de esta noción y, al mismo tiempo, la carencia de

nobles sentimientos y altas aspiraciones los causantes de la falta de cohesión y dificultades que afectan a la marcha del Espiritismo. En efecto, hay que notar una cosa: así como la idea de Dios se debilita en un alma, la prevalencia del yo, es decir, de la personalidad, crece inmediatamente; aumenta hasta volverse tiránica y absorbente. Una de estas dos actitudes crece y se fortifica en detrimento de la otra. ¡Quien no adora a Dios -ha dicho un pensador- se adora a sí mismo!

Lo que es bueno para los medios de experimentación psíquica es bueno para la sociedad entera. La idea de Dios -lo hemos demostrado- se relaciona estrechamente con la idea de ley, como con las del deber y del sacrificio. La idea de Dios se relaciona con todas las nociones indispensables para el orden, la armonía, la elevación de los seres y de las sociedades. Por eso, cuando la idea de Dios se desvanece, todas estas nociones se debilitan; desaparecen poco a poco para dar paso al personalismo, a la presunción, al odio a toda autoridad, a toda dirección, a toda ley superior. Y es de esta manera como, poco a poco, de grado en grado, se llega a este estado social que es la expresión de esta divisa célebre, a la que hemos oído resonar por doquier: "¡Ni Dios, ni amo!"

Se ha abusado tanto de la idea de Dios a través de los siglos; se han torturado e inmolado en su nombre a tantas inocentes víctimas; bajo el nombre de Dios se ha regado de tal manera el mundo con sangre humana, que el hombre moderno se ha apartado de El. Consideramos que la responsabilidad de este estado de cosas ha de recaer sobre los que han hecho del Dios de bondad y de eterna misericordia un dios de venganza y de terror. Pero no nos corresponde el establecer responsabilidades. Nuestro objeto es más bien el de buscar un terreno de conciliación y de aproximación en el que todos los buenos Espíritus puedan reunirse.

Sea lo que fuere, los hombres modernos, en gran mayoría, reniegan de cargar sobre ellos las ideas de Dios, de ley y de obligación alguna; no quieren comprender que la libertad sin la sabiduría y sin la razón es impracticable. La libertad sin la virtud conduce a la licenciosidad, y ésta a la corrupción, al relajamiento de los caracteres y de las conciencias, en una palabra, a la anarquía. Solamente cuando hayan pasado por nuevas y más duras pruebas, consentirán en reflexionar. Entonces la verdad se abrirá paso y la grande frase de Voltaire se mostrará evidente ante nuestros ojos: "¡El ateísmo y el fanatismo son los dos polos de un mundo de confusión y de horror!" (*Histoire de Jenni*).

Es verdad que se nos habla mucho de altruismo, o, dicho de otra manera, del amor a la humanidad, y se pretende que este sentimiento debe bastar. Pero, ¿cómo se hará del amor a la humanidad una cosa vívida, realizable, cuando no se llega, no ya a quererse, sino a soportarse los unos a los otros? Para agrupar los sentimientos y las aspiraciones es preciso un ideal poderoso. ¡Pues bien!, este ideal no lo encontraréis en el ser humano, finito y limitado; como

tampoco lo hallaréis en las cosas de este mundo, todas pasajeras y transitorias. Sólo existe en el Ser infinito, eterno. Él sólo es lo bastante vasto para recoger y absorber todos los anhelos, todas las fuerzas, todas las aspiraciones del alma humana para avivarlas y fecundarlas. ¡Este ideal es Dios!

Mas, ¿qué es este ideal? Es la perfección. ¡Siendo Dios la perfección realizada es al mismo tiempo el ideal real, el ideal viviente!

8. Acción de Dios en el mundo y en la historia

Dios, foco de inteligencia y de amor, es tan indispensable para la vida interior como el Sol para la vida física.

Dios es el sol de las almas. De Él emana esa fuerza que es a la vez energía, pensamiento, luz; que anima y vivifica a todos los seres. Cuando se pretende que la idea de Dios es inútil, innecesaria e intrascendente, es como si se dijese que el Sol es inútil, innecesario e intrascendente para la Naturaleza y la vida.

Por la comunión de pensamiento, por la elevación del alma a Dios se produce como una penetración continua, una fecundación moral del Ser, un desarrollo gradual de las potencias escondidas en él, pues estas potencias: sentimiento y pensamiento, no pueden despertarse y crecer sino por medio de aspiraciones, por los anhelos de nuestro corazón. Fuera de esto, todas estas fuerzas latentes dormitan en nosotros; quedan inertes, adormecidas.

¡Hemos hablado de la oración! Expliquémonos aún más sobre esta palabra. La oración es la forma, la expresión más potente de la comunión universal. No es, a nuestra vista, lo que tantas personas suponen: un recitado trivial, un ejercicio monótono y a menudo repetido. ¡No!; por medio de la verdadera oración, la oración improvisada, la que no comporta fórmulas, el alma se lanza hacia las regiones superiores; toma fuerzas, luces; encuentra allí un sostén que no pueden conocer ni comprender los que desconocen a Dios y la comunión con Él. ¡Orar es dirigirse al Ser eterno; es exponerle nuestros pensamientos y acciones para someterlos a su ley y hacer de su voluntad la regla de nuestra vida; es procurarse por ello la paz del corazón, la satisfacción de la conciencia; en una palabra, es procurarse este bien interior que es el mayor, el más imperecedero de todos los bienes!

Diremos, pues, que desconocer y descuidar la creencia en Dios y la comunión de pensamiento que con ella se relaciona; la comunión con el Alma del Universo, con este foco de donde irradia para siempre la inteligencia y el amor, sería, al mismo tiempo, desconocer lo que hay de más grande y desdeñar las potencias interiores que hacen nuestra verdadera riqueza. Sería menospreciar nuestra propia dicha, todo lo que puede lograr nuestra elevación, nuestra gloria y felicidad.

El hombre que desconoce a Dios y no quiere saber qué fuerzas, medios y auxilios vienen de Él, de la comunicación con Él, este hombre puede

compararse a un indigente que habitando al lado de un palacio lleno de tesoros, va a morir de hambre delante de una de sus puertas abiertas que lo invitaba a entrar al mismo.

A veces se oye a ciertos profanos decir: "¡Yo no necesito a Dios!" Palabras tristes y deplorables, palabras orgullosas de los que, sin Dios, no serían nada, no hubieran jamás existido. ¡Oh, ceguera del Espíritu humano, cien veces peor que la del cuerpo! ¿Habéis oído decir alguna vez a la flor: Yo no necesito del Sol? ¿Habéis oído decir al niño: No necesito padre; al ciego: No necesito la luz?

Pues bien, ¡Dios no es solamente la luz de las almas; es también el amor! Y el amor es la fuerza de las fuerzas. El amor triunfa sobre todas las potencias brutales. Acordémonos de que si la idea cristiana ha vencido al mundo antiguo, si ha triunfado sobre la potencia romana, sobre la fuerza de los ejércitos, sobre el dominio de los césares, es por el amor. Ha vencido por estas palabras: "¡Felices los que tienen la dulzura, pues ellos poseerán la tierra!"

Y, en efecto, no hay hombre por duro, por cruel que sea, que no quede desarmado frente a vosotros si se haya convencido de que queréis su bien, su dicha, que lo queréis de una manera real y desinteresada.

El amor es todopoderoso: es el calor que hace derretir al hielo del escepticismo, del odio, del furor; el calor que vivifica a las almas adormecidas, pero prontas a estallar y a dilatarse bajo sus rayos.

Notadlo: las fuerzas sutiles e invisibles son las reinas del mundo, las dueñas de la Naturaleza. ¡Observad la electricidad! No pesa nada y no parece nada, y, sin embargo, la electricidad es una fuerza maravillosa: volatiliza los metales y descompone todos los cuerpos. Lo mismo sucede con el magnetismo, que puede paralizar el brazo de un gigante. Igualmente el amor puede dominar a las fuerzas y reducirlas, puede transformar el alma humana, principio de la vida en nosotros, asiento de las fuerzas del pensamiento. He aquí por qué Dios, siendo el foco del amor universal, es también la potencia suprema.

Si comprendiésemos qué alturas, qué grandes y nobles tareas nuestro Espíritu puede alcanzar por una comprensión profunda de la obra divina, por una penetración del pensamiento de Dios en nosotros, seríamos embargados por una sublime admiración.

Hay hombres que creen que continuando nuestra ascensión espiritual acabaremos por perder la existencia, por anonadarnos en el Ser supremo. Es éste un grave error, pues, al contrario, como la razón lo indica y lo confirman todos los grandes Espíritus, cuanto más nos desarrollamos en inteligencia y en moralidad, más se afirma nuestra personalidad. El Ser puede expandirse y radiar; puede crecer en perfeccionamiento, en sensibilidad, en sabiduría y en amor, sin por eso dejar de ser él mismo. ¿No lo vemos nosotros en los Espíritus elevados que son personalidades poderosas? Y nosotros mismos, ¿no sentimos que cuanto más amamos nos volvemos más propensos a amar, que cuanto más comprendemos más capaces nos mostramos de sentir y de

comprender?

Estar unido a Dios es sentir, es realizar el pensamiento de Dios. Mas este poder de sentir, esta posibilidad de acción del Espíritu no destruyen a éste. No pueden sino engrandecerle. Pero cuando ha llegado a ciertos grados de ascensión, el alma vuélvese a su vez una de las potencias, una de las fuerzas activas del Universo; vuélvese uno de los agentes de Dios en la obra eterna, pues su colaboración se extiende sin cesar. Su papel consiste en transmitir la voluntad divina a los seres que están por debajo de ella; de conducir hacia su luz y hacia su amor a todo lo que se agita, lucha y sufre en los mundos inferiores. No se contenta con una acción oculta. A veces encarna, toma un cuerpo y llega a ser uno de esos misioneros que pasan como meteoros en la noche de los siglos.

Existen otras teorías que consisten en creer que cuando, al cabo de sus peregrinaciones, el alma ha llegado a la perfección absoluta, a Dios, después de una larga estancia en el seno de las beatitudes celestes, vuelve a descender al abismo material, al mundo de las formas, al más bajo grado de la escala de los seres, para empezar otra vez la lenta, penosa y agobiante ascensión que termina de concluir.

Esta teoría no es tampoco más admisible que la otra; para aceptarla sería preciso hacer abstracción de la noción de infinito; y esta noción se impone, aunque escape a todo análisis. Basta reflexionar un poco para comprender que el alma puede continuar su marcha ascendente y acercarse sin cesar al apogeo, sin llegar jamás a él. ¡Dios! ¡Dios es lo infinito! ¡Es lo absoluto! Por lo cual seremos siempre, con relación a Él y a pesar de nuestro progreso incesante, seres finitos, relativos, limitados.

El Ser puede, pues, evolucionar, crecer sin cesar, sin jamás llegar a la perfección absoluta.

Esto parece difícil de comprender, y, sin embargo, no hay nada más simple. Dejados buscar un ejemplo al alcance de todos: un ejemplo matemático. Tomad una unidad -la unidad es un poco la imagen del Ser- y a esta unidad sumad la más grande fracción que podáis. Os acercaréis a la cifra 2, pero no llegaréis a alcanzarla.

A nosotros, hombres, encerrados en la carne, nos es difícil formarnos una idea del papel del Espíritu, que lleva en sí todas las potencias, todas las fuerzas del Universo, todas las bellezas, los esplendores de la vida celeste, a los que irradia sobre el mundo. Mas lo que podemos y debemos comprender es que estos Espíritus poderosos, estos misioneros, estos agentes de Dios han sido, como nosotros, hombres de carne, llenos de debilidades y de miserias. Si han llegado a esas alturas, es por sus investigaciones y sus estudios, por la aplicación, en todos sus actos, de la ley divina. Ahora bien, todo lo que ellos han hecho, podemos hacerlo nosotros. Todos tenemos en nosotros mismos los gérmenes de una potencia y de una grandeza iguales. Todos tenemos los mismos destinos espléndidos; todos tenemos el mismo porvenir grandioso y

sólo depende de nosotros realizarlo a través de nuestras existencias innumerables.

Gracias a los estudios psíquicos, a los fenómenos telepáticos, estamos al menos en situación de comprender, desde ahora, que nuestras facultades no están limitadas a lo que son nuestros sentidos. Nuestro Espíritu puede irradiar más allá de nuestro cuerpo; puede recibir las influencias de los mundos superiores, las impresiones del pensamiento divino. El llamamiento del pensamiento humano es oído por el pensamiento divino; el alma, rompiendo las fatalidades de la carne, puede lanzarse hacia ese mundo espiritual, que es su herencia, su futuro divino. Por eso es preciso que cada uno se convierta en su propio médium y aprenda a comunicar con el mundo superior del Espíritu.

Este poder ha sido hasta aquí el privilegio de algunos iniciados. Hoy es necesario que todos lo adquieran y que la generalidad de los hombres llegue a comprender las manifestaciones del pensamiento superior, a lo cual puede llegar por medio de una vida pura y sin mancha y un entrenamiento gradual de sus facultades.

La acción de Dios se revela en el Universo, tanto en el mundo físico como en el moral; no hay un solo ser que no sea objeto de su solicitud. La hemos visto manifestarse en esta majestuosa ley del progreso que preside la evolución de los seres y de las cosas, llevándolos hacia un estado siempre más perfecto. Esta acción se demuestra igualmente en la historia de los pueblos. Puede seguirse a través del tiempo esta marcha grandiosa, este empuje de la humanidad hacia el bien, hacia lo mejor. No hay duda de que en esta marcha secular hay muchos desfallecimientos y atrasos, muchas horas tristes y oscuras; mas es necesario no olvidar que el hombre es libre de sus acciones. Sus males son casi siempre la consecuencia de sus yerros, de su estado de inferioridad.

¿No es acaso un designio providencial el que señala a los hombres destinados a traer las grandes innovaciones, los descubrimientos que contribuyen al desarrollo de las civilizaciones? Estos descubrimientos se encadenan; aparecen los unos después de los otros de una manera metódica, regular, y en la medida que pueden injertarse con éxito sobre los progresos anteriores.

Lo que demuestra de una manera clara la intervención de Dios en la historia, es la aparición -en los tiempos precisos, en las horas solemnes- de esos grandes misioneros que vienen a tender la mano a los hombres y a conducirles otra vez a la senda perdida, enseñándoles la ley moral, la fraternidad y el amor a sus semejantes, dándoles el gran ejemplo del sacrificio de sí mismos por la causa de todos.

¿Hay algo más imponente que este papel de los enviados divinos? Vienen, marchan en medio de los pueblos. En vano los sarcasmos y las burlas llueven sobre ellos. En vano el desprecio y los sufrimientos les esperan. ¡Marchan

siempre! En vano se levantan s su alrededor las horcas y los cadalsos. Las hogueras se encienden y a ellas van, alta la frente, serena el alma. ¿Cuál es, pues, el secreto de su fuerza? ¿Quién, pues, les incita a ir adelante?

Por encima de las sombras de la materia y de las vulgaridades de la vida, por encima de lo terreno, por sobre la humanidad ven resplandecer ese foco eterno del cual un rayo les alumbra y da ánimo para afrontar todos los dolores, todos los suplicios. ¡Han contemplado la verdad sin velos y, en adelante, no tendrán otro cuidado que el de derramar y poner al alcance de las muchedumbres el conocimiento de las grandes leyes que rigen a las almas y a los mundos!

Todos estos Espíritus poderosos han declarado venir en nombre de Dios y para ejecutar su voluntad. Jesús lo afirma a menudo: "Mi Padre -dice-, es quien me ha enviado". Y Juana de Arco no es, tampoco, menos precisa: "Vengo de parte de Dios para liberar a Francia de los ingleses".

En medio de la noche horrorosa del siglo 15, en ese golfo de miserias y de dolores en el que naufragaban la vida y el honor de una gran nación, ¿qué es lo que Juana llevaba a la Francia traicionada, vencida, agonizante? ¿Era un auxilio material, soldados, un ejército? ¡No! Lo que ella llevaba era la fe, la fe en sí misma, la fe en el porvenir de Francia, la fe en Dios. "Vengo de parte del Rey de los cielos -decía- y os traigo el auxilio del cielo". ¡Y con esa fe, Francia se ha levantado, ha escapado a la destrucción, a la muerte!

Igual estamos hoy. Sólo hay un remedio para este escepticismo burlón, para este desaliento, esta desesperanza que nos invade por todas partes. Sólo hay un remedio para este desfallecimiento del pensamiento y de la conciencia, para este hastío de la vida que se traduce en tantos suicidios. Este remedio es el de la fe en nosotros mismos, en nuestros destinos inmortales, la fe en este Poder supremo que no abandona jamás a los que han puesto en El su confianza.

El único medio para salvar a la humanidad en peligro y que amenaza abismarla en la anarquía, es el de elevar los pensamientos y los corazones, todas las aspiraciones del alma humana hacia este poder infinito que es Dios; es unir nuestra voluntad a la suya y penetrarnos de su ley; aquí está el secreto de toda fuerza, de toda elevación.

Y nos iremos sorprendiendo y maravillando a medida que avancemos por esta vía olvidada; al reconocer que Dios no es una abstracción metafísica, un vago ideal perdido en las profundidades del sueño; un ideal que sólo existe - como dicen Vacherot y Renan-, cuando pensamos en El. No. Dios es un Ser viviente, sensible, consciente; Dios es una realidad actuante; Dios es nuestro padre, guía, consolador y mejor amigo. A poco que le dirijamos nuestros llamamientos y que le abramos nuestro corazón, nos alumbrará con su luz, nos reconfortará con su amor; extenderá sobre nosotros su alma inmensa, su alma rica en todas las perfecciones. Por El y en Él solamente nos sentiremos felices, y fuera de Él sólo encontraremos oscuridad, incertidumbre, decepción, dolor y miseria moral. ¡He aquí el auxilio que Juana de Arco traía a Francia; el auxilio

que el Espiritualismo Moderno trae hoy a la humanidad!

Puede decirse que el pensamiento de Dios irradia sobre la historia y el mundo; él ha inspirado a las generaciones en su marcha, sostenido y levantado a millones de almas desoladas. Él ha sido la fuerza, la esperanza suprema, el último apoyo de los afligidos, de los expoliados, de los sacrificados, de casi todos aquellos que, a través del tiempo, han sufrido la injusticia, la maldad de los hombres y los golpes de la adversidad.

Si evocáis el recuerdo de las generaciones que se han sucedido en toda la Tierra, veréis las miradas de los hombres dirigidas hacia esa luz que nada puede apagar ni aminorar.

Por eso os decimos: "Hermanos míos: recogeos en el silencio de vuestras moradas; elevad a menudo hacia Dios los anhelos de vuestro pensamiento y de vuestro corazón; exponedle vuestras necesidades, debilidades y miserias, y, en las horas difíciles de la vida, dirigidle el llamamiento supremo. Entonces, en lo más íntimo de vuestro Ser oiréis como una voz que os responde, consuela y auxilia. Esta voz os penetrará de una emoción profunda; os hará, quizá, derramar lágrimas, pero os levantaréis fortificados, reconfortados".

Aprended a orar desde lo más hondo de vuestra alma y no con los labios; aprended a entrar en comunión con vuestro Padre, a recibir estas enseñanzas misteriosas reservadas, no a los sabios y poderosos, sino a las almas puras, a los corazones sinceros.

Cuando queráis encontrar un refugio contra las tristezas y decepciones de la Tierra, acordaos que no hay más que un solo medio: Elevar el pensamiento hacia esas puras regiones de la luz divina, en las que no penetran las influencias groseras de nuestro mundo. Los rumores de las pasiones, el conflicto de los intereses no llegan hasta allí. Llegado a estas regiones, el Espíritu se desprende de sus preocupaciones inferiores, de todas las cosas mezquinas de nuestra existencia; se cierne por encima de la tempestad humana, más alto que los ruidos discordes de la lucha por la Vida, por la riqueza y los vanos honores; más alto que todas estas cosas efímeras y cambiantes que nos unen a los mundos materiales. Allí arriba el Espíritu se ilumina y embriaga con los esplendores de la verdad y de la luz. Percibe y comprende a las leyes de su destino.

Ante las grandes perspectivas de la inmortalidad, ante el espectáculo de los progresos y de las ascensiones que nos esperan en la escala de los mundos, ¿qué se vuelven para nosotros las miserias de la vida actual, las vicisitudes del tiempo presente?

El que tiene en su pensamiento y en su corazón esta fe ardiente, esta confianza absoluta en el porvenir, esta certidumbre que le eleva, está acorazado contra el dolor. Quedará invulnerable frente a las pruebas. Ahí está el secreto de toda fuerza, de toda valentía; el secreto de los innovadores, de los mártires, de todos aquellos que a través de los siglos han dado su vida por el interés de una grande causa; de todos aquellos que en medio de las torturas,

bajo la mano del verdugo y sus huesos y sus carnes triturados por la cuerda o el caballete, no eran más que una masa sanguinolenta, mas aún tenían la fuerza para dominar sus sufrimientos y afirmar la divina justicia; de aquellos que en el patíbulo como en la hoguera vivían ya por anticipado la vida gloriosa e imperecedera del Espíritu.

9. Objeciones y contradicciones

El problema divino, por ser el más vasto, el más profundo de los problemas, ya que abarca a todos los demás, ha sido motivo de teorías y sistemas sin número que corresponden a otros tantos grados de la comprensión humana, a otras tantas etapas del pensamiento en su marcha hacia lo absoluto.

En este dominio, las contradicciones abundan. Cada religión explica a Dios a su manera; cada teoría lo describe a su modo. Y de todo esto resulta una confusión, un caos inextricable. ¡Qué formas tan variadas de la idea de Dios, desde el fetiche del negro al Parabrahm de los Indons, al Acto puro de Santo Tomás! De esta confusión, los ateos han sacado argumentos para negar la existencia de Dios; los positivistas, para declararle *incognoscible*.

¿Cómo remediar este desorden? ¿Cómo escapar a estas contradicciones? De la manera más sencilla. Basta elevarse lo suficientemente por encima de los sistemas y las teorías para unirlos en su conjunto a través de lo que tienen en común. Basta elevarse hasta la Gran Causa, en la cual todo se resume y se explica.

La estrechez de miras ha desnaturalizado y comprometido la idea de Dios. Suprimamos las barreras, las prisiones, los sistemas cerrados que se contradicen, excluyen y combaten para sustituirlos por las grandes miras de las concepciones superiores. A ciertas alturas, la ciencia, la filosofía y la religión, hasta aquí divididas, opuestas y hostiles bajo la influencia de sus concepciones restringidas, se unen y funden en una poderosa síntesis expresada a través del Espiritualismo Moderno.

Así se cumple la ley de evolución de las ideas. Después de la tesis hemos tenido la antítesis. Estamos alcanzando la síntesis, que resumirá a todas las formas y creencias y será la gloria del siglo 20 el haberla establecido y formulado.

Examinemos rápidamente las objeciones más comunes. La más frecuente es la que consiste en decir: Si Dios existe, si es -como lo pretendéis- bondad, justicia y amor, ¿por qué el mal y el sufrimiento reinan a nuestro alrededor? Dios es bueno, y millones de pobres seres sufren en su alma y en su carne. Todo es dolor y desgarró en la vida de las multitudes. La iniquidad es soberana sobre nuestro globo, y la ardiente lucha por la existencia hace en él nuevas víctimas cada día.

Como lo hemos demostrado en otras páginas²⁷, el sufrimiento es un poderoso medio de educación para las almas. Desarrolla en ellas la sensibilidad, que es ya, por sí sola, un acrecentamiento de la vida. A veces es una de las formas de la justicia, un correctivo para nuestros actos inmediatos o lejanos.

El mal no es más que la consecuencia de la imperfección humana. Si Dios hubiese hecho a los seres perfectos, el mal no existiría. Pero entonces el Universo estaría fijo, inmóvil en su monótona perfección. La magnífica ascensión de las almas a través del infinito sería suprimida de una vez. ¡Nada para conquistar; nada para desear! Mas, ¿qué sería una perfección sin méritos, sin esfuerzos para obtenerla? ¿Podría tener el valor de un premio para nosotros?

En resumen: el mal sólo es lo menos evolucionando hacia lo Más; lo inferior hacia lo superior; el alma hacia Dios.

Dios nos ha hecho libres: de ahí la existencia del mal, fase transitoria de nuestra ascensión. La libertad es la condición necesaria de la variedad en la unidad universal. Sin ella, la monotonía hubiera hecho un Universo insoportable. Dios nos ha dado la libertad con ese impulso de vida inicial por la cual el Ser evolucionará por medio de su propio esfuerzo a través de los espacios y de los tiempos sin límites, en la escala de las vidas sucesivas, en la superficie de los mundos que pueblan la extensión.

Nosotros emanamos de Dios, como nuestro pensamiento emana de nuestro Espíritu, sin fraccionarlo, sin disminuirlo. Libres y responsables, nos volvemos dueños y forjadores de nuestros destinos. Mas, para desarrollar los gérmenes y las fuerzas existentes en nosotros, es necesaria la lucha, la lucha contra la materia, contra las pasiones, contra todo lo que llamamos el mal. Esta lucha es dolorosa y los fracasos numerosos. Sin embargo, poco a poco, la experiencia se adquiere, la voluntad se temple, el bien se desprende del mal. Una hora viene en que el alma triunfa sobre las influencias inferiores, se recobra y eleva por medio de la expiación y la purificación hasta la vida feliz. Entonces comprende y admira la sabiduría y la previsión de Dios, que, al hacer de ella el árbitro de sus propios destinos, ha dispuesto todas las cosas de manera que pueda lograrse, mediante ella, la mayor felicidad posible para cada uno de nosotros.

La condición actual de toda alma es el justo resultado de sus existencias pasadas. De igual manera en nuestra existencia presente elaboramos, día a día, por medio de nuestros actos libres y voluntarios, el destino que nos hemos construido para el porvenir.

Otras objeciones se presentan: hay una que no podemos descuidar, pues constituye uno de los puntos principales de la filosofía. Se nos pregunta: ¿Dios

²⁷ Ver mis obras: *Después de la Muerte*, Segunda Parte, "Los grandes problemas" y *El Problema del Ser y del Destino*, capítulos 18 y 19.

es un ser personal, o bien el Ser universal, infinito? No puede ser las dos cosas, pues -como se dice- estas concepciones son diferentes y se excluyen mutuamente. De ahí las dos grandes concepciones sobre Dios: el deísmo y el panteísmo. En realidad esta contradicción no es más que un error de óptica del Espíritu humano, que no sabe comprender a la personalidad ni al infinito.

La personalidad verdadera es el yo, la inteligencia, la voluntad, la conciencia. Nada impide concebirla sin límites, es decir, infinita. Siendo Dios la perfección, no puede ser limitado. Así es como se concilian dos nociones en apariencia contradictorias.

Otra cosa: ¿Dios es incognoscible, como dicen los positivistas, entre ellos Berthelot? ¿Es el abismo de los agnósticos, la Isis velada de los tiempos de Egipto, el temible y misterioso Santo de los Santos de los hebreos, o bien puede ser conocido?

La respuesta es fácil: Dios es incognoscible en su esencia, en sus profundidades íntimas; pero se revela por toda su obra en el gran libro abierto ante nuestros ojos y en las honduras de nuestro Ser.

Podría argumentarse aun: Nos habéis dicho que el fin esencial de la vida, de todas nuestras vidas era entrar más y más en la comunión universal, para mejor amar y mejor servir a Dios en sus designios; mas, no pudiendo ser conocido Dios en toda su plenitud, ¿cómo se puede amar y servir a lo desconocido?

No hay duda -replicaremos nosotros- de que no podemos conocer a Dios en su esencia; pero lo conoceremos por sus leyes admirables, por el plan que ha trazado para todo lo creado y en el cual se manifiestan su sabiduría y su justicia. Para amar a Dios, no es necesario separarlo de su obra; es preciso verlo en su universalidad, en el raudal de vida y amor que derrama sobre todas las cosas. Dios no es lo desconocido, es solamente lo invisible.

El alma, el pensamiento, el bien y la belleza moral son igualmente invisibles, mas, sin embargo, ¿dejamos por ello de amarlos? Y amando a éstos, ¿no es también amar a Dios, que es su fuente y también el pensamiento supremo, la belleza perfecta, el bien absoluto!

Nosotros no comprendemos en su esencia a ninguno de estos principios. Sin embargo, sabemos que son tales, y que, por tanto, no podemos escapar a su influencia y evitar el cultivarlos. Si amáramos solamente lo que conocemos y comprendemos con plenitud, ¿qué amaríamos, limitados como estamos actualmente por los estrechos límites de nuestra comprensión terrestre?

A los que reclaman una definición absoluta, podría decirseles que Dios es el Espíritu perfecto, la idea, el pensamiento puro. Mas la idea pura, en su esencia, no puede ser formulada sin ser enseguida disminuida, alterada. Toda fórmula es una prisión. Encerrado en el calabozo de la palabra, el pensamiento pierde su Verdadera dimensión, su brillo, cuando no su sentido verdadero y auténtico. Empobrecido y deformado se muestra sujeto a la crítica,

desvaneciéndose entonces lo que hay de más certero en él.

En la vida del Espacio, el pensamiento es una imagen brillante. Haciendo una comparación del pensamiento en esos dos estados y expresándola con palabras humanas, sería lo que una joven radiante de vida y de belleza y la misma joven, tendida en el ataúd, son la expresión rígida y helada de la muerte.

Sin embargo, a pesar de nuestra impotencia para expresarla en su trascendente significado, la idea de Dios se impone -hemos dicho- pues es indispensable a nuestra vida. Acabamos de ver que el bien, lo verdadero y lo bello se nos escapan en su esencia, porque son de naturaleza divina. Nuestra propia inteligencia, nos es incomprensible, precisamente porque encierra en sí una partícula divina que la dota de facultades augustas. Y solamente penetrando el misterio del alma humana llegaríamos un día a resolver el enigma del Ser infinito.

Dios está en nosotros y nosotros estamos en Él. Dios es el gran foco de vida y de amor, del cual cada alma es una chispa, o, mejor dicho, un pequeño foco aún oscuro y velado que contiene en estado embrionario todas las potencias. A tal punto que si supiésemos todo lo que hay en nosotros y qué obras grandiosas podemos realizar, transformaríamos el mundo, nos elevaríamos de un salto en la inmensa vía del progreso.

Para conocernos es preciso, pues, estudiar a Dios, ya que todo lo que está en Dios, existe en nosotros en estado de germen. Dios es el Espíritu universal que se expresa y manifiesta en la Naturaleza, y el hombre, la expresión más alta de la vida.

Todos los hombres deben llegar a esta comprensión de su naturaleza superior, pues la ignorancia de esta naturaleza y de los recursos que duermen en nosotros es la causa de todas nuestras pruebas, de nuestros desfallecimientos y caídas.

Por eso diremos: elevémonos por encima de las querellas de escuelas, por sobre las discusiones y polémicas vanas. Elevémonos lo bastante alto para comprender que no somos más que un engranaje en la máquina ciega del mundo: somos los hijos de Dios, y como tales estamos estrechamente ligados a Él y a su obra; destinados a un fin inmenso, al lado del cual todo lo demás es secundario. ¡Este fin es la entrada en la santa armonía de los seres y de las cosas, que sólo se realiza en Dios y por Dios!

Elevémonos hasta allí y sentiremos la fuerza que hay en nosotros; comprenderemos el papel que estamos obligados a representar en la obra del progreso eterno. Acordémonos de que somos Espíritus inmortales. Las cosas de la Tierra son para nosotros un medio, un instrumento de educación, de transformación. Podemos perder aquí todos nuestros bienes terrenales. ¿Qué importa? Lo que debemos hacer, ante todo, es engrandecernos, arrancar de sus cadenas groseras a ese Espíritu divino, a ese dios interior que hay en todo hombre y que es la fuente de su grandeza, de su futura felicidad. ¡Este es el fin

supremo de la vida!

En conclusión: Dios es la grande alma del Universo, el foco de donde emana toda vida, toda luz moral. Vosotros no podéis existir sin Dios, del mismo modo que la Tierra y todos los seres que viven en su superficie no pueden tampoco hacerlo sin el foco solar. Si el Sol se extinguiese de pronto, ¿qué sucedería? Nuestro planeta rodaría por los vacíos del espacio llevando seres en su carrera, a nuestra humanidad, dormida para siempre en su sepulcro de hielo. Todas las cosas habrían muerto, el globo no sería más que una inmensa necrópolis. Un profundo silencio reinaría sobre las grandes ciudades adormecidas en su último sueño.

Pues bien, ¡Dios es el sol de las almas! Extinguid la idea de Dios y al momento la noche moral reinará sobre todo el mundo. Precisamente porque la idea de Dios está falseada, desnaturalizada por unos, rechazada y desconocida por muchos, es por lo que la humanidad actual navega en medio de los huracanes, sin piloto, brújula ni guía, abandonada al desorden, entregada a todas las amarguras.

Engrandecer, elevar la idea de Dios, depurarla de las escorias en que las religiones y los sistemas la han envuelto: ¡tal es la tarea del Espiritualismo Moderno!

Si tantos hombres son aún incapaces de ver y comprender la armonía suprema de las leyes que rigen a los seres y las cosas, es que su alma no ha entrado, por su sentido íntimo, en comunicación con Dios, es decir, con los pensamientos divinos que iluminan al Universo y son el foco inextinguible del mundo.

Al terminar, nos preguntamos si hemos logrado dar un resumen de la idea de Dios. La palabra humana es demasiado limitada, seca y fría para tratar de este tema. Solamente la armonía, la grande sinfonía de las esferas, la voz del infinito podría repartir y expresar la grandeza de la ley universal. ¡Existen cosas tan profundas que se sienten pero que somos incapaces de expresarlas! Dios sólo, en su amor sin límites, podría revelarnos su sentido oculto. ¡Esto es lo que Él hará, si con nuestra fe, si con nuestro avance hacia la verdad sabemos ofrecerle a Aquel que penetra en ¡no repliegues más misteriosos de la conciencia, un alma capaz de comprenderle, un corazón digno de amarle!

Segunda Parte

EL LIBRO DE LA NATURALEZA

10. El cielo estrellado

Un grandioso libro -hemos dicho- está abierto ante nuestros ojos; en él todo observador paciente podrá leer la palabra del enigma, el secreto de la vida eterna.

En él se ve que una voluntad ha dispuesto el orden majestuoso en que se agitan todos los destinos, muévense todas las existencias, palpitan todos los Espíritus y todos los corazones.

¡Oh, alma! Aprende desde ahora la suprema lección que descende de los Espacios sobre las frentes ensombrecidas. El sol está oculto tras el horizonte; sus últimos rayos de púrpura tiñen aún el cielo; una luz mortecina indica que allá, a lo lejos, un astro se ha ocultado a nuestras miradas. La noche extiende por encima de nuestras cabezas su cúpula tachonada de estrellas. Nuestro pensamiento se recoge y busca el secreto de las cosas. Volvámonos hacia el Oriente. La Vía Láctea extiende como una cinta inmensa sus miríadas de estrellas, tan lejanas, que parecen formar una masa continua. Por todas partes, a medida que la noche tórnase más oscura, más y más estrellas aparecen; otros focos se iluminan como lámparas suspendidas en el santuario divino. A través de las profundidades insondables, esos mundos envíanse sus argentados rayos; ellos nos impresionan a larga distancia y nos hablan con su mudo lenguaje.

Pero no todos brillan con igual intensidad, y la potente Sirio no puede compararse con la lejana Cabra. Sus vibraciones han necesitado siglos para llegar hasta nosotros, y cada uno de sus rayos es como un canto, una melodía, una penetrante voz. Estos cantos se resumen así: "Nosotros también somos focos de vida, de sufrimiento y de evolución. Millares de almas realizan en nosotros sus destinos comparables a los vuestros".

Sin embargo, no todos tienen el mismo lenguaje, ya que unos son moradas de paz y de felicidad y otros lo son de lucha, de expiación y reparación por el dolor. Los unos parecen decir: "Yo te he conocido, alma humana, alma terrestre; yo te he conocido y volveré a verte; yo te he abrigado en mi seno otras veces y tú volverás a mí. Te espero para guiar, a la vez, a los seres que se agitan en mi superficie".

Y después, más lejos aún, esta estrella que parece perdida en el fondo de los abismos del cielo y cuya trémula luz es apenas perceptible, esta estrella

dirá: "Yo sé que tú pasarás sobre los mundos que forman mi cortejo y que yo inundo con mis rayos; yo sé que tú sufrirás en ellas y en ellas te tornarás mejor. Date prisa en tu ascensión. Yo seré, y lo soy para ti, una amiga, ya que hacia mí se han elevado tus pensamientos, hasta mí ha llegado tu llamamiento, tu interrogatorio, tu plegaria a Dios".

Así nos cantan todas las estrellas su poema de vida y de amor; todas nos hacen oír una evocación potente del pasado o del porvenir; ellas son las moradas de nuestro Padre, las etapas, los jalones soberbios de las rutas del infinito que nosotros recorreremos, viviendo en ellas para entrar un día en la luz eterna y divina.

Espacios y mundos, ¡qué maravillas nos reserváis! Inmensidades siderales, profundidades sin límites, vosotras dais la impresión de la majestad divina. En vosotras, en todo y por todo, está la armonía, el esplendor, la belleza. Ante vosotras todos los orgullos se abaten, todas las vanaglorias se desvanecen. Aquí, recorriendo sus órbitas inmensas, existen astros de fuego respecto de los cuales nuestro Sol no es más que una pálida antorcha. Cada uno de ellos arrastra tras sí un imponente cortejo de esferas que son otros tantos teatros de evolución. Más allá, como sobre la Tierra, viven seres sensibles que aman y lloran. Sus pruebas y sus luchas comunes crean entre ellos lazos afectivos que se engrandecen poco a poco: así es como las almas empiezan a sentir los primeros efluvios de este amor que Dios quiere darnos a conocer a todos. Más lejos, en el insondable abismo, muévense los mundos maravillosos, habitados por las almas puras que han conocido el sufrimiento y el sacrificio y han alcanzado la cima de la perfección; las almas que contemplan a Dios en su gloria y van, sin cansarse jamás, de astro en astro, de sistema en sistema, a llevar las órdenes divinas. Ellas tienen en sí algo de ese infinito que se confunde con la eternidad.

Todas estas estrellas parecen sonreírnos como amigos olvidados. Sus misterios nos atraen. Sentimos en nosotros que ellas son la herencia que Dios nos reserva. Más tarde, en los siglos futuros, conoceremos a estas maravillas que nuestro pensamiento sólo empieza a percibir. Nosotros recorreremos este infinito que la palabra no puede describir con su lenguaje limitado. Sin duda existen, en esta ascensión, gradaciones tan numerosas que somos incapaces de contarlas; mas nuestros guías nos ayudarán a escalarlas y nos enseñarán a nombrar las letras de oro y fuego, el divino lenguaje de la luz y del amor. Entonces, el tiempo ya no tendrá medida para nosotros ni tampoco existirán las distancias. Ya no pensaremos más en los caminos oscuros, tortuosos y escarpados que hayamos recorrido en nuestro pasado, y sólo aspiraremos a las delicias serenas de los seres que se nos habrán adelantado y que trazarán, con sus rayos de luz, nuestra ruta sin fin. Los reinados en que hayamos vivido se habrán desvanecido: ya no serán más que polvo y ruinas; mas, guardaremos la deliciosa impresión de las

dichas gozadas en su superficie, las efusiones del corazón que han empezado a unirnos a otras almas hermanas. Conservaremos el duro y doloroso recuerdo de los males compartidos y no nos veremos ya más separados de los que hemos amado, pues las almas se enlazan como se enlazan las estrellas. A través de los siglos y de los lugares celestes subiremos juntos hacia Dios, el gran foco de amor que atrae a todas las criaturas.

11. La selva

¡Oh, alma humana!, vuelve a descender sobre la Tierra y recógete en ti misma; vuelve las páginas del gran libro abierto a todas las miradas; lee en las capas del suelo que pisas la historia de la lenta formación de los mundos, la acción de las fuerzas inmensas preparando al globo para la vida de las sociedades.

Después, escucha. ¡Escucha las armonías de la Naturaleza, los ruidos misteriosos de las selvas, los ecos de los montes y de los valles, el himno que el torrente murmura en el silencio de la noche!

¡Escucha la voz del mar! En todo resuena el cántico de los seres y de las cosas; la vida sonora, la queja de las almas que sufren como nosotros y se esfuerzan para desprenderse de las cadenas materiales que les constriñen.

La selva despliega hasta el horizonte lejano su masa de verdor que tiembla a impulsos de la brisa y ondula de colina en colina. A través del espeso ramaje, la luz atraviesa, en manchas rojizas, entre los troncos de los árboles y cae sobre los mismos; los soplos del viento se oyen entre las ramas. El otoño añade a sus prestigios la sinfonía de los colores, desde el verde amarillento hasta el rojo leonado y el oro puro; él matiza y enrojece los sotos, mancha de ocre los castaños, de púrpura las encinas, desgrana los brezos rosáceos de los claros del bosque.

Adelantémonos bajo el follaje; a medida que avanzamos la selva nos envuelve con sus efluvios y sus misterios. Fecundos olores suben del suelo; las plantas exhalan un sutil perfume. Un potente magnetismo se desprende de los árboles gigantes, penetra en nosotros y nos embriaga. Allá, a lo lejos, rayos dorados caen en un espacio abierto, haciendo brillar los troncos de los abedules como las columnatas de un templo. Más lejos, sombríos oquedales se levantan cortados en línea recta por un pasadizo que se alarga hasta perderse de vista sus arcos de verdor parecidos a las bóvedas de las catedrales. En todas partes ábreanse retiros llenos de sombras y de silencio, soledades profundas que inspiran cierto temor. Andase bajo espesas sombras cribadas por gotas de sol.

Aquí, una haya venerable redondea a los flancos de un ribazo sus bóvedas de follaje. Allá, las encinas inclinan sobre el espejo de un estanque

sus espesos ramajes. Un árbol secular, patriarca de los bosques y respetado por el hacha, al que tres o cuatro hombres no podrían abrazar, se yergue aislado, alto como una iglesia. El rayo le ha visitado a menudo, alcanzando sólo agujerear sus ramas, dejándolo cada vez más derecho, altivo y protector. Su pie se hincha de raíces monstruosas, forradas de musgo; coleópteros, parecidos a piedras preciosas, corretean sobre su rugosa corteza.

En una soledad, triste, los pinos muestran sus troncos rojizos y sus ramas torcidas en forma de lira. ¿Es esto un capricho de la Naturaleza? Sus agujas finas y flexibles se balancean a impulsos del viento en melodías plañideras; sus ramajes cantores están llenos de caricias y susurros.

¡Cuán grato es vagabundear bajo las sombras silenciosas y temblorosas de los grandes bosques, a lo largo del claro riachuelo y de las vagas sendas trazadas por los corzos! ¡Cuán dulce resulta el recostarse sobre el terciopelo de los musgos o los tapices de verdor, a la sombra de cualquier roca granítica, y seguir con la mirada las correrías de los dorados insectos entre las hierbas, o la de los pequeños lagartos sobre las piedras y prestar oído a los alegres gorjeos de los pájaros! Un mundo invisible se agita y mueve alrededor nuestro; concierto de los infinitamente pequeños, meciendo el reposo de la tierra. Insectos a millares, danzan en un rayo de luz, mientras que en la cima de un álamo una curruca se divierte con sus trinos. ¡Aquí todo es dicha de vivir y metamorfosis fecunda!

En el seno de un grupo de árboles una fuente emerge entre las rocas, esparciéndose por un lecho de guijarros entre las bignonias y campánulas, las mentas salvajes y los sauces. De la pila esculpida por sus aguas, en las que van a apagar su sed los pajarillos, la onda cristalina se derrama, gota a gota, dulcemente. Un gran pino sombrea y protege a la graciosa cuenca. El viento agita sus agujas mientras que la fuente murmura sus canturías. Un rayo de luz deslizándose entre el ramaje pone en la límpida sábana de agua mil reflejos chispeantes. En el aire las libélulas danzan y juguetea; mientras que lindas moscas multicolores zumban en el cáliz de las flores.

En este tranquilo paisaje el agua corriente y murmuradora es el símbolo de nuestra vida que surge de las profundidades oscuras del pasado y huye, sin detenerse jamás, hacia el océano de los destinos adonde Dios la conduce para tareas cada vez más elevadas y siempre nuevas. Pequeña fuente, lánguido riachuelo, amigos de los filósofos y pensadores, vosotros me habláis de la otra vida hacia la cual me encamino a cada segundo; vosotros me recordáis que todo, alrededor nuestro, es una lección, una enseñanza para el que sabe ver, escuchar y comprender el lenguaje de los seres y de las cosas.

Mas, de pronto, el viento del mediodía se levanta; un soplo potente pasa sobre la floresta, que vibra como un órgano inmenso. Semejante a una marea de esmeralda, el gran flujo vegetal se hincha poco a poco, ondula y

gime. Un coro invisible anima al desierto inculto. Los troncos gigantescos se doblan con largos gemidos. Roncos clamores suben de las hondonadas: diríase que son chirridos de carros rodando sobre pedregales o ejércitos que se entrechocan.

El sendero conduce a una meseta serpenteando a través de un bosque de castaños. Estos árboles centenarios tiemblan a impulsos del viento; al inclinar sus ramas recargadas parecen decir al hombre: Toma mis frutos en los que he destilado el jugo de mi médula; recoge mis ramas muertas que durante el invierno calentarán tu casa. Tómallo todo, pero no seas ingrato, ni indiferente, ya que toda la Natura trabaja para ti. ¡No seas ingrato, no; de lo contrario las rudas pruebas, las severas lecciones de la adversidad vendrán fatalmente a enternecer tu corazón, a liberarte, tarde o temprano, de tu indiferencia o apatía, de tus dudas y errores, orientando tu pensamiento hacia la comprensión de la gran ley!

Muy pronto la impresión cambia y dulcifica. El viento ha cesado, el páramo ha sucedido a la floresta; los juncos, los espliegos, y las retamas forman el seguimiento o cortejo de la augusta asamblea de los bosques. Sobre un montículo, un alto monolito se levanta en el centro de un círculo de musgosas rocas, unas aún enhiestas, las otras tumbadas en las altas hierbas, relatando la historia de razas milenarias: sus ensueños, sus tradiciones, sus creencias. El espectáculo de estas piedras enigmáticas nos atrae hacia el abismo de los tiempos. De ellas se desprende la melancolía de las cosas pasadas, mientras que alrededor nuestro la Naturaleza nos da la sensación de una juventud siempre eterna.

Sobre las pendientes, ábrense los vallecitos; los barrancos se entrecruzan bajo los breñales frondosos y odorantes, las fuentes brotan puras y frescas llenando con sus murmurios el precioso valle. El día declina a través de los collados; en una escotadura azulada, el sol proyecta sus reflejos de púrpura y de oro. Resplandores de incendios aparecen en los linderos de los bosques. Detrás nuestro, bajo los fuegos del atardecer, la gran selva verdeante despliega sus oquedales, sus sotos apretados, todo el suntuoso y esplendente vestuario de que el otoño la ha revestido. Los rayos oblícuos del sol poniente se deslizan entre las columnatas yendo a esclarecer las soledades lejanas. Ellos hacen resaltar los follajes multicolores: rojos variados, oros leonados, encarnados brillantes, cromos y lacas; todo se ilumina, todo llamea en una especie de apoteosis. ¡Ante esta decoración encantadora que me maravilla, en la paz del atardecer, mi pensamiento se exalta, eleva y remonta hacia la Causa de tantas bellezas para glorificarla y enaltecerla!

Todo en la selva es un encanto: sea que en la primavera las savias hinchen sus mil arterias y que las tiernas ramas verdeen a cual mejor; sea que el otoño la decore de tintas ardientes, de colores fantásticos; sea que el

invierno la cambie en un mágico palacio de cristal, cuando los sombríos ramajes se pliegan bajo el peso de la nieve o se cargan de arracadas de cristal, transformando a cada arbusto en un árbol de Navidad.

La selva no es sólo un maravilloso espectáculo; es también una perpetua enseñanza. Sin cesar nos habla de las grandes reglas, de los augustos principios que rigen la vida y presiden la renovación de los seres y de las estaciones. A los tumultuosos, a los agitados, ofrece sus retiros profundos, propicios a la reflexión. A los impacientes, ávidos de goces, les dice que nada es durable si no se ha tomado la pena y el tiempo de germinar, de salir de la sombra y de subir hacia el cielo. A los violentos, a los impulsivos, opone la vista de su lenta evolución. Ella derrama la calma en las almas febriles. Simpática a las alegrías, compasiva con los dolores humanos, cura los corazones lacerados, consuela, reposa, comunica a todas las fuerzas oscuras las sanas energías ocultas en su seno. La leyenda de Anteo²⁸ es siempre aplicable a los heridos de la existencia, a todos los que han agotado sus facultades, sus potencias vitales en las ásperas luchas de este mundo. Para ello les bastará volver a ponerse en contacto con la Natura para hallar, en la virtud secreta que de ella se desprende, ilimitados recursos.

¡Cuántas analogías, cuántas lecciones en todas las cosas! La bellota, bajo su modesta envoltura, contiene no sólo toda una encina en su expansión majestuosa, sino que también toda una selva entera. El grano, más minúsculo aún, encierra en su linda cuna a toda la flor con su gracia, sus colores y sus perfumes. Lo mismo sucede con el alma humana: posee ésta en germen todo el desarrollo de sus facultades, de sus potencias en el porvenir. Si no tuviéramos ante nuestras miradas el espectáculo de las metamorfosis vegetales, nos negaríamos a creer en ellas. Las fases de la evolución de las almas en su viaje infinito se nos escapan; no podemos actualmente comprender todo el resplandor de su porvenir. Sin embargo, tenemos un ejemplo de ello en la persona de esos genios que han pasado a través de la historia como un deslumbramiento, dejando tras sí una estela de obras imperecederas. Tales son las alturas a las que pueden elevarse las almas más atrasadas en la escala de las vidas innumerables con la ayuda de estos dos factores esenciales: ¡el tiempo y el trabajo!

Así la Natura nos muestra en toda la belleza de la vida el precio del esfuerzo paciente y decidido y la imagen de nuestros destinos sin fin. Nos dice también que todo está en su lugar en el Universo; pero que también todo evoluciona y se transforma, almas y cosas. La muerte sólo es aparente:

²⁸ Anteo, gigante, hijo de Neptuno y de la Tierra, a quien ahogó Hércules entre sus brazos. Habiendo observado el héroe que, cada vez que tocaba tierra cobraba fuerzas el monstruo, le levantó en vilo y de esta manera logró acabar con él. - Se hacen alusiones respecto a este episodio mitológico -como en este caso lo hace Denis- para significar el renovado vigor que cobran algunos hombres cuando se ponen nuevamente en contacto -moral o físicamente- con el manantial de sus ideas, de sus sentimientos y de su voluntad. [Nota de la Editora.]

a los tristes inviernos suceden las renovaciones de la primavera, repletas de savias y de promesas. La ley de nuestra existencia no es diferente de la de las estaciones. Después de los días asoleados del estío, viene el invierno de la vejez y con él la esperanza de nuevos renacimientos y de una nueva juventud. La Naturaleza -como nosotros- ama y sufre. Por todo, bajo la ola de amor que desborda en el Universo, se halla la corriente del dolor, mas éste es saludable, puesto que afina la sensibilidad del Ser, despierta en él las cualidades latentes de la emoción y de la ternura y le procura, de este modo, un engrandecimiento de la vida.

La selva es el adorno de la Tierra y la verdadera conservadora del globo. Sin ella, el suelo, arrastrado por las lluvias, retornaría pronto al abismo de los mares. Ella retiene a las anchas gotas de la tempestad entre sus alfombras de musgo, en el entrelazamiento de las raíces; ella las economiza para las fuentes y las vuelve, poco a poco, transformadas, fertilizantes en vez de devastadoras. Por todas partes donde desaparece el arbolado, la tierra se empobrece, pierde su belleza. Gradualmente viene la monotonía, la aridez, luego la muerte. Regeneradora por excelencia: la respiración de sus millones de hojas²⁹ destila el aire purificado de la atmósfera.

Bajo el punto de vista psíquico -ya lo hemos visto-, el papel de la selva no es menos considerable. Ella fue siempre el asilo del pensamiento recogido y soñador. ¡Cuántas obras delicadas y fuertes han sido meditadas en su fresca y alegre sombra, en la paz de sus potentes y fraternales ramajes! Quien posea un alma de artista, de escritor, de poeta, sabrá extraer de esta fuente viviente, rica y fecunda inspiración.

Con su ritmo majestuoso, la selva ha mecido la infancia de las religiones. La arquitectura sagrada, en sus más audaces atrevimientos, no ha hecho más que copiarla. Las naves góticas de nuestras catedrales, ¿no son acaso la imitación -con la piedra- de las miles de columnas y las bóvedas imponentes de los bosques? La voz de los órganos, ¿no es acaso el estremecimiento del viento que, según la hora, suspira entre los rosales o hace gemir a los abetos? La selva ha servido de modelo a las manifestaciones más elevadas de la idea religiosa en su mayor esplendor estético. En las primeras edades cubría la superficie casi entera del globo. Nada más impresionante para nuestros padres como la antigua y profunda selva de los galos, con su grandeza misteriosa y sus santuarios naturales, en donde se efectuaban los ritos sagrados; sus retiros a veces llenos de horror, cuando los rugidos del huracán hacían resonar los ecos de los bosques y del seno de los matorrales subía el grito de las fieras, lleno de encanto y de poesía; cuando, renacida la calma, el cielo azul y la clara luz reaparecían a través de las ramas, mientras el canto de los pájaros parecía celebrar la

²⁹ Un abedul -dice Elisée Reclus- agita él solo doscientas mil hojas, y algún gigante tropical un millón.

fiesta de la vida.

De siglo en siglo, el alma céltica ha guardado la profunda huella de la selva primitiva y el amor a sus santuarios, moradas de los Espíritus tutelares que, como Vercingétorix y Juana de Arco, han honrado, y de los cuales han escuchado, en la verde oquedad, sus voces inspiradoras.

El espíritu céltico está ávido de claridad y de espacio, apasionado por la libertad; posee una intuición profunda de las cosas del alma, que reclama una revelación directa, una comunión personal con la Natura, visible e invisible. Es por esto que él permanecerá siempre en oposición con la Iglesia romana -desconfiada de esta Naturaleza- pues su doctrina es todo comprensión y autoridad. Los bardos y los druidas le fueron rebeldes. A pesar de la conquista romana y las invasiones de los bárbaros que facilitaron la expansión del Cristianismo, el alma céltica, por una especie de instinto, se ha sentido la heredera de una fe más grande y libre que la de Roma.

Ha sido en vano que los monjes buscasen el imponerle la idea del ascetismo y de la renunciación, la sumisión a dogmas rígidos, a una concepción lúgubre de la muerte y del Más Allá; el espíritu céltico en su sed ardiente de saber, de vivir y de obrar, escapará siempre a tan estrecho círculo.

La idea fundamental del druidismo es la de la evolución, la del progreso y del desenvolvimiento dentro de la libertad. Esta idea está tomada, en cierta medida, de la Naturaleza y completada por la revelación. En efecto, la impresión general que resalta del espectáculo del mundo, es un sentimiento de armonía, una noción de encadenamiento, una idea del objetivo de la ley, es decir, de las relaciones eternas de los seres y de las cosas. La concepción evolutiva se desprende del estudio de estas leyes. Hay una dirección, una finalidad en la evolución, y esta dirección conduce al conjunto de las vidas por gradaciones insensibles y seculares hacia un estado siempre mejor.

El Cristianismo, mejor dicho, el Catolicismo, ha renegado de estas nociones; mas la ciencia nueva nos vuelve a conducir a ellas. Esta ciencia renovadora espiritualiza a la materia, reduciéndola a centros de fuerza. Nos muestra al sistema nervioso bajo una forma cada vez más compleja a medida que se avanza en la escala de los seres, hasta alcanzar al hombre. Las especies salvajes tienden a desaparecer ante la superioridad humana. Con el desenvolvimiento del cerebro, el pensamiento triunfa. La conciencia realiza su ascensión paralela. Hay una aproximación entre las leyes morales y las certidumbres físicas y biológicas. El orden que se manifiesta en todos los dominios alcanza a iguales conclusiones. La Naturaleza es plástica como la conciencia y móvil, como ella, actuando bajo la influencia del Espíritu divino.

Esta evolución, siendo la ley central del Universo, ha de constituirse en el principal objetivo del orden social, facilitándola a todos sus miembros. La

vida es, pues, buena y fecunda. Delante de las perspectivas infinitas que ella nos abre, todos los sentimientos deprimentes: pesimismo, dudas, tristezas, desesperación, se desvanecen para ceder su sitio a las aspiraciones inmortales, a la esperanza imperecedera.

Éste es el genio de nuestra raza, que navega sobre el oleaje de las invasiones y sobrevive a todas las vicisitudes de la historia, reapareciendo bajo veinte formas diversas, después de períodos de eclipse y de silencio, lo que explica la grande misión de Francia en la obra de la civilización. Más que ninguna otra raza, los celtas, cuyos orígenes se pierden en las lejanías vertiginosas de las edades, se acercan, por instinto hereditario, al mundo de las causas y a las fuentes de la vida. Tanto en la ciencia como en la filosofía, ellos han alcanzado muchas veces a volver el pensamiento descarriado al sentimiento de la Naturaleza y de sus leyes reveladoras, y a una concepción más clara de los principios eternos. Si el entusiasmo y la fe céltica pudieran extinguirse, habría mucha menos luz y dicha en el mundo, menos alientos apasionados por la verdad y el bien. Después de más de un siglo, el materialismo alemán ha entenebrecido al pensamiento y paralizado sus esfuerzos; podemos constatar en todo nuestro alrededor los funestos resultados de su influencia. Mas he aquí que el genio céltico reaparece bajo la forma del Espiritualismo Moderno para iluminar de nuevo al alma humana en el curso de su ascensión, ofreciendo, a todos aquellos cuyos labios se han resecaado por la aspereza de la vida, la copa de la esperanza y de la inmortalidad.

12. El mar

Desde el puente del navío en que navego contemplo la inmensidad de las aguas. Hasta los confines del firmamento, la mar extiende su sábana móvil y chispeante bajo los fuegos del sol. No hay ni una nube; no sopla ni un hálito de viento. El sol del Mediodía alumbra con fugitivos resplandores la cresta de las olas. Sobre este vasto espejo, su luz se refleja con tonalidades delicadas, con rizados cambiantes. Ella envuelve a las islas, los cabos y las playas con una débil claridad; ella dulcifica el horizonte e idealiza las lejanas perspectivas. Los raros pasajeros duermen la siesta; el puente está desierto. El silencio sólo es interrumpido por el ruido de la hélice y el canto de la onda que acaricia muellemente los flancos del bajel. Por todo mi alrededor reina una paz profunda. En ninguna parte he sentido una impresión tan sedante. Es como una especie de apaciguamiento, una serenidad, un desprendimiento de todo, el olvido de las miserables agitaciones humanas, una dilatación del alma, una especie de voluptuosidad de vivir y de saber que uno vivirá siempre, la sensación de ser imperecedero como este infinito de la Tierra y del Cielo.

Las costas doradas de Provenza parecen huir ante mis miradas; la proa del paquebote, orientada hacia el Africa, hiende las azules aguas. El Mediterráneo es encantador bajo su cielo azul; mas todos los mares tienen su prestigio, su belleza, ya bien en sus días de cólera y desencadenamiento furioso con la emocionante fascinación de sus olas espumosas, o bien en las horas de calma, con el esplendor de sus atardeceres. Sus horizontes sin límites atraen al alma a la contemplación de las cosas eternas y a los ensueños divinos. Por eso casi todos los marinos son idealistas y creyentes.

Nuestras orillas de Francia se inclinan hacia dos mares. El Mediterráneo es bello por la armonía de sus contornos, la limpidez de su atmósfera y la riqueza de su colorido. El océano es imponente en sus tumultos como en sus recogimientos: con sus grandes olas, que barren sus playas dos veces por día, su cielo agitado, a menudo sombrío, y su gran soplo purificador. Sobre todo es desde lo alto de los promontorios armoricanos cuando se le ve más majestuoso en sus horas de cólera; cuando las olas se arrojan, mugiendo sobre los arrecifes, rugen las enseñadas profundas y secretas o retruenan en las sombras de las cavernas abiertas en las rocas. El lamento del mar tiene algo de penetrante y solemne que hace a la soledad más triste e impresionante. Los chillidos de los chorlitos y gaviotas, que vuelan, volteando en medio de la tempestad, se suman a la desolación de este escenario. Toda la costa está blanca de espuma. Bajo los pies del observador, el suelo tiembla a cada golpe de mar.

Del cabo de la Chèvre, del Ras de Sein, de la punta de Penmarch, el espectáculo tiene el mismo carácter de grandeza épica y salvaje. Por todas partes negruzcas masas de rocas prolongan el continente como si fuesen fragmentos arrancados a la osamenta del globo por el furor de las aguas. Largas líneas de ruinas se extienden, atestiguando los combates seculares que las olas libran con el áspero granito. Esto es un caos formidable, en el cual los elementos se arremolinan y arrojan sobre la tierra, que gime bajo sus esfuerzos ingentes.

El mar se ha calmado, el viento también. La noche ha extendido su negro manto; los centelleos de las estrellas se divisan en el profundo azul del cielo. Los faros, a intervalos, lanzan sus rayos de luz iluminando las rutas a lo largo. El silencio se ha establecido, turbándolo solamente la grande melopea del océano que se eleva, lenta, grave y continua semejante a una salmodia o a una encantación. ¿Qué nos dice? Como todas las armonías de la Naturaleza, nos habla de la Causa suprema, de la obra inmensa y divina. Nos recuerda también cuán pequeño es el hombre por su forma material, ante la majestad de las aguas y de los cielos; cuán grande es por su alma que puede abarcar tantas cosas, saborear sus bellezas y aprovecharse de sus enseñanzas.

¿Qué hombre no ha sentido este sentimiento misterioso que nos retiene, contemplativos y soñadores, ante los espectáculos que nos ofrece el mar? En unos, según su grado de elevación, es una especie de estupor admirativo, mezclado de temor; en otros, es una comunión íntima y muda que les invade por completo.

Cada elemento manifiesta a su modo los secretos de su vida interior. El alma humana percibe este lenguaje a través de sus sentidos internos. Las cosas tienden hacia nosotros sin jamás alcanzarnos. Nuestra alma va hacia las cosas sin lograr penetrarlas completamente, mas, acercándose a ellas lo bastante para sentir el parentesco que con ellas nos une. De ahí es que nacen, entre la Natura y nosotros, lazos y relaciones múltiples y ocultos. Esta fusión con el alma universal se traduce en una fiebre de vida que nos penetra por todos los poros, fiebre o embriaguez que la palabra no puede describir. El mar, como la selva y la montaña, obra sobre nuestra vida psíquica, sobre nuestros sentimientos y pensamientos, y, por esta comunión íntima, la dualidad de la materia y del espíritu cesa un instante para fundirse en la gran unidad que lo ha engendrado todo. Nosotros nos sentimos asociados a las fuerzas inmensas del Universo y destinados, como ellos, mas de otra manera, a representar un papel en este vasto teatro.

El mar es un gran regenerador. Sin él la tierra sería estéril, infecunda: en su seno se elaboran las benéficas lluvias; todo el sistema de riego del globo tiene en él su cuna. Su efusión de vida es ilimitada. Esta gran fuerza saludable, aunque áspera y salvaje, corrige y atenúa nuestras debilidades físicas y morales. Por el perpetuo peligro que ofrece es una escuela de heroísmo. Comunica al hombre sus energías; le da a su pensamiento y a su carácter ese tono serio y recogido, esa huella particular de calma y de gravedad que domina en las poblaciones de las costas. Con sus soplos vivificantes, temple a la vez los cuerpos y las voluntades y procura la firmeza y el vigor. Por eso tiene sus amantes, sus devotos. A pesar de sus cóleras, sus revueltas y sus peligros constantes, a los que en él han vivido largo tiempo les es muy doloroso separarse, pues están atados a él con todas las fibras de su ser.

El vasto mar es, para nosotros, una imagen de la potencia, de la extensión del tiempo. Todos los que lo han descripto han comparado a este mar con un organismo viviente; ellos dicen que ciertos días de verano han alcanzado a sentir sus pulsaciones. El flujo y reflujo es su respiración. Durante la noche, oyendo a lo lejos el rumor de las olas, he tenido a menudo la impresión de que el océano respira como un Leviatán dormido.

Sus grandes corrientes irradian hasta las extremidades del mundo el calor y la electricidad. Forma sobre nuestro planeta dos centros intensos de vida: Java y el mar de las Antillas, que rodean dos círculos de volcanes, hornos formidables de vitalidad y de actividad submarina. Dos ríos enormes

desembocan en ellos, parecidos a las aortas, y van a refrescar el hemisferio boreal. Maury los ha llamado las "dos vías lácteas del mar". Otras corrientes secundarias van a fecundar el océano Indico, bañando la vasta red de islas, arrecifes y bancos, en los que el trabajo de los pólipos forma los cimientos de un futuro continente.

Si el mar tiene sus pulsaciones, también tiene sus espasmos, sus convulsiones. Sin embargo, su verdadera personalidad no se revela en los accidentes ni en las crisis de su superficie. Las tempestades más violentas agitan sólo una muy débil parte de su masa líquida. Para conocerlo se necesita estudiarlo en sus profundidades misteriosas. Allí, en sus fondos de ocho mil metros, pulula una vida oscura, extraña, iluminada por fenómenos de fosforescencia que alumbran, con sus reflejos fantásticos, la noche silenciosa del abismo.

Seres luminosos pululan por sus anfractuosidades. Cuando son atraídos a la superficie brillan un instante en regueros de fuego, en haces centelleantes para extinguirse al momento. Sus formas son variadas hasta lo infinito y presentan los aspectos y colores más variados de perlas y de corales, arañas de cristal con ricas girándulas, estrellas marinas teñidas de verde, de púrpura o de azul. Esta aparición fugitiva es un deslumbramiento, nos da una idea pálida de las maravillas que guardan las criptas secretas del mar. Luego vienen las vegetaciones mágicas, los fucos gigantes, los nácares, los esmaltes de brillantes colores, selvas de corales y todo un mundo singular, primer aviso de la vida, esfuerzo de un pensamiento que aspira a la luz. ¡Qué de misterios en el fondo de estas tinieblas! ¡Qué de continentes sumergidos, de ciudades un día florecientes que yacen bajo el sudario de estas aguas!

Este fue el crisol gigantesco en el que se elaboraron las primeras manifestaciones de la vida. Aún hoy, es la madre, la nodriza fecunda por la cual se desarrollan las existencias prodigiosas, la savia desbordante de la que, ni la rabia destructiva del hombre, ni las causas reunidas de la mortalidad, de la lucha, de la guerra de unas especies con otras no alcanzan a debilitar la intensidad. La potencia de reproducción de ciertas familias es tal, que sin las fuerzas que la combaten atenuando sus efectos, el mar estaría hace ya tiempo convertido en una masa sólida.

Los arenques vagan en bancos incontables, en torrentes de fecundidad³⁰. Cada uno de ellos trae por término medio cincuenta mil huevos, y cada huevo se multiplica a su vez por cincuenta mil más. El bacalao, que se mantiene de los arenques, lleva nueve millones de huevos, el tercio de su peso, y engendra nueve meses al año. El esturión, que devora al bacalao, no es menos prolífico. Los tres, en su ardor de reproducirse, habrían alcanzado

³⁰ Cerca de El Havre, un pescador -dice Jules Michelet- halló un día en sus redes ochocientos mil; en un puerto de Escocia, se recogieron en una sola noche once mil barriles. Cien mil marineros viven exclusivamente de la pesca del bacalao.

a llenar el océano sin los elementos de muerte que vienen a restablecer el equilibrio. Por esto la inmólación truécase en benéfica, ya que sin el combate que las especies libran entre sí, la armonía se rompería y la vida perecería por su propio exceso.

¡Para el mundo del mar, la obra esencial es amar y multiplicarse! Cuando se examina el agua salada con el microscopio, en ciertas regiones, presenta asombrosas cantidades de huevos, de gérmenes, de infusorios. El océano es comparable a una inmensa cuba en fermentación de existencias, siempre en trabajo de alumbramiento. La muerte engendra en ella la vida; sobre los restos orgánicos de los seres destruidos, otros organismos aparecen y se desenvuelven sin cesar.

13. La montaña **(Impresiones de viaje)**

En algunos lugares de nuestras costas, la mar y la montaña se juntan, se hallan frente a frente. Ellas se oponen la una a la otra: una, en la variedad de sus formas, en la inmovilidad silenciosa; la otra, en el movimiento incesante, en la uniformidad. De un lado, agitación sin tregua; del otro, calma majestuosa.

La Naturaleza se complace con estos contrastes. Los montes, tan pronto agrestes y desprovistos de vegetación como adornados de verdor, se levantan por encima de profundos valles y de las vastas orillas del mar; hermosos lugares de bella perspectiva o de austero aspecto rodean a la sábana líquida de los lagos. Por encima de todo, se extiende el espacio y en el seno de los cielos los astros prosiguen su eternal carrera.

La obra es variada hasta en sus más mínimos detalles; pero de los diversos elementos que la componen, se desprende una grande y potente armonía que revela el arte del divino Autor. Lo mismo sucede en el dominio moral. Existen innumerables almas de aptitudes infinitamente variadas: almas opacas o brillantes, nobles o vulgares, tristes o alegres, almas de fe, almas de duda, almas de hielo y almas de fuego. Todas parecen mezclarse, confundirse en el inmenso circo de la vida. De estas discordancias aparentes, de estas atracciones y contrastes nacen las luchas, los conflictos, los odios, los locos amores, las embriagadoras felicidades y los agudos dolores. Pero este continuo roce produce una mezcla; perpetuamente se producen cambios y un creciente orden nace. Los fragmentos de rocas, las piedras arrastradas por el torrente se transforman con el tiempo en cantos rodados. Igual cambio se efectúa en las almas: contrariadas, arrolladas por el río de las existencias, de grado en grado y de vida en vida, van adelantando en el camino de la perfección.

Francia ha sido admirablemente favorecida por la Naturaleza en su sistema montañoso. Sus montes cubren un tercio de su superficie, y, siguiendo las latitudes, según la intensidad de la luz que baña sus cimas, ofrecen aspectos y coloraciones de una diversidad maravillosa.

Al Noreste los Vosgos, con sus rocas de piedra roja agujereando el suelo, los antiguos poblados suspendidos como nidos de águila a la altura de las nubes y los sombríos pinares que cubren sus laderas.

Al Centro, el gran macizo volcánico de la Auvernia, con sus cráteres invadidos por las aguas y sus largos *cheires* o torrentes de lava, esparcidos en la base de los *puys*³¹. Al Sur, el melancólico país de Causses, sus gargantas estrechas, sus rojos acantilados, sus abismos y sus ríos subterráneos.

Como marco de este vasto cuadro, una serie de montañas se eslabona desde el Franco Condado hasta Bearne. Son las cadenas que forman las montañas Jura, los Alpes Saboyanos, Delfines, Provenzales, las costas llenas de sol del mar, la Esterel y las Cevennes. En fin, la alta muralla de los Pirineos con sus picos dentellados, sus circos sublimes y sus románticas soledades.

Todas estas montañas de Francia me son familiares. Las he recorrido a menudo. Puedo decir que ha sido una de las raras felicidades de mi vida el poder saborear sus embriagadoras bellezas. ¡La montaña es mi templo! ¡Allí el Espíritu se siente más cerca del cielo, más próximo a Dios!

Con lo imprevisto de sus cambios de perspectiva y el despliegue de sus encantadores espectáculos; nevadas cimas, deslumbradores ventisqueros, formidables escarpaduras, grutas, sombríos barrancos, lagos, torrentes y cascadas; la montaña es una fuente inagotable de fuertes impresiones, de elevadas sensaciones y fecundas enseñanzas.

¡Qué hermoso es, al frescor del amanecer, impregnado de los penetrantes perfumes de la noche, el trepar por las pendientes, el largo bastón herrado en la mano y el saco de provisiones en la espalda! ¡Alrededor nuestro todo es calma; la tierra exhala esa paz serena que templará los corazones y los empapa de una íntima alegría! ¡El sendero es tan gracioso en sus contornos y el bosque tan lleno de sombra y de misteriosa dulzura! A medida que ascendéis, la perspectiva se agranda; hermosas lontananzas se abren a lo lejos sobre las llanuras. Los pueblos muestran sus blancas manchas en el verdor, entre los sembrados, las landas y los bosques. El agua de los estanques reverdece como si fuese acero bruñido.

Pronto la vegetación se hace más rara; el sendero se presenta más abrupto; se obstruye con troncos de árboles y bloques despeñados. En todos los sitios aparecen las florecillas de las alturas; el árnica de amarillas flores, los rododendros, las saxifragas, los lirios azules y los blancos. Balsámicos

³¹ Nombre característico de los montes de la Auvernia.

perfumes flotan en el aire. Por todas partes, aguas que saltan impetuosas y límpidas fuentes. Su murmullo llena la montaña de una dulce sinfonía.

¡Cuántas horas he pasado, tendido sobre la verde alfombra, escuchando el habla cristalina de las fuentes entre las rocas y la voz del torrente subiendo entre el gran silencio! Todo se idealiza en estas alturas.

Los gritos lejanos y los cantos melancólicos de los pastores, el ruido de los campanillas de los rebaños, el rugido de las aguas subterráneas, la queja del viento entre las malezas, todo se vuelve melodía. ¡Pero ya llega la tormenta; ante su potente voz todo calla!...

Amo a todo lo de la montaña; sus días llenos de sol, de efluvios y de rayos de luz; sus noches serenas bajo los millones de estrellas que brillan con más fuerza y parecen estar más cerca de nosotros. Amo hasta sus tempestades y el brillo del rayo sobre las cimas.

La tormenta ha pasado. La Naturaleza ha vuelto a tomar su aspecto festivo. Por todas partes resuena el chirrido de las langostas y la voz monótona de los grillos. Insectos de todas formas y colores manifiestan a su manera su gozo de vivir, de embriagarse de aire y de luz. Más abajo, en la profunda selva, en el bosque encantado, el concierto de los seres y de las cosas que domina la fuerte, voz del viento entre el ramaje: cantos de pájaros, zumbidos de insectos, melopea de los riachuelos, de las fuentes y de las pequeñas cascaditas, todo emociona y nos envuelve en un encanto indefinible e irresistible.

Prosigamos nuestro camino. Unos cuantos esfuerzos más, y jajadeante alcanzáis la cúspide. Pero, ¡qué compensación a vuestro esfuerzo! Un panorama inmenso se despliega, una decoración incomparable se revela súbitamente, espectáculo que deslumbra a la mirada y llena al alma de una religiosa emoción.

Cimas, y más cimas aún, se erigen en la gloria del alba. En el fondo del horizonte algunos picos solemnes y majestuosos se alinean, blancos de nieve, con sus ventisqueros que el sol hace brillar como sábanas de plata. Entre sus laderas enormes, se abren salvajes desfiladeros en los que empiezan dichos valles. Hacia el Norte, la cadena va bajando con ligeras ondulaciones y originando la llanura sin fin. Los últimos contrafuertes están cubiertos de bonitos bosques, de frescas praderas y pintorescas aldeas. Más allá, el desarrollo sin límites del tapiz verde y oro de los campos, los prados, las tierras de labor, los brezales y una variedad de tonos y colores fundiéndose en una lontananza vaporosa. Más lejos aún, la mar inmensa resplandece bajo el azulado cielo.

El tiempo pasa rápido en estas alturas. Pronto es necesario pensar en el regreso. Lentamente el sol va declinando; los valles se llenan de sombra. Ya las negras siluetas de los grandes picos se levantan hacia el puro cielo, en el que se encienden los fuegos estelares. La voz del torrente se eleva más alta y grave en la dulce paz del atardecer. Los rebaños vuelven a sus

establos, agrupados por los pastores y bajo el ojo vigilante de los perros. Las campanas suenan argentinas, invitando al reposo, al descanso. Las luces, una a una van apagándose en el valle. ¡Y mi alma, arrullada por las armonías de la montaña, dirige un ardiente homenaje al Dios potente, al Dios creador!

Jóvenes que me leéis, mi pensamiento vuela hacia vosotros en un arranque paternal para deciros: Aprended a amar a la montaña. Es el libro por excelencia ante el cual todo libro humano es pequeño. Hojeando sus páginas grandiosas, mil escondidas verdades aparecerán, mil revelaciones que no sospechabais siquiera. Recogeréis alegrías preciosas que enriquecerán a vuestra alma, depurándola. Aprended a ver, a leer y a vivir. Llenad vuestros ojos y corazones de estos paisajes agrestes o encantados. Comprended su gracia y su fuerza, su severidad y su dulzura. Ya el árbol antiguo y venerable, ya el torrente arrullador o la altanera cima, os darán lecciones sublimes que quedarán grabadas en vuestra memoria y llenarán más tarde de dulces recuerdos los días tristes y sombríos de vuestro declinamiento. Sabed comprender su lenguaje. Sus voces unidas, componen el himno de adoración que los seres y las cosas elevan al Eterno.

La montaña es una biblia -decíamos- cuyas páginas contienen un sentido oculto, un significado profundo. En sus capas rocosas y arrugadas, contorneadas por las conmociones plutónicas, podéis leer la génesis del globo, la grandes epopeyas de la historia de la Tierra antes de la aparición del hombre. Los movimientos de la corteza terrestre escritos a vuestro alrededor en formidables caracteres, os contarán de la acción de las fuerzas combinadas en la creación de nuestra común morada. Luego, será el lento y trabajoso descifrar de las esculpidas gargantas, coloreadas por el granito. Y, en fin, después vendrá el estudio de la flora y de la fauna en su variedad sin límites.

Los empujes eruptivos, los enfriados chorros de lava, los pórfidos gigantes os dirán de los esfuerzos de la masa encendida levantando las cadenas en puntas agudas o en redondas cúpulas. Los volcanes son los orificios respiratorios de la tierra. Debajo de ellos se opera la circulación violenta, el empuje de savia y vida que, sin estas ejecutorias, estremecería el suelo y quebraría la corteza terrestre. Las fuentes calientes os demostrarán que las entrañas del globo contienen todavía vida ardiente, pronta a brotar, y que la acción de la enorme y tenebrosa conmoción es siempre posible.

Del foco central, del hondo abismo, suben a la superficie las fuerzas expansivas que transforman los elementos, los licúan y los cargan de desconocidas manifestaciones de electricidad, en su desplazamiento hacia el Sol, cuyas radiaciones las atraen a través del espacio.

Es éste el prodigioso laboratorio en el que se elabora la gran obra, la

preparación del vasto teatro donde se representarán los dramas de la vida.

Para todos los que saben amarla y comprenderla, la montaña es una larga y profunda iniciación.

La flor se abre a las caricias del Sol y a las lágrimas del rocío; igualmente el alma se abre bajo la influencia radiosa de la excelsa Naturaleza. Bajo estas potentes impresiones, todo en ella se agita y vibra. Ella ora, y su plegaria es un grito de gratitud y de amor. De la oración, pasa a la contemplación, a esa forma superior del pensamiento por la que se incorpora misteriosamente en nosotros el sentido augusto y divino de la obra universal.

Pero la contemplación no es suficiente. La verdadera vida es la acción; la ley nos impone la lucha y la prueba; solamente por este medio adquiriremos mérito. Vuestros deberes, vuestra cotidiana tarea os absorben, os retienen lejos de las puras fuentes del pensamiento. Por esto mismo, es bueno y saludable volverse de tanto en tanto hacia la Naturaleza, para buscar en ella fuerza e inspiración. Quien la desconociese o ignorase ha de sufrir por ello, rebajándose. A los que la aman, ella comunica, en cambio, el auxilio moral, el viático necesario para marchar a través de las rocas y brumas de la vida hacia el fin supremo, luminoso y lejano.

Al igual que la mar, y más aun que ella, la montaña balsamiza, fortifica. Ella posee un principio regenerador que devuelve la calma a los neuróticos, la salud a los desequilibrados, un medio de reconstitución vital para la débil humanidad.

En la montaña, las agitaciones febriles, los cuidados de la vida ficticia y sofocante de las ciudades se desvanecen para dar lugar a un modo de existencia más simple, más natural. La altura es una escuela de energía para todos aquellos que la ciudad aún no ha debilitado demasiado. Las vastas perspectivas aguzan la mirada. Los pulmones se dilatan con el aire puro de las cimas. Los obstáculos estimulan nuestros esfuerzos: la ascensión, la escalada nos forman músculos de acero. Al mismo tiempo que desplegamos las fuerzas físicas, las potencias intelectuales se reconstituyen, la voluntad se temple. El hombre se habitúa a obrar, a vencer y menospreciar a la muerte.

Mas, laa montaña también tiene sus peligros. Sus senderos son escarpados, sus precipicios espantosos. El vértigo espera en las alturas. El viento es áspero algunos días y el trueno resuena a menudo. Cuando no es esto, muchas veces os rodean espesas brumas que os envuelven y os esconden el peligro. A veces es necesario caminar por estrechas cornisas, entre el abismo y la avalancha, evitar las anchurosas grietas de los ventisqueros, descender las resbaladizas pendientes terminadas en abismos. Durante el curso de mis excursiones he oído, frecuentemente, rodar de eco en eco el sordo trueno de los despeñamientos de rocas o de las masas de

nieve. En tal salvaje repliegue de los montes, en tal barranco os encontráis de repente frente a una cruz que marca el sitio en el que algún viajero ha hallado la muerte.

En cambio, hay también allí arriba todas las embriagueces, todas las armonías de la luz, encantos y maravillosas emociones que la llanura no brinda. Allí se percibe la armonía universal y misteriosa de los ruidos, de los colores, la dulce e íntima música de las brisas y las aguas. Allí se aprecia mejor la melancolía del atardecer, cuando el olor de los prados y de los bosques, desde el seno de los valles sube hasta las cúspides. Entonces el alma del hombre rompe los lazos que le encadenan a la carne y planea en el sutil éter, gozando de éxtasis casi divinos.

No es sin razón alguna que los principales hechos de la historia religiosa han sucedido sobre las cimas de los montes. El Mérou, el Gatyá*³², el Sinaí, el Nebo, el Tabor y el Calvario son los soberbios altares de donde asciende en potente fervor la plegaria de los grandes iniciadores.

En las almas escogidas, la majestuosidad de los grandes espectáculos despierta los sentidos íntimos, las facultades psíquicas, estableciendo la comunión con lo Invisible. Pero, en diversos grados, todos sentimos estas influencias. En estos momentos, lo que hay de artificial y vulgar en nuestra existencia, se desvanece para dar lugar a expresiones super-humanas. Es como un rayo de luz pasando a través de las tinieblas que nos rodean, por entre los negros vapores que nos esconden continuamente el cielo y que, con el tiempo, asfixian a las más claras inteligencias. Durante un instante entrevemos un mundo superior celeste, infinito. Entonces las radiaciones del pensamiento divino descienden como rocío bienhechor sobre el alma enajenada.

Lejos de los prejuicios y de las ruinas, el alma se ensancha libremente. Encuentra su genio propio: el *awen* de los druidas. Su segura intuición le dice que todos los sistemas son estériles y que, solamente la gran madre Naturaleza, el gran libro viviente puede demostrarnos la verdad, la belleza perfecta. En las horas de profundo recogimiento, ya cuando el Sol cubre con su manto de púrpura el conjunto de montañas y la Luna esparce su luz plateada en medio de un silencio sobrecogedor, una conversación solemne se establece entre Dios y el alma.

Estos grandes descansos de la vida son indispensables para fortificarnos, reconocernos, comprender el fin supremo y orientarnos con paso seguro hacia él. Entonces, como los profetas, descendemos de las cimas engrandecidos e iluminados con una luz interior.

Bajo la evocación del pensamiento los recuerdos se despiertan numerosos. Recuerdo una ascensión al pico Ger, en los Pirineos, cerca de

³² Monte de la India en el que Buda recibió su revelación.

Eaux-Bonnes. Para alcanzar la plataforma rocosa, especie de azotea o mirador que forma la cumbre, es necesario franquear a horcajadas una arista aguda como el corte de una navaja, de cincuenta metros de largo, situada encima de un vertiginoso abismo de dos mil pies. Pero, desde allí, ¡qué admirable vista! Toda la cadena central se despliega, desde los montes Malditos hasta el pico Anie, cuya negra cumbre emerge de un mar de nubes como una isla del seno del océano.

La atmósfera es tan pura, tan límpida, que se distinguen los contornos de los montes más lejanos. El Vignemale, Neouvielle, el grupo de los grandes picos del Bigorra, con sus finas aristas, sus coronas de ventisqueros y sus inmaculadas nieves que se levantan como blancos fantasmas bajo la ardiente luz del Mediodía. Gracias a la transparencia del aire, picos españoles situados a más de cien kilómetros se ven con tanta nitidez que se creería estar muy cerca de ellos.

Yo los veo ahora como si fuera ayer; estas cimas grandiosas dominando las líneas de crestas que se suceden hasta el horizonte; el enorme Baleitous, y, más allá, en una sesgadura, el sombrío Mont Perdu. Más cerca, las formas familiares del Manné, del Gabizzos, los pilones del Marmoré, el Taillon, la brecha de Roland, antiguos conocidos que saludo desde lejos con placer.

Una serenidad inalterable envuelve a esta asamblea de gigantes, fija en un eterno conciliábulo. En primera línea, el pico granítico de Ossau, solitario y huraño, continúa su ensueño de cien siglos.

Allá lejos, estas cimas rojizas que se escalonan hacia el Sur, pertenecen a la vertiente española, áspera, devorada por el Sol, pero tan rica en coloridos. De esta vertiente, he explorado muchas veces los circos salvajes, tan poco conocidos y de difícil acceso, las gargantas, abismos en los que saltan las cascadas y rugen invisibles torrentes que se han cavado un cauce subterráneo entre caos infernales. ¡Y qué senderos cortados en cornisa en los flancos de paredes a pico! Bajo los pies se abre un abismo de centenares de metros; sobre la cabeza el buitre de voraces instintos, da vueltas describiendo grandes círculos. Entre estas crestas destrozadas, se extiende el Bramatuero, corredor siniestro, cortado por ventisqueros y lagos helados, en el que un cura italiano que se dirigía a Lourdes fue asesinado algunos días antes de mi paso por allí. Más lejos, escondida en el fondo de un cerco en forma de embudo, de paredes abruptas y desprovistas de vegetación, Panticosa, estación termal española. El lugar es desolador; en todas partes, del fondo de las gargantas, sube el sordo ruido de las aguas, parecido a los rumores de una tropa en marcha o al sordo rodar de los carros.

Volvamos al pico Ger. En el inmediato ventisquero, mi guía me indica, para que lo observe, un punto negro inmóvil que tomo por un peñasco. Pero a sus gritos el objeto cambia de lugar, muévase y echa a correr rápidamente. Era un gamo. Los gritos del guía han despertado los ecos de

la montaña. De todos los repliegues del terreno, de los barrancos salvajes, de las angostas gargantas salen millares de voces. Creeríase que surge una legión de duendes, de gnomos, de Espíritus burlones. El efecto es sorprendente.

Lancemos una última y prolongado mirada sobre tan espléndido panorama. Bajo la azulada cúpula, las altas montañas se colorean con tintas fundidas, de una pureza y una riqueza de tonos incomparables. El sol del Mediodía esparce sobre ellas una profusión de claridad, de chorros de luz dorada que aumenta más el prestigio de sus formas fantásticas y accidentadas. Un mundo de torres, de agujas, picos aspilleros, cúpulas, campaniles y pirámides se levantan bajo el cielo, gigantesca mescolanza de líneas ya rudas y brucas, ya redondeadas por el lento trabajo de las aguas. Después, aquí y allá, entre los intervalos, altos y verdes pastos salpicados de rediles, de donde suben débiles columnas de azulado humo; los espesos bosques que bordean la frontera, hacia Gabas, centelleantes cascadas, tranquilos lagos, alegres praderas y heladas mesetas, tétricos desiertos de pedruscos y escombros, ruinas de montes despoblados.

Ante este espectáculo, todas las emociones se funden en la sensación de la inmensidad. Es una esplendidez de formas, de aspecto y colores que no se pueden describir con los pálidos vocablos del lenguaje terrestre. El hombre reconoce su pequeñez; todas sus obras le parecen efímeras y miserables frente a estos colosos. Que éstos se agiten solamente con un débil alzamiento de espaldas, y todo el trabajo humano se abisma, desaparece. Pero el alma se engrandece por el pensamiento. Un mundo de intuiciones y de sueños se despierta en ella. Siente que estos espectáculos son el anticipo de las maravillas que el destino le reserva en su eterna ascensión, de orbe en orbe, en la sucesión de los tiempos y de los mundos siderales.

El Universo entero se refleja en nosotros como en un espejo. El mundo invisible, por una insensible transición, se une al mundo visible. Sobre ellos reina la ley de la armonía que rige a ambos; y el alma, en su contemplación, proyectada fuera de ella misma, exteriorizada en cierta manera, los penetra y los abraza. Por un instante ha sentido pasar en ella el grave estremecimiento de lo infinito, ha comulgado con el pensamiento supremo; ha comprendido que éste no ha creado a los mundos más que para que sirvan de escalones a las ascensiones del Espíritu.

Una tarde de julio, durante un paseo solitario por los alrededores de Eaux-Bonnes, me extravié en la montaña llamada Gourzy. La noche había llegado, y siendo imposible el regreso por las escarpadas sendas que había seguido, tuve que resignarme a esperar la salida del sol sobre una improvisada cama de musgo. Esa noche ha dejado en mi memoria un

recuerdo lleno de encanto y de penetrante poesía. ¡Cuántas impresiones recogidas! Oía los chillidos, los gritos de los huéspedes de los bosques: la zorra, el urogallo, el gran búho de las montañas de grito casi humano. La vida se desarrollaba misteriosa alrededor mío; yo percibía sus rumores, sus ligeras palpitaciones.

En una espesura a corta distancia, una extraña iluminación atrajo mi atención. Me aproximé, era un grupo de luciérnagas. Las pequeñas lanternas verdes constelaban los matorrales, mientras que en el cielo otras luminarias más potentes resplandecían por encima de mi cabeza. Pude seguir, así, con la mirada, durante esa noche, todo el desfile del ejército celeste. Más tarde, con la marcha imponente de las estrellas, la salida de la Luna, cuya temblorosa claridad se desliza a través del follaje y viene a jugar sobre los musgos y los helechos. Ninguna idea de temor agita a mi alma. Me siento rodeado de protectores invisibles, invadido por una especie de inexplicable beatitud. La grave voz del torrente resuena en el silencio de la noche y me habla de cosas graves y profundas. ¿Qué dice? Habla de nuestra impregnación de lo divino; canta a la inmortalidad, la participación de todos los seres, según sus medios; a la obra inmensa, a la potente armonía del Universo. Ella dice: "Observa mi curso; es la imagen de tu destino. Ahora corro, torrente impetuoso, entre los accidentados bloques. Mi ola rueda en cascadas o se deshace en espuma; pero, más tarde, de, yo seré el ancho río, sembrado de islas, que correrá, calmo, imponente, a través de la esmeralda de los prados, bajo el ópalo del cielo". Esto es lo que dice la voz solemne, mientras contemplo el espacio, soberbia de grandeza y de elocuencia.

Allá arriba, otros problemas me atraen. ¿Dónde van estos innumerables mundos? ¿En virtud de qué fuerza se mueven y buscan en el seno del insondable abismo? ¡La mano que dirige a los astros en la inmensidad ha escrito allí un nombre en letras de fuego, un solo nombre! Todos los mundos conocen su camino, su sagrada misión; lo siguen infaliblemente. Saben que representan un papel en el plan divino y se asocian estrechamente a él. Todo el lecreto de la Naturaleza está en esto. Los mares, los bosques y las montañas no dicen otra cosa. La Vía Láctea que desarrolla, a través del espacio, su polvo de mundos, los cedros gigantes que extienden sus largas ramas por encima de los precipicios; la flor que desfallece bajo los rayos del sol, todo nos murmura: ¡A Él debemos el existir; por Él venimos y morimos!

Sí; este es el santuario donde el alma se abre y desarrolla ante la visión del gran cielo y de Dios, que ha creado su orden y su sublime belleza. Este es el templo de la religión eterna y viviente, cuya ineluctable ley está escrita en la frente de las noches estrelladas y en las profundidades de la conciencia humana.

Mas, he aquí el alba, la majestuosa salida del sol por encima de las

lejanas cumbres. Cual una esfera de metal enrojecido, el astro rey sube en el horizonte. Primeramente, las cúspides dentelladas de los picos flamean en la claridad renaciente, y, del mismo modo que la tarde de la víspera la sombra había subido rápidamente a mi alrededor, ella desciende ahora con igual velocidad. Como si un velo se hubiese desgarrado, todos los detalles del bosque: las altas frondosidades, las abruptas escarpaduras de las rocas, las sinuosidades del sendero se iluminan. ¡Asombroso prestigio del color! En un instante, todo se anima, se estremece y palpita; el cielo y la Tierra vibran en un largo estremecimiento. Por encima, la estrecha garganta donde canta el torrente, la negra silueta del pico Ossau se dibuja netamente. Y yo vuelvo a tomar el camino del hotel, bendiciendo las circunstancias que me habían permitido disfrutar de tales espectáculos.

Otras impresiones me esperaban en los Alpes. Podría con razón decirse que los Pirineos, por sus formas esbeltas y elegantes, presentan el tipo femenino de la montaña. Tienen a menudo el encanto y la gracia de la mujer. Un velo ligero adorna sus soberbias frentes. Otras veces los fuegos de la luz las transfiguran, hacen de ellas montañas encantadas.

Los Alpes, con sus formas macizas y su osamenta potente recuerdan más bien al tipo masculino. Simbolizan la fuerza, la duración, la grandeza austera; parecen los jalones gigantes que marcan las fronteras del tiempo y de la eternidad.

Cuando por primera vez se contempla el Mont-Blanc, este gigante solitario que domina a Europa, el hombre se siente como aplastado ante esta inmensa blancura parecida a una mortaja. En efecto, su aspecto es el de la muerte. Y, sin embargo, bajo su espeso manto de nieve, se esconde una vida siempre activa, cálida y fulgurante que se manifiesta y se derrama por las fuentes calientes Saint-Gervais.

Añadid las cincuenta leguas de ventisqueros que coronan a los Alpes, sus vastos depósitos subterráneos que dan nacimiento a los más grandes ríos de Occidente, vertiendo la fecundidad sobre tanta llanura, y podréis formaros una idea de esta formidable cadena.

En el macizo de l'Oisans, la sensación no es menos viva que en el Mont-Blanc. Desde el mirador de la Tate de Maye se ve levantarse un bosque de picos y agujas, un encaje de granito. El día que yo subí, los ventisqueros resplandecían, fundiéndose lentamente bajo los ardores del sol; por todas partes corrían torrentes y saltaban cascadas. El ruido de las aguas, abismándose bajo el suelo, producía un rumor sordo que variaba de hora en hora, según el volumen de la masa líquida. Alrededor mío, el desierto; tan lejos como podía alcanzar mi vista, ni un ser humano. El silencio impresionante de las alturas me rodea. Sólo se oye el sordo ruido de las aguas y el gemido del viento que agita a las hierbas y a las florecillas alpestres. Una flora maravillosa se desarrolla en estas alturas. Los farolillos

balancean airoosamente sus graciosas campanillas. Más lejos, la genciana azul, bordeada de negro, de tan altanera altitud, la soberbia anémona amarilla, tan buscada por los botánicos. Después, el dafne, el orquis, el digital, veinte especies cuyos nombres ignoro; en una palabra, todo un pequeño mundo vegetal se desarrolla bajo este cielo de fuego. El aire está embalsamado.

Cortando el horizonte, la Meije, esta temible "devoradora de hombres", muestra sus contrafuertes potentes que coronan una diadema de hielo y nieve. El Pelvoux y la Barre des Ecrins y otras cumbres se levantan como una familia de titanes alineados en semicírculo.

Henos en la Grande Chartreuse. Yo he pasado varios días en ese asilo de paz y recogimiento. He explorado sus alrededores, paseando bajo las sombrías bóvedas del bosque que le rodea, escuchando la canción de los torrentes, los grandes órganos del viento en los ramajes, los gritos lejanos de los pastores y de los leñadores. El son de la campana del monasterio llegaba a mis oídos en alas de la brisa; sus vibraciones, en olas sonoras, iban a morir y renacer, para después perderse en el fondo de las gargantas y sobre las laderas de las montañas. Por todos lados el horizonte está limitado por grandes cumbres sin vegetación: ásperas, batidas por las tempestades. Mas, la idea de lo absoluto y de lo infinito envuelve a estos montes, y la mirada de Dios flota sobre todas estas cosas.

En el gran silencio del claustro el reloj da lentamente las horas. ¡Cuántas almas sacudidas por las tormentas de la vida han venido a buscar aquí el reposo y el olvido! Este Cristianismo místico que las atraía tiene profundidades de abismo que fascinan. Seguramente esta concepción yerra sobre muchos puntos al apartarse de las realidades invisibles. Crea en el cerebro del creyente un mundo de ilusiones, de quimeras supersticiosas impuestas por la tiranía de los dogmatistas. Sin embargo, no está exenta de belleza. En la época de hierro y sangre, la vida monástica era el único refugio para un alma sensible y estudiosa. Hasta en los tiempos modernos ella podía ser, en cierta medida, un medio de preparación para las cosas superiores, para el Más Allá. Por eso, de este santuario alpestre irradiaban en toda la comarca bienhechoras influencias. Pero después los monjes han desaparecido, la Chartreuse ha sido abandonada; el lugar ha perdido su prestigio religioso.

Desde la tribuna reservada a los visitantes, he asistido al oficio de medianoche. En la nave de la capilla sólo tres luces espaciadas rompen la profunda oscuridad. Los cartujos llegan uno a uno provistos de pequeñas linternas y ganan sus sillas en el coro. Las salmodias empiezan, y siguen invocaciones, llamamientos de almas afligidas: *¡Deus in adjutorium meum intende!*. . . ¡Dios mío, venid en mi socorro! ¡Apresuraos, Señor, yo sucumbo!

Esta lamentación del patriarca Job, que ha atravesado los siglos, parece resumir todo el dolor humano. Es el gemido de los corazones destrozados, de todos aquellos que se apartan de esta Tierra de pruebas donde no ven más que desesperación, abandono y destierro, para buscar en el seno del Padre ayuda y consuelo.

Estos austeros monjes que dejan su dura cama para unirse en pensamiento a la humanidad doliente, estos cantos de una punzante tristeza que resuenan cuando todo reposa, emocionan dulcemente.

Los salmos se suceden en lento, grave y solemne ritmo. De estas melancólicas notas, a veces monótonas, sale de tiempo en tiempo un grito de amor, verdadera flor del alma que, de este océano de las miserias humanas, sube hacia el cielo para implorar al Creador. Después, las frases salmodiadas se apagan, en la penumbra de sus sillas los religiosos prosternados parecen sumidos en profunda meditación. En fin, estalla el último grito de David en su penitencia, último sollozo de la humanidad desgarrada que un rayo de esperanza ilumina y vivifica: *¡De profundis clamavi ad te, Domine, exaudi vocem meam!* ¡De lo profundo de mi dolor te he implorado, Señor, atiende mi plegaria!

El cementerio del convento es de lúgubre aspecto. Ninguna losa, ninguna inscripción señala las tumbas. En la negra fosa se coloca simplemente el cuerpo del cartujo, revestido de su hábito y atado sobre una plancha, sin ataúd; después se le recubre de tierra y ¡solamente una cruz designa la sepultura de este viajero de la Vida, de este huésped del silencio, del cual nadie, salvo el prior, sabía el verdadero nombre!

¿Será esta la primera vez que recorro estos largos corredores, estos solitarios claustros? ¡No! Cuando sondeo mi pasado, siento estremecerse en mí la misteriosa cadena que une a mi personalidad actual con la de siglos pasados. Yo sé que entre los restos mortales que yacen allí, en aquel cementerio, hay unos que mi Espíritu ha animado. Poseo un temible privilegio, el de conocer mis existencias anteriores. Una de ellas terminó en estos sitios. Después de veinte años de luchas de la epopeya napoleónica, en las cuales me había lanzado el destino, cansado de tantas batallas, asqueado de la vista de la sangre y del humo de tantos combates, fui allí a buscar la profunda paz del Espíritu. En la serie de nuestras vidas sucesivas, una existencia monástica puede sernos útil, si ella nos enseña el desapego a las cosas materiales, la concentración del pensamiento, la austeridad en las costumbres. ¡En el claustro, el Espíritu se libera de las sugerencias materiales y se abre a las visiones divinas!

¿Sería acaso bueno que todas las almas encarnadas conservas en el recuerdo de sus anteriores existencias? No lo creo así. Dios ha obrado cuerdamente poniendo un velo a nuestros ojos, al menos durante el difícil transcurso de la vida terrena, las trágicas escenas, los desfallecimientos, los

funestos errores de nuestra propia historia.

De este modo nuestro presente se halla aligerado, nuestra actual tarea resulta más fácil. Siempre será bastante pronto, desde nuestra vuelta a la vida del Espacio, para ver levantarse ante nosotros fantasmas acusadores. Seguramente, muchos no tienen nada semejante que temer. ¡Que la paz sea en su Espíritu! En cuanto a mí, sé una cosa: cuando deje la Tierra para volver al Más Allá, las voces del pasado se despertarán y gritarán contra mí, pues yo fui culpable, y la sangre enrojeció mis manos. Pero las almas a las que he podido instruir y consolar en esta vida se levantarán también -así lo espero- para hablar en mi favor, y el juicio supremo se encontrará atenuado por ello.

14. Elevación

Espíritu, alma: tú que recorres estas páginas, ¿de dónde vienes y adónde vas? Subes del fondo del abismo y escalas los innumerables grados evolutivos de la vida. Vas hacia las moradas eternas donde la gran ley nos llama y donde la mano de Dios nos conduce. ¡Tú vas hacia la luz, hacia la sabiduría, hacia la belleza!

Contempla y medita. Por todas partes hermosas y poderosas obras solicitan tu atención. De su estudio extraerás, con el aliento y la confianza, el justo sentimiento de tu valor y de tu porvenir. Los hombres no se odian, no se desprecian sino porque ignoran el magnífico orden por el cual están todos íntimamente unidos.

Tu camino es inmenso, pero el fin sobrepasa en esplendor si todo lo que se puede concebir. En este momento pareces muy pequeño en medio del colosal Universo; pero tú eres grande por la idea, grande por tus inmortales destinos.

¡Trabaja, ama y ora! ¡Cultiva tu inteligencia y tu corazón! Desarrolla tu conciencia, hazla más vasta, más sensible. Cada vida es un surco profundo de donde debes salir purificado, dispuesto para las futuras misiones, apto para trabajos cada vez más nobles, más grandes. Así, de esfera en esfera, de morada en morada, proseguirás tu carrera, adquiriendo fuerzas y facultades nuevas, unido a los seres que has amado y que han vivido y revivirán contigo.

¡Juntos evolucionaréis en común sobre la espiral de las existencias, en medio de maravillas insospechadas, pues el Universo, como tú mismo, se revela por el trabajo y desarrolla sus vivientes metamorfosis, ofreciendo goces, satisfacciones siempre crecientes y siempre renovadas a las aspiraciones y a los deseos puros del Espíritu!

En las horas de indecisión, vuélvete hacia la Naturaleza; es la gran inspiradora, el templo augusto donde, bajo misteriosos velos, Dios,

escondido, habla al corazón del bueno, al Espíritu del pensador. Observa el profundo firmamento: los astros que lo pueblan son las etapas de tu largo peregrinaje, las estaciones de la gran vía donde tu destino te lleva.

¡Ven, elevemos nuestras almas; planea un instante conmigo mediante el pensamiento, entre los soles y los mundos! ¡Más alto, siempre más alto en el éter insondable! Allá abajo, la Tierra no es más que un punto en la vasta extensión. Ante nosotros y por sobre nosotros, los astros se multiplican. Por todas partes, esferas de oro y brillos de esmeraldas, záfiro, amatistas y turquesas describen sus movimientos rítmicos. Hacia nosotros boga un astro enorme, arrastrando cien mundos planterios en su órbita, cien mundos que evolucionan en sabias elipses. Apenas entrevisto, helo aquí que ya huye, siguiendo su carrera, con su espléndido cortejo³³.

Detrás de ellos se presentan diez soles de diferentes colores, agrupados en una atmósfera luminosa que les rodea como una banda de gloria.

Y siempre, los sistemas suceden a los sistemas, paraísos o presidios flotantes, mágicos mundos envueltos de azul, de oro y de luz. Más lejos, los vagabundos cometas, las pálidas nebulosas de las cuales cada átomo es un sol en formación³⁴. Aprende una cosa: todos estos mundos son las moradas de otras sociedades de almas. La familia humana extiende su imperio por

³³ Las estrellas que, por las distancias que nos separan de ellas, parecen inmóviles, se mueven, en todos sentidos, en virtud de leyes poco conocidas. Formidables movimientos arrastran a cada foco sideral en el torbellino del infinito. Nuestro sistema solar corre a gran velocidad hacia la constelación Hércules y franquea en 65.000 años una distancia igual a la que nos separa de la estrella que tenemos más próxima, la "a" de la constelación Centauro. Nuestro astro central no es más que uno de los más modestos soles: Canopo tiene un brillo 10.000 veces mayor; Arturo más de 8.000. Visto desde su superficie, nuestro deslumbrador Sol sería un punto imperceptible.

³⁴ Conforme a las observaciones telescópicas y a las fotografías celestes, la ciencia establece que nuestro Universo se compone de mil millones de estrellas. Camille Flammarion cree que este Universo no es el único. Nada -dice- nos prueba que estos mil millones de estrellas sean las únicas que existen en el infinito y que, por ejemplo, no aya un segundo, un tercero, un cuarto y cien mil universos parecidos a los otros. Estos universos pueden estar separados por espacios absolutamente vacíos, desprovistos de éter y, por consiguiente, invisibles los unos a los otros. Hasta parece que ya conocemos estrellas que no pertenecen a nuestro Universo sideral. Podemos citar, por ejemplo, con Nerveambe, la estrella 1830 del catálogo de Groombridge, la más rápida de todas aquellas cuyo movimiento ha sido determinado. Se evalúa a éste en 320.000 metros por segundo, y la fuerza de atracción de nuestro Universo entero no es posible que haya determinado esta velocidad. Según toda probabilidad, esta estrella viene de fuera y atraviesa nuestro Universo como un proyectil. Lo mismo puede decirse de la 9.352 del catálogo de Lacaille y hasta de Arturo, la cuarta en tamaño de las estrellas visibles y de "u" de la constelación Casiopea (conferencia de agosto de 1906).

Añadamos que la potencia de la Naturaleza no tiene límites, tanto en extensión como en duración. La luz, que recorre 300.000 kilómetros por segundo, emplea 20.000 años para atravesar la Vía Láctea, hormiguero de estrellas del que formamos parte. Estas familias o nebulosas son innumerables, descubriéndose la existencia de otras cada día. Por ejemplo, la segunda de Orión, cuya extensión espanta a la imaginación. Vivimos en el seno de un absoluto sin límites, sin principio ni fin.

todas partes; hasta en las lejanas estrellas, cuyas temblorosas luces emplean miles de años para llegar hasta nosotros; por todas partes tenemos hermanos celestes. Todas estas moradas estamos destinados a conocerlas y disfrutarlas. Nosotros reviviremos en esas tierras del espacio, en nuevos cuerpos, a fin de adquirir fuerzas, conocimientos, más grandes méritos y elevarnos más alto aún en nuestro perpetuo andar.

Estos mundos son otras tantas escuelas para el alma, campos de evolución para cultivar nuestra inteligencia y, al mismo tiempo, construimos organismos fluídicos más y más delicados, depurados y perfectos. Después de las luchas, las tormentas y los reveses de mil arduas existencias; después de las pruebas y los dolores de los ciclos planetarios, vendrán los siglos de dicha sobre esos astros de felicidad cuyas dulces claridades proyectan hasta nosotros rayos de paz y alegría. Después, las gloriosas misiones, los nobles apostolados, la honrosa tarea de provocar el despertar, el desarrollo de las almas dormidas y ayudar, igualmente, a nuestras hermanas más jóvenes en sus peregrinaciones a través de las regiones materiales.

¡Finalmente, alcanzaremos las sublimes alturas, el cielo de éxtasis donde vibra más potente y melodiosa la divina idea; donde el tiempo y el espacio se desvanece y la luz y el amor unen sus radiaciones; donde la Causa de las causas en su incesante fecundidad produce para siempre la vida eterna y la eterna belleza!

En nuestros días, el cielo ya no puede ser lo que fue durante tanto tiempo para la ciencia humana, es decir, un espacio vacío, triste y desierto. El infinito se anima y se transforma. El círculo de nuestra vida se agranda en todos los sentidos. Por mil lazos nos sentimos unidos. La vida del cielo es la nuestra; su historia es nuestra historia. Se abren fuentes desconocidas de sensación, de meditación. El porvenir toma ante nuestros ojos un carácter completamente diferente. Una profunda impresión nos invade ante la idea de tan grandes destinos. Nos encontramos unidos para siempre a todo lo que vive, ama y sufre. De todos los puntos del espacio, de todos esos astros que brillan en la inmensidad, parten voces que nos llaman, las voces de nuestros hermanos mayores que nos dicen: Anda, anda, elévate por el trabajo; haz el bien; cumple el deber. Ven a nosotros que, como tú, hemos penado, luchado y sufrido en los mundos de la materia. ¡Ven a proseguir con nosotros la ascensión hacia Dios!

Desde los Espacios majestuosos fijemos nuestras miradas sobre la Tierra. A pesar de sus modestas proporciones, ella tiene -nosotros ya lo sabemos- sus encantos, su belleza. Cada lugar tiene su poesía, cada paisaje su expresión y cada valle su sentido particular. La variedad es tan grande en las praderas de nuestro mundo como en los campos estrellados.

¡El verano es la sonrisa de Dios! Nada más suave y embriagador que un

hermoso día donde todo es caricia, dulzura y luz. La florecilla escondida entre la hierba, el pez que se desliza entre las aguas haciendo centellear al sol sus plateadas escamas, el pájaro que emite sus notas desde lo alto del ramaje, el murmullo de las fuentes, la misteriosa canción de los álamos y los olmos, el salvaje perfume de las éricas, todo esto mece al pensamiento y alegra al corazón. Lejos de las ciudades, se encuentra la profunda calma que penetra al alma, la separa de las luchas y de las decepciones de la vida. Solamente entonces se comprenden bien estas grandes palabras: "¡El ruido es de los hombres; el silencio es de Dios!"

La contemplación y la meditación provocan el despertar de las facultades psíquicas y, por ellas, un mundo invisible se abre a nuestras percepciones. Yo he probado, en el transcurso de esta obra, de expresar las sensaciones recibidas desde lo alto de las montañas o desde la orilla de los mares, de describir el encanto de los crepúsculos y las auroras, la serenidad de los campos bajo el regio esplendor del sol, lo maravilloso de los claros de luna, el enigma de las aguas y de los bosques. Hay momentos de éxtasis en los que el alma se lanza fuera de su envoltura y abraza a lo infinito, horas de intuición y entusiasmo en las que el influjo divino nos invade como irresistible ola, en la que la idea suprema vibra y palpita en nosotros y en la que brilla por un instante el rayo del genio. Estas inolvidables horas yo las he vivido algunas veces y, en cada una de ellas, me he cerciorado de la visita, de la penetración del Espíritu. A ellas les debo la inspiración de mis más bellas páginas, de mis mejores discursos.

El que se recoge en el silencio y la soledad ante los espectáculos de la mar o de las montañas, siente nacer, subir y desarrollarse en él imágenes, pensamientos y armonías que le embelesan, encantan y consuelan de las miserias terrestres, abriéndole las perspectivas de la vida superior. Comprende entonces que el pensamiento divino nos rodea y penetra cuando, lejos del torbellino de la sociedad, sabemos ofrecerle nuestras almas y corazones.

Ciertamente, se me podrían hacer muchas objeciones. Por ejemplo, se me ha manifestado: Hace usted resaltar las bellezas de la Naturaleza, pero no muestra sus fealdades. Ella no tiene solamente sonrisas y caricias: tiene también sus cóleras y furores. Usted no habla de los monstruos ni de las plagas que la azotan. ¿Qué utilidad encuentra usted en la existencia de los animales de presa, de los reptiles y de las plantas venenosas? ¿Por qué las convulsiones del suelo, las catástrofes, las epidemias y todos los males que engendran el sufrimiento humano?

Fácil me será el responder a estas objeciones. Lo bello -diré- necesita contrastes. Todos los artistas, pensadores y escritores de valía lo saben. Y cuando se constata que en el conjunto de los mundos la Tierra ocupa uno de los grados inferiores; que ella es, ante todo, para los Espíritus jóvenes, una

escuela, una estancia de lucha, de prueba y, a veces, de reparación, ¡cómo extrañarse de que no esté dotada de todas las bellezas que poseen los mundos superiores!

Los peligros, los obstáculos y dificultades de todas clases son esenciales factores de progreso, otros tantos agujones que estimulan al hombre en su camino, otras tantas causas que le obligan a observar, a ingeniarse y ser previsor y comedido en sus actos. El principio de la educación de las almas reside en la obligada alternativa del placer y del dolor. De ahí la necesidad de los seres, desde los más rudimentarios hasta los más desarrollados, de luchar y sufrir. El progreso no podría realizarse sin el indispensable equilibrio de los sentimientos opuestos: alegrías y penas, que alternan en el ritmo grandioso de la vida. Pero es sobre todo el dolor, físico y moral, quien forma nuestra experiencia; la sabiduría humana constituye el premio.

En cuanto a los movimientos sísmicos, a las tempestades y las inundaciones, reparemos en que tienen sus leyes. A estas leyes basta conocerlas para prever y atenuar sus efectos. Cuando se estudian los fenómenos de la Naturaleza y el pensamiento penetra en el fondo de las cosas, se reconoce que lo que es un mal en apariencia no es en realidad más que un bien³⁵.

La grandeza del Espíritu humano consiste en elevarse de la confusión del caos y de las contingencias a la concepción del orden general. Entonces puede sentirse seguro ante los peligros del mundo, ya que ha comprendido las grandes leyes que, al precio de algunos accidentes, aseguran el equilibrio de la vida y la salvación de las razas humanas.

El hombre en quien el sentido profundo de las cosas divinas no se ha despertado aún, en una palabra, el escéptico, sea el que fuere su talento y su saber en otras materias, se rehúsa a admitir estas cosas. Sería tan inútil el insistir ante él, como explicar a un ciego de nacimiento las puestas de sol y las auroras, los juegos de la luz sobre las aguas o los ventisqueros. Necesitará forzosamente los golpes de la adversidad, el concurso de las dolorosas circunstancias que le pondrán en contacto directo con su destino y le harán conocer, al mismo tiempo, la utilidad del sufrimiento, las nociones de sacrificio y esperanza por las cuales la vida toma su aspecto real y elevado.

Solamente entonces podrá penetrar el gran misterio del Universo y comprender que todo tiene su razón de existir, que el dolor tiene su objeto y que nosotros podemos sacar buen partido de todo: de la prueba, la enfermedad y hasta de la muerte, ya que, según el uso que de esos factores hagamos, pueden concurrir a nuestro adelanto, a nuestro mejoramiento moral. Desde entonces, la confianza y la fe le ayudarán a soportar pacientemente lo inevitable, a abolir la pena actual y a sufrir con serenidad.

³⁵ Ver: *Después de la Muerte*, capítulo 9.

El conocimiento de la ley le traerá la certidumbre de días mejores y de un porvenir sin fin.

Desde ese momento su vida, tan triste, trivial y vacía se aclarará con un rayo de luz y de poesía, puesto que la verdadera poesía la constituye el resonar íntimo en nosotros de la sinfonía eternal y el acorde de nuestras ideas, sentimientos y actos con la regla de nuestro destino.

Hablando como lo he hecho en el transcurso de estas páginas, seré acusado, sin duda, por más de uno, de ser proclive al misticismo. Mas todos aquellos cuya sensibilidad y juicio se han despertado o desarrollado bajo los choques de las pruebas y de las luchas de la existencia, sabrán comprenderme.

Ciertos Espíritus inmaduros están inclinados a tratar de místicos, alucinados o visionarios a todos aquellos cuyas percepciones sobrepasan el limitado círculo de sus ideas comunes. Se consideran gentes muy positivistas y prácticas, cuando en realidad las almas evolucionadas, liberadas de los prejuicios y de las pasiones y desdeñosas de los pequeños intereses materiales, son las únicas que tienen la intuición de las grandes y superiores realidades de la vida, de esas realidades elevadas que, ocultas bajo la penumbra de los sectarismos, la rutina y todos los convencionalismos de la vida social, escapan aún al común de los hombres.

Resumiendo: la Naturaleza y el alma humana son hermanas, mas con la diferencia de que una evoluciona invariablemente según un plan establecido, mientras que la otra traza ella misma, sobre una página en blanco, las grandes líneas de su destino. Son hermanas, puesto que las dos provienen de una misma causa etérea y mil lazos las unen. Es esto lo que explica el imperio de la Naturaleza sobre nosotros. Ella obra sobre las almas sensibles como un magnetizador sobre su sujeto, provocando el desprendimiento del Espíritu de su crisálida de carne. Entonces, en la plenitud de sus facultades psíquicas, el alma percibe un mundo superior y divino que escapa a la mayoría de las inteligencias.

No olvidemos nunca esto. Todo lo que cae bajo los sentidos físicos, todo lo que se debe al dominio material es pasajero, está sometido a la destrucción, a la muerte. Las realidades profundas y eternas pertenecen al mundo de las causas, al dominio de lo invisible. Nosotros mismos perteneceremos a ese mundo por la parte imperecedera de nuestro Ser.

Con todo, poco a poco la experimentación psíquica y los descubrimientos que de ella se desprenden se propagan y extienden. El conocimiento del doble fluídico del hombre, su acción a distancia antes y después de la muerte, la aplicación de las fuerzas magnéticas y la entrada en escena de las potencias invisibles viene a demostrar, a todo observador atento, que el mundo de los sentidos es una pobre y oscura prisión comparado con el

dominio inmenso y radioso abierto al Espíritu³⁶.

Los sentidos psíquicos y las facultades profundas del alma están adormecidos aún en la mayoría de los hombres, que ignoran sus escondidas riquezas y su latente poder. Por esto sus actos no tienen base ni punto de apoyo. De ahí tantas debilidades y desfallecimientos; pero la hora del despertar se acerca. El hombre aprenderá a conocer su alma y la extensión de sus poderes y sus atributos; desde entonces, la separación y la muerte dejarán de existir para él; la mayoría de las desgracias que nos sitian desaparecerán. Nuestros amigos del Espacio vendrán más fácilmente a visitarnos, a corresponder con nosotros. Una comunión íntima se establecerá entre el Cielo y la Tierra y la humanidad entrará en una fase más elevada y bella de sus gloriosos destinos.

Antes de terminar este libro, con mi vista debilitada por el trabajo, dirijo aún una mirada hacia esos cielos que me atraen y sobre esta Naturaleza que amo. Saludo a los mundos que serán más tarde nuestra recompensa: Júpiter, Sirio, Orión, las Pléyades y esas miríadas de focos cuyos temblorosos rayos han derramado tantas veces en mi alma ansiosa la paz serena y los inefables consuelos.

Después de observar el espacio, bajo los ojos hacia esta Tierra a la que amo y que será mi tumba. ¡Oh, Tierra!, planeta, nuestra madre, campo de nuestros comunes trabajos, de nuestro progreso, de nuestros sufrimientos y donde, lentamente, a través de la oscuridad de las edades, mi conciencia se ha desarrollado con la conciencia de la humanidad; tú flotas en el infinito, mecida por el soplo divino; tú esparces a tu alrededor las vibraciones potentes de la vida que se agitan en ti. Parece una confusa armonía hecha de rumores y gemidos, una armonía que sube del seno de los mares y de los continentes, de los valles y las selvas, de los ríos y de los bosques, y a la que se mezcla la queja humana; murmullo de pasiones, acentos de dolor, ruidos de trabajo y cantos fiestas, gritos de furor y choques de ejércitos. A veces, también, notas solemnes y graves dominan sobre estos rumores; la melodía humana reemplaza a las armonías de la Naturaleza y el ruido de las fuerzas en acción; el cántico del alma, liberada ésta de las servidumbres inferiores, indica la luz. Un canto de esperanza sube hacia Dios como un hosanna, como una plegaria.

Es tu alma ¡oh, Tierra!, que despierta y hace un esfuerzo para romper su negra envoltura, para mezclar su centelleo y su voz con las radiaciones y las armonías de los mundos siderales. Es tu alma que canta al alba renaciente de la humanidad, pues ésta se despierta a su vez, sale de su noche material, del abismo de sus orígenes. El alma de la humanidad, que es de la Tierra, se busca, aprende a conocerse, a penetrarse de su razón de

³⁶ Véanse las Notas Complementarias 4, 5 y 6 en esta misma obra, y mis libros *En lo Invisible* y *El Problema del Ser y del Destino*.

existir; ella presiente sus grandes destinos; ella quiere realizarlos.

¡Prosigue tu carrera, Tierra a la que amo! Muchas veces mi Espíritu ha extraído de tus elementos las formas necesarias para su evolución. Durante varios siglos, ignorante y bárbaro, he recorrido tus senderos, tus bosques, he bogado sobre tus océanos, no sabiendo nada de las cosas esenciales ni del fin a perseguir.

Mas he aquí que al llegar al atardecer de la vida, a esta hora crepuscular en la que una nueva etapa se acaba, donde las sombras suben a porfía y lo cubren todo con sus melancólico velo, considero el camino recorrido; dirijo mis miradas adelante, hacia el paso que se va a abrir para mí en el Más Allá y sus eternas claridades.

En esta hora en la que mi alma se desprende poco a poco de sus ataduras, ¡oh, Tierra!, y se prepara a abandonarte, ella comprende el fin y la ley de la vida. Consciente de tu misión y de la mía, reconociendo tus beneficios, sabiendo por qué soy, por qué obro y cómo debe obrarse, yo te bendigo, ¡oh, Tierra!, por todos los goces y todos los dolores, por las saludables pruebas que me has procurado, pues en todo lo que te debo: sensaciones, emociones, placeres y sufrimientos, reconozco los instrumentos de mi educación, de mi elevación. Yo te bendigo y te amo. Con felicidad he de dejarte al pensar que volveré más tarde, en una nueva existencia, a trabajar y sufrir, a perfeccionarme contigo y a contribuir con mis esfuerzos a tu progreso y al de mis hermanos, que son también tus hijos.

NOTAS COMPLEMENTARIAS

1. Sobre la necesidad de un motor inicial para explicar los movimientos planetarios

Sobre este tema, el profesor Bulliot escribe en la *Revista del Bien*:

"Forzosamente -decía Aristóteles-, todos los seres que componen la Naturaleza se dividen, *a priori*, en tres categorías: la de quienes reciben el movimiento sin darlo; la de los que lo reciben y lo transmiten a otros cuerpos, quedando como simples agentes de transmisión, y, por último, las fuentes productoras del movimiento que dan su potencia sin recibir nada de fuera. La necesidad de buscar fuera de los cuerpos la fuente primera de los movimientos que los animan, es evidente en la hipótesis estrictamente mecánica de Descartes, siguiendo la cual los cuerpos privados de toda actividad propia, viven absolutamente pasivos, librados como están a las impulsiones exteriores. Pero, sea cual fuere la hipótesis que se formule sobre la naturaleza íntima de la materia, ella basta para justificar la necesidad de recurrir a un primer motor y encontrar dentro del cuerpo un movimiento o una clase de movimientos que no se explican con las fuerzas ordinarias.

"Ahora bien, esta clase de movimientos se encuentran realizados en las revoluciones de los planetas que gravitan alrededor del Sol, centro del sistema. Este movimiento de traslación, casi circular o elíptico, es debido al concurso de dos fuerzas: una de gravitación, que tiende sin cesar a atraer a los planetas hacia el Sol, siguiendo la vertical, y otra centrífuga que tiende a lanzarlos lejos en línea recta, siguiendo la tangente a la órbita. Mas, ¿de dónde viene esa fuerza centrífuga? Únicamente de una impulsión primitiva, dada de una vez para siempre al planeta, al origen de sus revoluciones por una causa extraña. Esta impulsión es de todo punto análoga a la que un niño comunicaría a una piedra al arrojarla con una onda. Ninguna fuerza natural podría explicarla. Por eso Newton no titubea en pronunciar estas grandes palabras al final de su *Naturalis philosophiae principia mathematica*: "El mundo no se explica por las leyes de la mecánica". En un entusiasta arranque, su gran alma se vuelca hacia Dios, único que ha podido, con su potente mano, lanzar los mundos sobre la tangente de su órbita. Nunca la ciencia humana, como tampoco el genio del hombre se ha elevado tan alto como en esta página célebre, digno coronamiento de este libro grandioso.

"Con Kant y Laplace, la astronomía da un nuevo paso hacia adelante. Ambos establecen la hipótesis de una vasta nebulosa animada de un potente movimiento de rotación sobre sí misma. A causa de este movimiento, los planetas se desprenden uno a uno, como por sí mismos, de la masa común, cuya parte central da por fin nacimiento al Sol.

"Desde entonces, parece que todo cambia y que la idea de Dios es ajena a la astronomía. Laplace no pronuncia ni una vez siquiera este nombre. Mas, aun bajo el estrecho punto de vista de la explicación de los hechos, ¿es fundado este silencio? De ninguna manera. La cuestión ha quedado, para nosotros, tal como la dejó Newton. Antes como después de formulada la hipótesis de la nebulosa, el problema subsiste. Si nada hace equilibrio a la gravedad siempre presente y obrante, los planetas caen, se precipitan en línea recta hacia el Sol. O, más bien dicho, nada les hace desprenderse de la nebulosa común. Sólo el movimiento giratorio de ésta puede producir la fuerza centrífuga indispensable. Mas, en este caso se plantea de nuevo y en los mismos términos el gran problema ineluctable que vanamente se trataba de pasar en silencio: ¿Qué causa el movimiento giratorio que da equilibrio al peso?

"Kant solamente se ha atrevido a contestar: la gravedad y las fuerzas repulsivas desarrolladas por los choques interatómicos. Kant no era ningún matemático, y lo demuestra demasiado bien aquí. En virtud del principio mismo de la igualdad de la acción y de la reacción, las moléculas, después del choque desarrollan la misma fuerza viva en una dirección que en otra, de izquierda a derecha como de derecha a izquierda. Por consiguiente, son incapaces de engendrar en la nebulosa la más mínima rotación de conjunto.

"Inmóvil al principio, la nebulosa seguirá eternamente inmóvil y, falta de fuerza viva, no se formarían los planetas. Si éstos no se han desprendido de la masa central, es que ésta giraba sobre sí misma, y, si giraba, es que la misma fuerza creadora, a la que evocaba ostensiblemente Newton, le había impreso este movimiento al formarla.

"Wolf y Puiseux, astrónomos del Observatorio de París, al ser interrogados no han tenido ninguna dificultad para reconocerlo: 'La hipótesis invocada por Kant -dijo Puiseux- debe mirarse como inaceptable'. 'Es necesario un primer motor' -escribió Wolf. Esta es también la opinión de Camille Flammarion, reflejada en sus obras.

"Y en el fondo, implícitamente, Laplace no dice quizá otra cosa, pues, si bien no nombra a Dios claramente, habla de una nebulosa en estado giratorio y, repetidas veces, escribe que, en su movimiento de conjunto, la suma de las aureolas descritas por sus moléculas alrededor del eje, es necesariamente nula. Así pues, él también, como Newton, reconocíase incapaz de explicar los movimientos del sistema solar por las solas leyes de la mecánica".

2. Sobre las fuerzas desconocidas

He aquí lo que dice, sobre este importante punto, Gustave Le Bon³⁷:

"Remontándonos hasta las causas de la emisión de los fluidos que se pueden desprender de todos los cuerpos con rapidez vertiginosa, constataríamos la existencia de una energía intra-atómica, desconocida hasta ahora y que, sin embargo, aventaja a todas las fuerzas conocidas por su colosal grandeza. No sabemos aún extraerla sino en cantidad bastante pequeña, pero del cálculo de esta cantidad se puede deducir que, si fuera posible el desprender enteramente toda la energía contenida en un gramo de una materia cualquiera, ella podría producir un trabajo igual al obtenido por la combustión de varios millones de toneladas de carbón. La materia se nos presenta como un enorme depósito de energía. La constatación de la existencia de esta nueva fuerza ignorada durante tanto tiempo, a pesar de su formidable grandeza, nos revelará inmediatamente la aún tan misteriosa fuente de la energía manifestada por los cuerpos durante su radiactividad".

3. Sobre la música de las esferas

"La vibración solar -dice Azbel en su *Harmonie des mondes*, p. 22-, proyecta las expansiones esféricas de las armónicas de su fundamental a través del espacio, no solamente bajo la forma aparente de planetas invisibles, sino en principio y esencialmente bajo la expresión eterizada de ondas armónicas, siguiendo la progresión regular 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, etcétera. Por las corrientes activas de estas ondas los cuerpos planetarios se mueven y giran, y por las corrientes circulares -especie de concavidad de olas formadas en los nudos de conjunción de sucesivas ondas compuestas- estos cuerpos, al mismo tiempo, se orientan alrededor de la vibración principal.

"Sin embargo, los cuerpos planetarios están sometidos a las multiplicidades de sus estéticas particulares de volumen, masa o densidad, además de sus revoluciones elípticas, etcétera, que se conjugan para modificar más o menos sus itinerarios teóricos. De lo que resulta que aviaaciones consecuentes aparecen por momentos como desviaciones, pero cuyo cálculo estético permite, aquí, percibir el carácter armónico, al lado del simple carácter matemático".

Siguen numerosas figuras, cuadros y gráficos muy detallados.

³⁷ *Revue Scientifique et Morale du Spiritisme*, 17 de octubre de 1903.

4. Sobre el Espiritualismo experimental o Espiritismo

El Espiritismo atrae ahora más que nunca la atención pública. Frecuentemente se habla de casas encantadas, de fenómenos ocultos, de apariciones, de materializaciones de Espíritus. La ciencia, la literatura, el teatro y la prensa se ocupan a su vez de él, y los experimentos del Instituto Psíquico, las revelaciones del gran publicista inglés William Stead, el testamento de William James, las informaciones abiertas por algunos periódicos parisienses dan a esta cuestión un carácter de constante actualidad.

Examinemos, pues, este problema, y busquemos por qué este Espiritismo enterrado tan a menudo, reaparece sin cesar y ve crecer, día a día, el número de sus partidarios.

¿No es esto una cosa extraña? Quizá nunca se ha producido en la historia nada semejante. Jamás se había visto un conjunto de hechos, considerados en el primer momento como imposibles, que haya originado en el pensamiento de la mayoría de los hombres tanta antipatía, desconfianza y desdén, pues estaban expuestos a la hostilidad de varias instituciones seculares, mas terminando por imponerse a la atención y convicción de hombres instruidos, competentes y autorizados por sus obras y su carácter. Y estos hombres, primeramente escépticos, se han visto obligados por sus estudios, investigaciones y experimentos a reconocer y afirmar su realidad.

El ilustre sabio inglés William Crookes, conocido en el mundo entero por el descubrimiento de la materia radiante, quien durante tres años obtuvo en su casa materializaciones del espíritu Katie King, en condiciones de riguroso control, decía, refiriéndose a estas manifestaciones: "Yo no digo que esto es posible; yo digo: esto es".

Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham, miembro de la Academia Real, escribía: "Me he visto obligado a creer en la certidumbre de la existencia futura por pruebas que descansan sobre bases puramente científicas".

Frederick W. H. Myers, el profesor de Cambridge, a quien el Congreso Oficial Internacional de Psicología de París, en 1900, eligió presidente de honor, en su hermosa obra *La Personalidad Humana* sienta la conclusión de que llegan a nosotros desde el más allá de la tumba voces y mensajes. Hablando del médium, la señora Thompson, escribe: "Yo creo que la mayor parte de estos mensajes vienen de Espíritus que se sirven temporalmente del organismo de los médiums para comunicarnoslos".

El célebre profesor Lombroso, de Turín, declaraba en *Lettura*: "Los hechos en casas encantadas, en las cuales durante años se producen apariciones o ruidos relacionados con el relato de trágicas muertas y observados sin la presencia de médiums, abogan en favor de la acción de los fallecidos.

"Se trata a menudo de casas deshabitadas en las que estos fenómenos se producen a veces durante muchas generaciones e incluso siglos"³⁸.

Boutroux, el filósofo tan conocido, en brillantes conferencias ha disertado sobre los Espíritus y las comunicaciones medianímicas asegurando que "la puerta subliminal es la abertura por donde lo divino puede entrar en el alma humana". "A veces -agrega- las revelaciones son tan extrañas que parece verdaderamente que el sujeto esté en comunicación con otros seres distintos a los que le son normalmente accesibles"³⁹.

William James, rector de la Universidad de Harvard, de Nueva York, el eminente psicólogo que acaba de fallecer, afirmaba la verosimilitud de las comunicaciones de los difuntos en su estudio aparecido en 1909 en los *Proceedings*, refiriéndose a su fallecido amigo Hodgson, con quien acababa de conversar por medio de la señora Piper. El escribía que: "Estos fenómenos dan la impresión irresistible de que se trata realmente de la personalidad de Hodgson con su propia característica, y el sentimiento de los asistentes era de que conversaban con el verdadero Hodgson"⁴⁰.

En América es donde encontramos el foco del Espiritismo, o Espiritualismo Moderno. En realidad se encuentran los fenómenos de ultratumba en la base de todas las grandes doctrinas del pasado. En casi todos los tiempos, el mundo de los vivos ha tenido relación con el mundo de los invisibles. Pero en la India, en Egipto y Grecia, este estudio era el privilegio de un pequeño número de investigadores e iniciados, siendo los resultados del mismo mantenidos cuidadosamente ocultos.

Para hacer este estudio posible a todos; para dar a conocer las verdaderas leyes que rigen al Mundo Invisible; para enseñar a los hombres a ver en estos fenómenos, no un orden sobrenatural de cosas, sino un dominio ignorado de la Naturaleza y de la vida, se necesitaba el inmenso trabajo de los siglos, de los descubrimientos de la ciencia, todas las conquistas del espíritu humano sobre la materia; se necesitaba que el hombre conociese su verdadero lugar en el Universo, que aprendiese a medir la debilidad de sus sentidos y su impotencia para explorar, por ellos solos y sin auxilio, todos los dominios de la Naturaleza viviente.

La ciencia con sus invenciones ha atenuado esta imperfección de nuestros órganos. El telescopio ha abierto a nuestra mirada los abismos del espacio; el microscopio nos ha revelado lo infinitamente pequeño. La vida se nos ha mostrado en todas partes: en el mundo de los infusorios como en la superficie de los globos gigantes que ruedan por las profundidades de los cielos. La física ha descubierto las leyes que regulan la transformación de las fuerzas, la conservación de la energía y las que mantienen el equilibrio

³⁸ Véase *Annales des Sciences Psychiques*, de febrero de 1909.

³⁹ *Annales des Sciences Psychiques*, 16 de junio de 1910.

⁴⁰ *Revue Scientifique et Morale du Spiritisme*, octubre de 1910, p. 212.

de los mundos. La radiactividad de los cuerpos ha revelado la existencia de potencias ignoradas e incalculables: rayos X, ondas hertzianas, radiaciones de toda naturaleza y de todos los grados. La química nos ha hecho conocer las combinaciones de la sustancia. El vapor y la electricidad han venido a revolucionar la faz del globo, facilitar las relaciones de los pueblos y las manifestaciones del pensamiento, a fin de que la idea se irradie y propague por todos los ámbitos del globo terrestre.

Hoy, el estudio de lo invisible viene a completar esta magnífica ascensión del pensamiento y de la ciencia. El problema del Más Allá se levanta ante el Espíritu humano con potencia y autoridad.

Hacia el fin del siglo 19, el hombre, engañado por todas las teorías contradictorias, por todas las hipótesis incompletas con las cuales se ha querido nutrir su pensamiento, se dejaba arrastrar hacia la duda; perdía, día a día, la noción de la vida futura. Entonces fue cuando el Mundo Invisible llegó hasta él, persiguiéndolo hasta en sus mismas moradas. Por diversos medios, los muertos se manifestaron a los vivos. Las voces de ultratumba hablaron. Los misterios de los santuarios orientales, los fenómenos ocultos de la Edad Media, después de un prolongado interregno, se renovaron: el Espiritismo había nacido.

Más allá de los mares, en un mundo joven, rico en energía vital, de expansión ardiente, menos sujeto que la vieja Europa al espíritu de rutina y a los principios del pasado, es donde se han producido las primeras manifestaciones del Espiritualismo Moderno. De allí se han esparcido por el globo entero. Esa elección era extremadamente juiciosa. La libre América era seguramente el país más propicio para una obra de difusión y de renovación. Por esto cuenta hoy con veinte millones de *moderno espiritualistas*.

Mas, de un lado como del otro del Atlántico las fases de progresión de la idea espírita, aunque con diversas intensidades, han sido las mismas.

En los dos continentes, el estudio del magnetismo y los fluidos había preparado a ciertos Espíritus para la observación del Mundo Invisible.

Primeramente se produjeron hechos extraños en todas partes, hechos de los que solamente se osaba hablar en voz baja, en la intimidad. Después, poco a poco, el tono se fue elevando. Hombres de talento, sabios cuyos nombres son otras tantas garantías de honorabilidad y de sinceridad, se atrevieron a hablar en voz alta de estos hechos, confirmándolos. Se habló de hipnotismo, de sugestión; vinieron luego la telepatía, los casos de levitación y todos los fenómenos del Espiritismo.

Se agitaban mesas como en danzas locas, se trasladaban muebles de un sitio a otro sin contacto, resonaban golpes en las paredes y muebles. Todo un conjunto de hechos se producían, manifestaciones vulgares en apariencia, pero perfectamente adaptadas al ambiente terrestre, al estado de espíritu positivo y escéptico de la sociedad moderna.

El fenómeno hablaba a los sentidos, ya que los sentidos son las aberturas por donde el hecho penetra hasta el entendimiento. Las impresiones producidas sobre el organismo despiertan sorpresa, provocan la investigación y conducen a la convicción. De ahí el encadenamiento de los hechos, la marcha ascendente de los fenómenos.

En efecto: después de una primera fase material y grosera, las manifestaciones ofrecieron un nuevo aspecto. Los golpes se regularizaron, presentándose como un modo o medio de comunicación inteligente y consciente; la escritura automática se propagó. La posibilidad de relaciones entre el mundo invisible y el visible apareció como un hecho inmenso, trastornando y quebrantando -las ideas recibidas- a todas las enseñanzas habituales, pero abriendo sobre la vida futura una brecha que el hombre aún vacilaba en franquear, deslumbrado como estaba por las perspectivas que se abrían ante él.

Al mismo tiempo que se propagaba, el Espiritismo veía levantarse contra él numerosas oposiciones. Como todas las ideas nuevas tuvo que afrontar el desprecio, la calumnia, la persecución moral. Como el ideal cristiano en sus comienzos, fue abrumado por injurias y amarguras. Lo mismo ha ocurrido siempre. Cuando nuevos aspectos de la verdad aparecen a los hombres, siempre provocan asombro, desconfianza, hostilidad.

Esto es fácil de comprender. La humanidad ha agotado las viejas formas del pensamiento y de la creencia, y cuando inesperados aspectos de la verdad se revelan, parecen responder poco al ideal antiguo que está debilitado, mas no muerto. Por eso se necesita un largo período de examen, de reflexión, de incubación para que la idea nueva avance dentro de la opinión. De ahí las luchas, las incertidumbres, los sufrimientos de la primera hora.

Han sido objeto de muchas burlas las formas que revestía el Nuevo Espiritualismo. Las potencias invisibles que velan sobre la humanidad son mejores jueces que nosotros al respecto de los medios de acción que conviene adoptar, según los tiempos y las circunstancias, para volver al hombre al sentimiento de su deber y de su destino, y eso sin coartar su libre arbitrio, pues esto es lo principal: es necesario que la libertad del hombre quede intacta.

La voluntad superior sabe apropiarse a las necesidades de una época y de una raza las formas nuevas de la eterna revelación. Ella suscita en el seno de las sociedades los pensadores, los experimentadores y los sabios que indicarán el camino a seguir y pondrán los primeros jalones. Su obra se desarrolla lentamente. Débiles e insensibles son los primeros resultados, mas la idea penetra poco a poco en las inteligencias. El movimiento, aunque pasa desapercibido, no es por ello menos seguro y profundo.

En nuestra época la ciencia había llegado a ser la dueña soberana, la directriz del movimiento intelectual. Cansada de las especulaciones

metafísicas y de los dogmas religiosos, la humanidad reclamaba pruebas sensibles, bases sólidas sobre las que se pudieran asentar sus convicciones. Ella se dedicaba al estudio experimental, a la observación de los hechos, como a una tabla de salvación. De ahí el gran crédito de los hombres de ciencia en la hora actual, y de ahí, también, que la revelación haya tomado el carácter científico. Con hechos materiales han llamado la atención de los hombres que, a su vez, se hallaban supeditados a lo material.

En efecto, a medida que el Nuevo Espiritualismo ganaba terreno, los fenómenos se transformaban. Las manifestaciones groseras del principio se afinaban, revistiendo un carácter más elevado. Los médiums recibían, por la escritura, de una manera mecánica o intuitiva, mensajes, inspiraciones de una procedencia desconocida. Instrumentos de música sonaban por sí solos. Oíanse voces y cantos; penetrantes melodías parecían descender del cielo y turbaban a los más incrédulos. La escritura directa se producía entre dos pizarras acopladas y selladas. Fenómenos de incorporación permitían a los difuntos tomar posesión del organismo de un sujeto dormido y hablar con aquellos a quienes habían conocido en la Tierra. Gradualmente, y como continuación de un desarrollo calculado, los médiums videntes y parlantes aparecieron.

En fin: los habitantes del Espacio, revestidos de envolturas temporales, vinieron a mezclarse con los humanos, viviendo unos instantes su vida material y terrestre y dejándose ver, tocar, fotografiar, dejando huellas de sus manos y de sus caras y desvaneciéndose enseguida para regresar a su vida etérea.

De esta manera, desde hace medio siglo se ha producido un encadenamiento de hechos, desde los más inferiores y vulgares hasta los más elevados, según el grado de evolución de las Inteligencias que intervenían; se ha desarrollado todo un orden de manifestaciones bajo la mirada de atentos observadores.

También, a pesar de las dificultades de la experimentación, de los casos de impostura y los diferentes modos de explotación de que, algunas veces, han sido pretexto estos fenómenos, la aprehensión y la desconfianza se han atenuado poco a poco; el número de los experimentadores ha ido creciendo.

Desde hace cincuenta años y en todos los países, el fenómeno espírita ha sido objeto de frecuentes investigaciones, emprendidas y dirigidas por comisiones científicas. Sabios escépticos, profesores célebres pertenecientes a todas las grandes universidades del mundo, han sometido estos hechos a un riguroso y profundo examen. Su intención era la de poner en claro lo que creían ser el resultado de engaños o alucinaciones. Pero casi todos, de incrédulos que eran, después de varios años de concienzudos estudios y persistente experimentación, han abandonado -recordémoslo- sus prevenciones, inclinándose ante la realidad de los hechos.

Las manifestaciones espíritas, constatadas por millares en todos los

puntos del globo, han demostrado que un mundo invisible se agita a nuestro alrededor y en el seno del Espacio; un mundo en el que viven, en estado fluídico, quienes nos han precedido sobre la Tierra, en la que han luchado y sufrido, constituyendo más allá de la muerte una segunda humanidad.

El Nuevo Espiritualismo se presenta hoy con un cortejo de pruebas y un conjunto de testimonios tan imponente que la duda no es ya posible para los buscadores de buena fe. Esto es lo que decía el profesor Challis, de la Universidad de Cambridge:

"Los testimonios han sido tan abundantes y perfectos y han salido de fuentes tan diferentes unas de otras y de tan grande número de testigos, que es preciso o admitir las manifestaciones tal como se las presenta o renunciar a la posibilidad de certificar cualquier hecho por medio de una deposición humana".

Por eso el movimiento de propagación se ha acentuado cada día más. En la hora actual asistimos a un verdadero florecimiento de la idea espírita. La creencia en el Mundo Invisible se ha difundido sobre toda la superficie de la Tierra. Por todas partes el Espiritismo tiene sus sociedades de experimentación, sus vulgarizadores y sus periódicos.

Si la filosofía, con sus especulaciones más atrevidas, había podido elevarse a la concepción de otro modo de existencia después de la muerte del cuerpo, la ciencia humana, en cambio, no había logrado la certeza experimental del hecho en sí. El mérito del Espiritismo es, pues, el de habernos proporcionado estas bases experimentales, probando lo posible de la comunicación, en determinadas condiciones de los vivos, con Inteligencias que han habitado entre nosotros antes de pasar al dominio de la vida invisible. Estas almas han podido proporcionar, en ciertos casos, la demostración de su intimidad y de su estado de conciencia.

Voy a citar un solo ejemplo entre los miles que existen. El doctor Richard Hodgson, quien falleció en diciembre de 1906, se comunicó después con su amigo James Hyslop, profesor en la Universidad de Columbia, entrando en minuciosos detalles sobre los experimentos y demás trabajos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, de la cual éste fue su presidente en la sección americana, explicando cómo debían llevarse a cabo, probando absolutamente con estos detalles su identidad.

Estas comunicaciones fueron transmitidas por la intermediación de diferentes médiums que no se conocían entre sí, confirmándose las unas con las otras. En ellas se encuentran las palabras y frases familiares al comunicante durante su vida.

Si los comienzos del Espiritismo han sido difíciles, si su marcha fue lenta y sembrada de obstáculos, desde hace diez años ha conquistado el derecho de ciudadanía. Se ha convertido en una verdadera ciencia, al mismo tiempo que en un cuerpo de doctrina, una filosofía general de la vida y del destino

basada sobre un conjunto imponente de pruebas experimentales a las cuales vienen a sumarse cada día hechos nuevos. Esta ciencia, esta doctrina nos demuestra con evidencia la realidad de un mundo invisible e inconmensurable poblado de seres vivos que, hasta ahora, habían escapado a nuestros sentidos. He aquí que nuevos horizontes se abren y las perspectivas de nuestro destino se ensanchan. Nosotros mismos pertenecemos por una parte de nuestro Ser -la más importante- a ese mundo invisible que se revela cada día más a los observadores atentos. Los casos telepáticos, los fenómenos dedesdoblamiento, de exteriorización de los vivos, las apariciones a distancia tantas veces relatadas por Myers, Flammarion, Richet, los doctores Dariex, Maxwell, etcétera, son su demostración experimental. Las actas de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, son ricas en hechos de esta clase.

Los espíritas creen que esta parte invisible e imponderable de nuestro Ser -asiento inalterable de nuestras facultades, de nuestro yo consciente, en una palabra, de lo que los creyentes de todas las religiones han llamado el alma- sobrevive a la muerte; que prosigue a través del tiempo y del espacio su evolución hacia estados siempre mejores, siempre más iluminados por los rayos de la justicia, de la verdad y de la eterna belleza. Esta alma, este yo consciente, tiene por envoltura indestructible, por vehículo, un cuerpo fluídico, cañamazo del cuerpo humano formado de materia sutil, radiante e invisible sobre la cual la muerte no tiene acción alguna.

Aquí nos encontramos en presencia de una teoría, de una concepción susceptible de reconciliar a las doctrinas materialistas y espiritualistas, las que durante tanto tiempo se han combatido sin poderse conmover ni destruir recíprocamente. Según esta teoría, el alma ya no sería una vaga abstracción, sino un centro de fuerza y de vida, inseparable de su forma sutil, imponderable, aunque material. Hay en eso una base positiva para las esperanzas y aspiraciones elevadas de la humanidad. No acaba todo en esta vida: el Ser, perfectible siempre, recoge en su estado físico, sin cesar afinado, el fruto de los trabajos, de las obras y los sacrificios de todas sus existencias.

La queja dolorosa, el llamamiento que sube hacia el cielo desde las profundidades de la humanidad, no queda sin respuesta. Aquellos que han vivido entre nosotros y prosiguen en el Espacio, bajo formas más etéreas, su evolución infinita, éstos no se desinteresan de nuestros sufrimientos ni de nuestras lágrimas. De las cimas de la vida universal descienden sin cesar hasta la Tierra corrientes de fuerzas y de inspiración. De ahí vienen los rasgos del genio, los soplos potentes que pasan sobre las multitudes en las horas decisivas; de ahí llegan las fuerzas para quienes se doblegan bajo el duro peso de la existencia.

Un lazo misterioso une a lo visible con lo invisible. Nuestro destino se desarrolla en la cadena inmensa de los mundos y se traduce en

engrandecimientos graduales de vida, inteligencia y sensibilidad.

Pero el estudio del Universo oculto no se nos presenta sin dificultades. Allí, como aquí, el bien y el mal, la verdad y el error se mezclan, según el grado de evolución de los Espíritus con los cuales entramos en relación.

De ahí la necesidad de abordar el terreno de la experimentación con una extrema prudencia, después de los estudios teóricos preparatorios. El Espiritismo es la ciencia que regula estas relaciones. El nos enseña a conocer, atraer y utilizar las fuerzas bienhechoras del Mundo Invisible, a apartar las malas influencias y, al mismo tiempo, a desarrollar las potencias ocultas, las facultades ignoradas que duermen en el fondo de todo ser humano.

5. Sobre los fenómenos espíritas

Gustave Le Bon había tomado en 1908 la iniciativa de una proposición que parecía perentoria: se ofreció un premio de dos mil francos al médium que, a plena luz, produjese ante una comisión competente un fenómeno de levitación.

¿Por qué estipular la plena luz, siendo notorio que este fenómeno no es normalmente posible más que con una luz tenue, dado que la luz fuerte ejerce una acción disolvente sobre la fuerza psíquica? Veamos, amigos del buen sentido, ¿qué diríais vosotros de un aficionado que exigiese, para admitir la fotografía, que ésta se revelase a plena luz, cuando hasta ahora, el fenómeno requiere la oscuridad más absoluta?

Debemos hacer notar que no es necesaria la oscuridad completa para la producción de levitaciones; una luz roja, atenuada, bastará para eliminar todo procedimiento y toda suposición de fraude. Además, ¡cuántos y cuántos otros fenómenos naturales conocidos exigen una luz muy tenue y hasta la oscuridad!

El sabio imparcial observa la ley, la *norma* de un fenómeno, pero se guarda muy mucho de pretender imponer a su producción condiciones *a priori*.

Los hechos de levitación de muebles y personas, sin contacto, vaciados de manos y de rostros, se han observado en condiciones que desafían a toda crítica, pues fueron verificados por sabios franceses y extranjeros y de ellos se han tomado fotografías, lo que contesta de una manera muy clara a la objeción de la sugestión. ¡La placa fotográfica no está sujeta a alucinaciones!

Muy numerosos son los experimentos dirigidos de una manera rigurosamente científica. Citemos, por ejemplo, los del profesor Botazzi, director del Instituto de Fisiología en la Universidad de Nápoles, realizados en mayo de 1907, asistido por el profesor Cardarelli, senador, y otros

sabios.

Admitiendo que los sentidos nos pueden engañar, se han servido de aparatos registradores que permiten establecer, no solamente la realidad y objetividad del fenómeno, sino también el gráfico de la fuerza física en acción.

He aquí las principales medidas tomadas por el grupo de sabios citado con la médium Eusapia Paladino.

En la extremidad de la sala, por detrás de una cortina, fue previamente colocada una mesa, con dos estantes, que pesaba veintiún kilogramos y ocupaba todo el espacio del gabinete hasta una distancia de veinte centímetros de la cortina, más o menos.

Sobre esa mesa fueron dispuestos:

1.) Un cilindro cubierto por papel de fumar, el cual giraba en torno de un eje al que le fuera fijado una especie de lápiz cuya punta llegaba a la superficie del cilindro. Imprimiendo movimiento de rotación al cilindro, el lápiz marcaba una línea horizontal;

2.) Una balanza de pesar cartas;

3.) Un metrónomo eléctrico Zimmermann (el contacto era establecido por una punta de platino que, a cada oscilación doble del asta, se sumergía en un pequeño tubo de mercurio), que se ponía en comunicación con un aparato receptor Desprez, ubicado en el compartimiento contiguo;

4.) Un teclado telegráfico, ligado a otro receptor Desprez;

5.) Una perilla de caucho ligada, por un extenso tubo también de caucho, a través de la pared, a un manómetro de mercurio Francois Franck, situado igualmente en el compartimiento de al lado.

He aquí -me parece- un gran lujo de precauciones tomadas por los sabios investigadores citados, precauciones que, verdaderamente, debían demostrarles que no eran engañados. ¡Pues bien, en estas condiciones todos los aparatos mencionados fueron impresionados a distancia, estando las manos de Eusapia entre las de dos experimentadores, y los demás asistentes formando círculo a su alrededor!

Hace ya veinte años, Eusapia operaba en Milán en las siguientes circunstancias:

Italia del Popolo, de Milán, publicaba con fecha 18 de noviembre de 1892, un suplemento especial conteniendo las actas de diez y siete sesiones realizadas en dicha ciudad. Estos documentos están firmados por las siguientes personalidades: Schiaparelli, director del Observatorio Astronómico de Milán; Aksakof, consejero de Estado ruso; Brofferio y Gerosa, profesores de la Universidad; Ermacora y G. Jiuzi, doctores en ciencias físicas; Charles Richet, profesor de la Facultad de Medicina de París y director de la *Revue Scientifique* y Cesare Lombroso, profesor de la Facultad de Medicina de Turín.

Estas actas constatan la producción de los siguientes fenómenos,

obtenidos en la oscuridad y teniendo la médium los pies y las manos constantemente sujetos por los asistentes.

Transporte de objetos sin contacto: sillas, instrumentos de música, etcétera; impresiones de dedos sobre papel ennegrecido; huellas de dedos sobre arcilla; apariciones de luces fosforescentes; apariciones de manos sobre fondo luminoso; elevación de la médium sobre la mesa; desplazamiento de sillas con las personas que las ocupaban y contactos percibidos por los asistentes.

En sus conclusiones, los experimentadores citados establecen que, en razón de las precauciones tomadas, ningún fraude ha sido posible.

"Del conjunto de los fenómenos observados -dicen- se desprende el *triumfo de una verdad que se ha pretendido, injustamente, hacer impopular*".

¿Qué esplendor de lenguaje sabría igualar el valor probatorio de este estilo neto y conciso?

A estos testimonios se podrían sumar hasta centenares de otros de igual valor. ¿Serían inútiles ante los ojos de nuestros contradictores? ¿Será preciso empezar de nuevo los experimentos ante cada nueva exigencia?

Las sesiones de Eusapia comportan otros fenómenos más importantes aún.

El profesor Lombroso dice lo siguiente en *Arena*, de febrero de 1908:

"Después del transporte de un objeto muy pesado, Eusapia, en estado de trance, me dijo: '¿Por qué pierdes tú el tiempo en estas bagatelas? Yo soy capaz de hacerte ver a tu madre; mas, para ello, es preciso que tú pienses en ella con fuerza'.

"Impulsado por esta promesa, después de una media hora de sesión, me sentí poseído de un vivo e intenso deseo de verla cumplida; la mesa pareció dar su asentimiento con sus habituales movimientos de elevaciones sucesivas. De pronto, en una semi-oscuridad, a la luz roja, vi aparecer una forma un poco encorvada, como era mi madre, cubierta por un velo, la que dio vuelta a la mesa hasta llegar al sitio que yo ocupaba, murmurando palabras que muchos entendieron pero que yo, con mi semi-sordera, no pude comprender.

"Luego, bajo la impresión de la más viva emoción, le supliqué repitiese aquellas palabras, y ella me dijo: '¡Cesare, mio fio!', y apartando su velo me dio un beso".

Lombroso recuerda después las comunicaciones escritas o habladas en lenguas extranjeras, las revelaciones de hechos desconocidos tanto del médium como de los asistentes, y los hechos de telepatía.

En fin, y para terminar, recordemos que en Inglaterra sir William Crookes fotografió el fantasma de Katie King, lo que destruye toda hipótesis de sugestión.

En un discurso pronunciado el 30 de enero de 1908 en la Sociedad de

Investigaciones Psíquicas, de Londres, sir Oliver Lodge, rector de la Universidad de Birmingham y miembro de la Academia de Ciencias (*Royal Society*), habla de los mensajes obtenidos por ciertos médiums a través de la escritura automática:

"Los comunicantes han comprendido tanto como nosotros la necesidad de las pruebas de identidad, y han hecho todos los esfuerzos para satisfacer esta exigencia racional. Algunos de entre nosotros creen que ya lo han logrado, otros dudan aún. Yo soy uno de los que, aunque deseando obtener nuevas pruebas, piensan, sin embargo, que se ha dado un gran paso y que es legítimo admitir estos momentos de relaciones lúcidas con las personas fallecidas que, en algunos casos, vienen a traer una nueva cantidad de argumentos, haciendo de esta hipótesis la mejor hipótesis de trabajo.

"En efecto, experimentamos que los llorados Gurney, Hodgson, Myers⁴¹, y otros menos conocidos, parecen ponerse en comunicación constante con nosotros, con la idea bien fija y expresa de demostrarnos pacientemente su identidad y de darnos el mensaje a través de mediums desconocidos unos de los otros.

"La correspondencia cruzada, es decir, la recepción de una parte de comunicación por un médium y la otra por otro, sin que pueda comprenderse la una sin el auxilio de la otra, es una buena prueba de que una misma inteligencia obra sobre las dos automatistas⁴². Si además, el mensaje lleva la característica de una persona fallecida y es recibida con ese título por personas que la conocían íntimamente, puede verse en ello la prueba de la persistencia de la actividad intelectual de esa persona. Si, en fin, obtenemos de ella un trozo de crítica literaria que está con evidencia dentro de sus condiciones y que no podría provenir de individuos ordinarios, entonces yo declaro que tal prueba, absolutamente sorprendente, tiende a tomar el carácter de *crucial*. Tales son las especies de pruebas que la Sociedad 'puede informar sobre este punto'.

"Las fronteras entre los dos estados: el presente y el futuro, tienden a borrarse. De la misma manera que en medio del sordo rumor de las aguas y de los diversos ruidos que escuchamos mientras se construye un túnel, oímos, de tanto en tanto, el ruido de los excavadores que vienen hacia nosotros desde el lado opuesto, y, de igual manera, oímos el golpe de los picos de nuestros camaradas que han pasado ya al más allá".

A todos estos testimonios, añadiré el mío personal. Treinta años de experimentación rigurosa y continuada en medios diversos y con numerosos sujetos, me han demostrado que, si bien los fenómenos

⁴¹ Miembros fallecidos de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas (*Society for Psychical Research*).

⁴² *Automatista* -según Myers, creador del vocablo- equivale, en el léxico espírita, a *médium psicógrafo* o *escribiente*. [Nota de la Editora.]

llamados psíquicos se explican en parte por la exteriorización de fuerzas emanadas de los vivos, un número importante de estos hechos sólo encuentran explicación con la intervención de Entidades invisibles. Estas no son otras que los Espíritus de los difuntos, los cuales subsisten bajo una forma sutil, imponderable, cuyos elementos pertenecen a la materia quintaesenciada.

La explicación espírita es, pues, la única que responde de una manera completa a la realidad de los fenómenos considerados bajo sus múltiples aspectos. Estos nos proporcionan la prueba de que un océano de vida invisible nos rodea, nos envuelve, y que, en el Más Allá, se vuelve a encontrar el ser humano en la plenitud de sus facultades y de su conciencia.

6. Sobre el papel de los médiums en las manifestaciones

En *Écho du Merveilleux*, de octubre de 1910, Jules Bois emite la siguiente proposición: "La necesidad constante de un médium y esta ley de que el hecho metapsíquico resulte de él, se cumple en él y por él".

Bois no excluye la intervención posible de causas más profundas, pero, sea autosugestión o intervención de fuerzas extrañas, siempre -según su parecer- el vehículo es el ser humano vivo.

Esta proposición, aunque exacta en muchos casos, no debe ser generalizada. El profesor Lombroso, después de una minuciosa investigación sobre los fenómenos de encantamiento, ha dicho⁴³:

"En las casas encantadas, en las que se ven mover súbita y vertiginosamente botellas, mesas, sillas, etcétera, nadie podrá hablar de la influencia de médiums, ya que a menudo se trata de casas deshabitadas en las cuales esos fenómenos se producen a veces durante varias generaciones".

Al igual que Bois y G. Le Bon, Lombroso había buscado, durante largo tiempo, la causa de los fenómenos espíritas en el médium mismo y atribuía esas manifestaciones a la acción de fuerzas emanadas del sujeto.

Pero por una gran número de hechos observados por él en el transcurso de nuevos experimentos, se desdijo de esa hipótesis, reconociendo su insuficiencia...

Lo convenció de ello, en primer lugar, la simultaneidad de ciertos fenómenos en el curso de las sesiones, ya que no era posible admitir que la fuerza psíquica del médium pudiera, no solamente transformarse a su vez y en el mismo instante en fuerza motriz y en fuerza sensorial, sino incluso obrar al mismo tiempo en varias direcciones diferentes y con fines distintos.

⁴³ Véase: *Annales des Sciences Psychiques*, del 1 de febrero de 1908.

Hay hechos que se producen contra la voluntad del médium, contra la voluntad de los asistentes y hasta contra la de la Entidad que opera... Por tanto, puede intervenir en los fenómenos espíritas una voluntad que no está en ninguno de los organismos humanos que se hallan en la sala...

En el fenómeno de trance se manifiestan energías motrices e inteligentes que son extrañas, superiores y desproporcionadas a las del médium.

La levitación completa del médium, por ejemplo, no puede explicarse por la acción de una fuerza que provenga del mismo sujeto que se eleva del suelo. El centro de gravedad de un cuerpo, en efecto, no puede desplazarse en el espacio si fina fuerza externa, no obra sobre el mismo.

He aquí lo que sobre este punto ha dicho el doctor Venzano⁴⁴:

"En una sesión en Milán, cuando Eusapia estaba en lo más profundo de su trance, vi, así como quienes estaban a mi lado, aparecer hacia la derecha una forma de mujer, la que me dijo una palabra confusa: 'Tesoro', según mi parecer. En el centro, cerca de mí, se encontraba Eusapia dormida, y por encima de ella la cortina se hinchó varias veces. Al mismo tiempo, a la izquierda, una mesa se agitaba dentro del gabinete, y, desde allí, un pequeño objeto era transportado sobre la mesa del centro.

"En Génova, el doctor Imoda observó que, mientras un fantasma tomaba de la mano y devolvía una pluma al señor Becker, otro fantasma se apoyaba sobre Imoda.

"Otra vez, mientras yo me sentía acariciar por un fantasma, la princesa Ruspoli sentíase tocar la cabeza por una mano e Imoda percibía que otra mano oprimía la suya con fuerza".

No puede creerse que la fuerza psíquica de un médium pueda obrar al mismo tiempo en tres lugares diferentes. ¿Cómo obtener una acción lo bastante fuerte para obtener fenómenos plásticos en tres puntos separados?

La misma observación se aplica a los fenómenos de escritura directa. Un día, en Orange, en pleno mediodía y corazón del verano, cuando afuera toda vida parecía suspendida, ya que sólo se oía el canto de la cigarra y las quejas del viento, encontrábame sentado cerca de una mesa en casa de uno de mis amigos, comerciante en novedades, con dos personas más, ocupadas en escribir e inclinadas sobre su trabajo, cuando vi descender en el vacío, por sobre mi cabeza, un pedazo de papel que parecía salir del techo, cayendo lentamente dentro de mi sombrero, colocado sobre la mesa y cerca de mí. Dos líneas de fina escritura, dos versos estaban trazados en él. Contenían un aviso, una predicción que me concernía y que se cumplió después. Estoy convencido de que las personas presentes no estaban mezcladas para nada en este fenómeno, que no puede explicarse por la sugestión ni por la subconsciencia.

Fiel al método experimental, presentaré aún algunos hechos que

⁴⁴ Véase: *Annales des Sciences Psychiques*, del 1 de febrero de 1908.

establecen la realidad de intervenciones extrañas al medio, las que proporcionarán algunas indicaciones sobre su naturaleza e identidad. Los hechos, en efecto, me parecen mucho más elocuentes que todos los comentarios.

He aquí la reproducción de un acta que me proporcionaron:

"El 13 de enero de 1899 reuniéronse doce personas en casa del señor David, plaza Corps-Saints, 9, en Aviñón, para celebrar la sesión semanal de Espiritismo.

"Después de algunos instantes de recogimiento, se vio a la médium, señora Gallas, ya en estado de trance, volverse hacia el abate Grimaud y hablarle con el lenguaje de signos que emplean los sordomudos. Su expresividad mímica era tan rápida que se suplicó al Espíritu que fuese algo más pausado en sus movimientos, a lo cual accedió enseguida. Por una precaución, cuya importancia es bien evidente, el abate Grimaud no hacía más que anunciar las letras a medida que eran transmitidas por la médium; y como las letras aisladas nada significan, no se podía de inmediato, aunque se lo hubiese intentado, interpretar el pensamiento del Espíritu; únicamente ya terminada la comunicación se pudo conocer, pues fue leída entonces por uno de los dos miembros del grupo encargados de transcribir los caracteres.

"Además, la médium había empleado un doble método: el que anuncia todas las letras de una palabra, para indicar su ortografía, única forma sensible para la vista, y el que anuncia la articulación sin tener en cuenta la forma gráfica, método del que el señor Fourcade es inventor y que se usa tan sólo en el Instituto de Sordomudos de Aviñón. Todos estos detalles han sido proporcionados por el abate Grimaud, fundador y director del establecimiento.

"La comunicación, relativa a la obra de alta filantropía a que está entregado el abate Grimaud, estaba firmada por el hermano Fourcade, fallecido en Caen. *Ninguno de los presentes, a excepción del venerable eclesiástico, conoció ni pudo conocer al autor de esta comunicación, aunque treinta años atrás había pasado algún tiempo en Aviñón, y todavía menos conocer su método especial de enseñanza.*

"Firman los miembros del grupo que han asistido a esta sesión: Toursier, director del Banco de Francia, en retiro; Roussel, maestro de música del 58 de línea; Domenach, teniente del mismo regimiento; David, comerciante; Brémond, Canuel, las señoras Toursier, Roussel, David y Brémond.

Al documento transcrito se agregó la declaración siguiente:

"Yo, Grimaud, el abajo firmante, sacerdote y director-fundador del Instituto de Sordomudos y Niños Anormales de Aviñón, garantizo la exactitud absoluta del documento que antecede. Y debo decir, en verdad,

que estaba muy lejos de creer en la producción de una manifestación semejante, cuya gran importancia comprendo muy bien, desde el punto de vista de la realidad del Espiritismo, del cual soy un ferviente adepto, complaciéndome en declararlo así públicamente.

"Aviñón, 17 de abril de 1899.

" Firmado: GRIMAUD, abate".

Voy a citar, además, la aparición fotografiada de un bóer, relatada por W. Stead, el gran publicista inglés. Este bóer, llamado Piet Botha, era absolutamente desconocido de él y fue reconocido más tarde por varios delegados surafricanos que fueron a Inglaterra (véase la *Revue Scientifique et Morale du Spiritisme* del 15 de enero de 1909).

Añadamos los hechos siguientes: el caso de Blanca Abercrombie, citado por Myers en su libro *La Personalidad Humana*, el que no puede explicarse ni por la sugestión ni por la subconsciencia; así como el caso relatado por el doctor Funch (*Annales des Sciences Psychiques*, 7 de enero de 1907), y el de Evangélides, mensaje obtenido de un difunto cuyo fallecimiento era ignorado por todos los asistentes; el de la señorita Laura, hija del gran juez Edmonds, obtenido en griego moderno, lengua que no conocía el médium (*Annales des Sciences Psychiques*, junio de 1907); y el caso de escritura directa del doctor Román Uricz, médico jefe del Hospital de Bialy-Kamien, relatado detalladamente en mi libro *Cristianismo y Espiritismo*.